

UNA BEATA

Y

UN BANDIDO.

UNA BEATA

Y

UN BANDIDO,

POR

P. MARCO NOCHEA.

Luis A. Bordali H.

~~~~~  
ENTREGA 1.<sup>ª</sup>  
~~~~~

SANTIAGO:
IMPRESA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO

—
1874.

Calle de Morandé núm. 38.

CAPITULO I.

EN QUE SE VÉ QUE UN PORTAMONEDAS NO SOLO SIRVE PARA
GUARDAR DINERO.

I.

Entre las diversas personas que visitaban la casa de la hermosa, jóven i acaudalada viuda Margarita Saez de B. una noche del mes de marzo, llamó nuestra atencion un hombre i una mujer que en el ángulo mas apartado de la antesala sostenian una animadísima conversacion.

El hombre, llamado Marcelo Jara, tenia una de esas fisonomías que inspiran desconfianza i revelan un carácter adusto e insociable. Oyendo con marcada atencion las palabras que le dirijia su interlocutora, su semblante revelaba, ya la admiracion, ya el entusiasmo, al mismo tiempo que dejaba traslucir un marcado aire de malicia.

—¡Todo ha concluido, mi señora doña Encarnacion!..... Todos nuestros proyectos han fracasado!..... esclamaba en el momento que le presentamos al lector.

La señora a quien se dirijian estas palabras parecia entregada completamente a la devocion de repasar entre sus dedos flacos i rugosos, las enormes cuentas de un rosario que pendia de su cintura.

Doña Encarnacion, puesto que así la hemos oido nombrar, decia apellidarse Loyola, i poseia uno de esos tipos pálidos, demacrados, que aparentan perfectamente la estenuacion, la fatiga o una debilidad constante. Parecia contar cincuenta años i era flaca i de elevada estatura; su cabello principiaba a encanecer i su cútis demasiado quebrado estaba en contradiccion con una mirada viva, sagaz, que en algunos momentos de distraccion u olvido, se desprendia de sus ojos grises, pequeños i redondos: mirada que examinada con imparcialidad espresaba astucia, resolucion, arrojo, i aun podremos decir, malignidad.

Un observador desinteresado habria visto en doña Encarnacion a una de esas mujeres que, en el invierno de su vida, saborean todavía con sensual delicia las ardientes ilusiones de su ya pasada primavera. Pero esta señora gozaba de una honrosísima reputacion i de un olor tal de santidad, si se nos permite esta espresion, que en todo Santiago era citada como modelo de virtud. Sus actos de devocion eran comentados i venerados. Se decia, sin que nadie se hubiera tomado el trabajo de averiguarlo, que desde sus primeros años habia quedado huérfana i poseedora de una regular fortuna, la que habia invertido en obras de caridad; i que deseando dedicarse completamente a Dios, habia dejado el lugar de su nacimiento, Concepcion, para entrar a un convento en la capital. Añadíase, por último, que al llegar a tomar el velo, una inspiracion divina le habia hecho conocer que su presencia en el mundo era necesaria para ejemplo de los pecadores. Todo esto, aumentado por unos, elevado hasta el heroísmo por otros, hacia de esta señora un modelo de santidad a prueba del mismo Satanas, i le habia valido el ser acogida con cariño i veneracion en la casa opulenta que la encontramos.

Constantemente se la veía en actitud de estar recitando alguna oracion, lo cual parecia un hábito en ella; i en la noche a que nos referimos, para ninguno de los concurrentes era estraño el verla con el rosario en la mano entregada a sus devociones.

Su mismo interlocutor, acostumbrado quizá a tolerarle semejante práctica, no demostraba impaciencia alguna cuando la veía como absorta en sus meditaciones, i así al lanzar la exclamacion que hemos consignado, esperó pacienzudamente el efecto que produciría en el ánimo de la beata.

Miró ésta a Marcelo un instante sin contestarle; i recojiendo con veneracion su grueso rosario, se santiguó, pronunció un *amen* i al fin exclamó:

—¡Cómo, señor Jara!..... ¿qué dice usted?.....

—Ya usted lo ha oido, señora; todos nuestros proyectos se han frustrado, repitió Marcelo con voz un tanto sofocada.

—¡Pero eso no es posible, volvió a exclamar ella dando a su fisonomía un aire de gran admiracion. ¡Eso no es posible, señor Jara!..... Cuénteme usted lo que ha pasado, lo que le ha sucedido!...

—¿Qué ha de ser, sino que Margarita me ha dicho terminantemente que no se casará conmigo? dijo Marcelo con desaliento.

—¡Oh! ¿pero qué ha hecho usted?

—Declararle mi amor, pedirle su mano.....

—Pero usted se ha precipitado, señor Jara; usted no debia haber dado este paso hasta que yo le hubiera dicho que era tiempo.

—Es que yo, señora, creí llegado el momento recordando lo que usted me dijo ayer.

—¡Yo!... ayer!... repitió ella. Pues no me acuerdo!.....

—¿No recuerda, doña Encarnación, que usted me dijo: Margarita es como tantas otras jóvenes que temen perder su libertad i que darian con gusto su fortuna a un marido que cerrara un poco los ojos para no ver sus debilidades?

—¡Oh! esas palabras no pueden referirse a Margarita! exclamó la señora interrumpiéndole. Usted al recordármelas sufre una grave equivocacion!.....

—¿Cómo equivocacion, señora! ¿acaso usted no me las dijo?

—Si, pero usted suprime una palabra que talvez no me oyó.....

—¿I qué palabra es esa?

—Simplemente un *nó*.

—¡Un *nó*!... repitió Marcelo admirado.

—Si, un *nó*; yo le dije a Usted: “Margarita *no* es como tantas otras jóvenes.....”

Jara miró profunda i detenidamente a doña Encarnación queriendo penetrar su pensamiento, pero ella sostuvo esta mirada con tal naturalidad, que aquel llegó a dudar si sus oídos lo habian engañado.

—Vamos, se dijo; esta beata es mui astuta i me conviene no perderla.

Luego añadió en voz alta:

—Así será, señora: me habré engañado; pero sea cual fuere la causa, lo cierto es que todo ha concluido.

—No desespere, señor Jara; mayores empresas se han llevado a cabo con un poco de paciencia.

—Es que yo no veo aquí mas que un solo camino que seguir, replicó Marcelo.

—¿I cual es ese camino, señor Jara?

—Matar a Daniel, contestó éste en voz baja.

—¡Jesus!...cometer ese crimen!...un asesinato!...esclamó la señora horrorizada.

—Pero no hai otro medio, insistió Jara con vehemencia: miéntras no se separe a Daniel, de quien Margarita está perdidamente enamorada, jamas llegará ella a ser mi esposa.

—¡Matar!... matar!... exclamó doña Encarnacion con un jesto de desden. ¿I que sacaría usted con eso?

—Hacer que Margarita olvide un amor que se interpone al logro de mis deseos.

—¡Oh! qué deducciones tan lójicas!... replicó la beata con el mismo acento de desden que habia empleado ántes.

Luego añadió:

—Usted, señor Jara, haria olvidar un amor, pero al mismo tiempo caeria sobre usted un crimen inútil, porque ella lo odiaría comprendiendo que de su mano habia recibido la muerte el objeto de su amor. Esto en el caso de que ese crimen quedase tan oculto que escapara a la penetracion de la justicia.....¡Oh! no, señor Jara; nada de sangre, nada de violencias. Si yo patrocino su pasion; si yo deseo que el enlace de Margarita con usted, se efectúe, es porque lo he considerado virtuoso i honrado i me ha prometido que con esa fortuna haría inmensos bienes a los desvalidos.

—Promesa que estoi mui dispuesto a cumplir, señora, i que realizaré depositando en manos de usted la mitad de la fortuna de Margarita.

—Gracias, señor Jara: Dios no podrá ménos de premiar sus bellos propósitos haciendo que usted consiga su objeto.

—Pero, ¿qué será necesario hacer?

—Oh! yo no lo sé; pero veo que lo primero que usted necesita es que ese amor que Margarita siente por Daniel,

se cambie en desprecio, en odio, o por lo ménos, en indiferencia; i que respecto de usted suceda lo contrario.

—¡Pero eso es imposible!....

—¡Imposible!... repitió doña Encarnacion acompañando siempre sus palabras con un ligero jesto de desden. Diga usted mas bien, añadió, que su imaginacion no alcanza a divisar mas allá de un puñal, i que lo que se llama una combinacion acertada, un plan hábil i exactamente calculado, escapa a su penetracion.

Marcelo se sintió avergonzado i balbuceó algunas palabras que la señora pareció no comprender, o que se hizo no haber oido, pues luego agregó:

—Ademas, señor Jara, no hai empresa que no cueste dinero, i si usted no se resuelve a gastar algo..... yo creo.... al ménos este es mi parecer, yo creo que usted no podrá conseguir nada.

—¡Oh! yo estoi dispuesto a gastar cuanto sea preciso, señora, con tal de hallar el camino que debo seguir.

—Para eso, señor Jara, encomiéndose usted a Dios; haga una piadosa manda a las benditas almas del purgatorio i verá usted como éstas lo iluminan.

—¡Ah! de veras!.... exclamó Marcelo comprendiendo adonde iba a parar doña Encarnacion: ¡De veras! i yo no lo habia advertido, agregó con tono malicioso.

Pero la beata pareció no apercibirse de esto, i dando a su voz el tono del mas profundo convencimiento, le dijo:

—Cuando el hombre se propone una empresa santa, debe empezar por encomendar a Dios los primeros pasos que dá; i así, no lo dude, logra su objeto por medios que ni aun habia imaginado.

—Sí, mi señora: estoi mui convencido de ello, replicó Marcelo meneando la cabeza con aire burlon. I para probar

a usted que es la verdad, voi a darle cien pesos para que usted los haga llegar, convertidos en otras tantas misas, al lugar en que se encuentran esas pobrecillas.

—¡Oh señor! ¿Habla usted formalmente? preguntó doña Encarnacion sin poder ocultar un rayo de alegría que brilló en sus ojos.

—Sí, señora; i para que no dude, aquí tiene usted el dinero.

I Marcelo presentó a las ávidas miradas de doña Encarnacion una pequeña bolsa de seda al traves de cuyas mallas se veian brillar algunas monedas de oro.

—¡Mi señor don Marcelo!.....balbuceó la beata con voz que parecia empapada en lágrimas.

I al mismo tiempo que recojia en su mano descarnada el oro que Jara le presentaba, añadia exclamando:

—¡Si todos tuvieran un corazon tan bondadoso!..... Si hubiera personas que hicieran estos actos de desprendimiento, cuánto alivio tendrian las pobres almas del purgatorio!.....

Marcelo miró a doña Encarnacion con socarroneria i meneando la cabeza de un modo malicioso, la dijo:

—Yo creo, mi Señora, que ahora no faltarán ideas.....

—¡Oh! no, señor Jara; i para que usted vea con cuánta facilidad se encuentran, acabo de recordar un hecho sucedido en Concepcion i que tiene mucha analogía con lo que a usted sucede. Pero no lo tome usted por consejo. No; ¡Jesus! porque esto es un pecado mui grande i yo no aconsejaré nunca una cosa en que haya ofensa para Dios. Lo hago tan solo para poner un ejemplo.

—¿I cuál es? preguntó Marcelo, viendo que la señora se habia callado.

—¡Oh! el hecho es horroroso, señor Jara; i es necesario se lo cuente en voz mui baja.

I doña Encarnacion se acercó a Marcelo i le habló un momento al oido.

—¡Magnífica idea!..... excelente!... exclamó éste, frotándose las manos con alegría; e inclinándose a su vez, dijo a la beata algunas palabras que parecieron alarmarla. Pero Marcelo pareció insistir i en sus ademanes era fácil conocer que trataba de persuadirla sobre algo a que ella se negaba.

II.

Miéntras en la antesala se sostenia el diálogo referido, i precisamente en el mismo instante en que Marcelo habia principiado a hablar con doña Encarnacion, un jóven como de veinte i tres años, tomaba asiento en el salon al lado de una niña que no cumpliria aun los diez i seis.

Este jóven era conocido con el nombre de Enrique Vendetta i su fisionomía tenia esa espresion dulce i afable que revela a primera vista un alma noble i sin doblez. De musculacion vigorosa, de mirada enérgica i tez un tanto morena, Enrique era uno de esos jóvenes que cuando sonrien se atraen las simpatías, i que dejan adivinar en su mirada hasta lo mas íntimo de su corazon. Su barba negra i rizada como su cabello, sentaba perfectamente al contorno oval de su semblante coronado por una frente espaciosa en que se veia una arruga prematura, fruto talvez de algunas desgracias.

En cuanto a la jóven, solo diremos por ahora que era bellísima, i que al ver acercarse a Enrique, bajó los ojos, se ruborizó i pareció experimentar una sensacion dolorosa.

El jóven, apénas tomó asiento a su lado, la miró cariñosamente i con voz suave i tierna la dijo:

—Elisa, ¿por qué no me mira usted?

I como viese que la jóven no le contestaba i parecia, por el contrario, mui embarazada para hacerlo, agregó como si hablase consigo mismo:

—¡Yo no sé lo que me pasa!... He llegado, i parece que todos huyen de mí!... Margarita, que siempre me ha recibido con cariño, ahora apénas ha contestado mi saludo; i usted misma no se ha dignado ni aun mirarme cuando me he acercado a saludarla!... ¿Qué es esto, Elisa?...

Pero la jóven no contestó: con la vista fija en la alfombra, miéntras sus dedos jugaban maquinalmente con su pañuelo, parecía temerosa de levantarla hasta encontrar la mirada suplicante de Enrique; el cual, viendo que sus palabras no obtenian respuesta, exclamó:

—¡Oh! usted me oculta algo mui grave, Elisa!... Usted que tiene un alma tan noble, tan pura como la de los ángeles, no puede mentir i tampoco se atreve a revelarme lo que sucede, porque sin duda es algo mui terrible para mí!... Pero con su silencio, Elisa, usted me condena a un martirio inesplicable!.....

Enrique calló un instante esperando que la jóven contestara, pero como ésta permaneció muda i sin levantar la vista del suelo, agregó con voz dolorosa:

—¡Bien, Elisa!... si ahora mi voz no tiene el suficiente poder para convencerla; si mi dolor no es bantante motivo para merecer su confianza, me resignaré sin quejarme i afrontaré en silencio el martirio de su desprecio!..... ¡Ah! continuó casi con desesperacion; ¡qué léjos estaba yo, Elisa, de creer que esta noche caerian por tierra mis ilusiones!... qué léjos de esperar de usted una acojida muda e

indiferente cuando acariciaba con anticipacion una sonrisa de amor de sus labios, una mirada de cariño de sus ojos!... Pero, todo ha concluido!..... Corro al lado de usted para saludarla, para estrechar entre las mias esa mano que usted no niega al amigo mas indiferente, i mis palabras quedan sin respuesta, mi mano sin tocar la suya, i ni sus ojos se dignan lanzarme una mirada aunque sea de desden o conmiseracion!.....

Elisa pareció experimentar un profundo sentimiento, i Enrique la miró de un modo ardiente, desesperado, como queriendo penetrar con su vista aquel secreto que se le ocultaba de una manera tan obstinada; pero viendo que la jóven continuaba callando, exclamó:

—¡Ah! usted me desprecia, Elisa; usted con su silencio me arroja de su lado!.....Pero ántes de partir, déme usted por favor, siquiera un consuelo!..... dígame al ménos si el amor que pocos dias há me confesó era verdadero!...

Elisa levantó sus ojos preñados de lágrimas hasta encontrar los de Enrique, i lo miró un momento con desesperacion, casi con delirio.

—¡Hable, Elisa! hable usted por Dios, la dijo él con vehemencia adivinando que la jóven deseaba contestarle.

Pero sea que no pudiera hacerlo por lo emocion, sea que estuviera resuelta a callar, sus labios no se movieron, i bajando nuevamente la vista volvió a jugar maquinalmente con la punta de su pañuelo.

—¡Desgraciado de mí, exclamó entónces él, que crédulo hasta la impertinencia, me figuré verdadero el amor que solo se me finjía!.....

—¡Enrique!... le interrumpió Elisa con acento de amargo reproche; usted me hiere mui injusta i cruelmente!..... Usted sabe que yo no puedo, ni sé finjir!.....

I la jóven al decir esto, meneó la cabeza como para alejar de sí un inmenso dolor.

—¡Oh! sí, así lo habia creido i por eso era feliz! replicó él con acento de amargura. Pero ahora que destrozada mi creencia en su mas amada ilusion pruebo el amargo convencimiento de mi engaño, no puedo ménos que llorar, desde el fondo de mi alma herida, la pérdida irreparable de un bien que constituia mi única dicha, mi mas santa ambicion!.....Pero ya que todo lo he perdido, ya que debo renunciar a mi felicidad, me consolaré siquiera recordando que aunque engañado, fuí dichoso, porque conservaba vírjen aun toda la fé de mis creencias!...

—¡Ah! Enrique, no sea usted cruel, le dijo Elisa conteniendo las lágrimas próximas a desbordarse de sus ojos.

—¡Cruel!....cruel yo!....repitió Enrique con dolor: cruel yo, que siento mi alma despedazada!....cruel yo, que por la última vez, quizá, puedo hablar con usted!....¡Oh, Elisa, no junte usted a su indiferencia la burla, a su desprecio el sarcasmo!

—Pero....¡Dios mio!....¿acaso usted no recuerda, Enrique, mi franqueza?....no comprende que si no hablo es porque no puedo hacerlo?.....

—¡Ah, Elisa!.... usted me pregunta si no recuerdo su franqueza, i para que vea que nada de lo que con usted se relaciona he podido olvidar, voi a recordarle hasta los menores incidentes de nuestra primera conversacion. La misma noche en que fuí presentado en esta casa, continuó Enrique, la ví a usted, Elisa, i mi corazon desde ese momento ya no me perteneció. Aquella noche, solo yo en mi habitacion, sonreia como no habia sonreido nunca, porque nunca tampoco habia amado!....I sin embargo, ni una palabra habia sido cambiada por nuestros labios; ni un

suspiro se habia escapado de nuestros pechos que pudie-
ra darnos a conocer lo que el uno por el otro sentíamos; pe-
ro nuestras almas se habian encontrado: puras las dos,
vírgenes las dos, i habian volado la una a la otra confun-
diéndose en un amor profundo, eterno, que segun mi ilu-
sion no debia concluir jamas!..... Yo comprendí en su
mirada, Elisa, que usted me amaba, o mas bien dicho, que
su corazon estaba dispuesto en mi favor; porque usted
en su pura inocencia, en su inmaculado candor, no sabia
ocultar sus emociones i las dejaba traslucir cual si estuvie-
ran encerradas en un límpido cristal!.... ¡Qué feliz fui yo,
Elisa, en esos dias que mediaron entre mi primera i segun-
da visita!.... ¡ah! mi felicidad consistia en la certeza de
que era correspondido, i por esto, cuando la ví nuevamen-
te, me dirigí a usted confiado i seguro de mi dicha!.... Mi
dicha estaba en el corazon, pero quería que usted me
repitease lo que él presentía. I si mi voz, Elisa, temblaba
al modular mis labios las palabras de amor que la dirigí,
no fué por el temor de ser despreciado, sino porque aque-
lla era la primera vez que hablaba ese lenguaje del alma....
¡Oh! usted me escuchaba, Elisa, sonriendo de felici-
dad, mirándome de un modo tierno, enamorado, en que yo
leía infinitas venturas, innumerables emociones!..... Su
mirada, Elisa, era elocuente, llena de graciosa sencillez
i de esquisita sensibilidad!.... No sabré decirla lo que
sentí entónces, sobre todo, cuando usted, sin ruborizar-
se, sin finjimiento alguno, me dijo estas palabras que no
olvidaré jamas:

—“Yo no sé si lo amo, o no; pero si el acordarse constan-
tamente de una persona es amarla, usted puede estar
satisfecho”.

—¡Anjel mio!..... exclamé yo en un arrebató de suprema

felicidad, i la voz se ahogó en mi garganta, i mis labios no hallaron otras palabras con que espresar mi inmensa gratitud, mi infinita ventura, mi respetuosa i ardiente adoracion!..... Si, mi adoracion, Elisa, porque al conocer su corazon tan puro i candoroso, me creí pequeño ante su inmaculada pureza, inmerecedor de tal dicha ante esa virjinidad del alma que me la presentaba como un ángel a quien solo debia adorar con el mas respetuoso amor!..... ¡Ah! Elisa, ¿es posible que todo haya concluido?..... ¡No! usted no será tan cruel; usted me dirá al ménos qué me ha hecho merecer esta desgracia!....

—¡Ai! Enrique, balbuceó la jóven; no me obligue, por Dios, a decir lo que mi corazon se resiste a creer!.....

—¿Pero qué es ello, Elisa? exclamó el jóven con desesperacion. Qué puede haber mas terrible para mí que este estado indescriptible a que usted me condena?....

—¡Ah! sí, preciso será decirlo al fin, replicó la jóven. I haciendo un esfuerzo poderoso, agregó:

—Se ha dicho, Enrique, que usted ha sido un.....

—¿Un qué? interrogó el jóven palideciendo levemente i mirando a Elisa con avidez.

—¡Un bandido! concluyó ella.

—¡Un bandido!!!..... exclamó Enrique poniéndose lívido, i enrojeciéndose en seguida de temor, de vergüenza o de asombro. ¡Un bandido! repitió con admiracion i mirando a Elisa con insistencia.

—Pero yo no lo creo, se apresuró a decir ésta al verlo tan turbado; yo no creeré nunca que usted haya podido ser lo que se dice!....

Enrique hizo un esfuerzo supremo para sobreponerse a su situacion; i despues de un momento de silencio, con voz pausada, lenta, casi solemne, la dijo:

—Elisa: en otra ocasion habria podido en el acto justificarme a sus ojos; pero ahora, me es imposible!..... Seré para todo el que lo crea así, un bandido; pero ya llegará el dia de mi rehabilitacion, i miéntras este llega, dígame, Elisa, si usted me recordará, o mas bien, si tendré derecho a llamarme su esposo el dia en que esté completamente justificado!....

—¡ Enrique! diga usted solamente que eso es falso, i yo lo creeré!....

—Usted es un ángel, Elisa, i estoi cierto de que creería cuanto yo le dijese; pero la sociedad me condena i aparta de su lado, i es necesario que si vuelvo a ella sea completamente vindicado. Si usted me ama aun, añadió Enrique con voz enternecida, pida a Dios, Elisa, que pronto pueda volver a su lado i recobrar su amor, si es que lo haya perdido!.....

I al decir esto, se separó del lado de la jóven mirándola con ternura i dolor.

Elisa quiso hablar, llamarlo, pero la voz se ahogó en su garganta i lo miró ir triste i cabizbajo a sentarse en el ángulo mas apartado del salon.

III.

Elisa, luego que logró dominarse un poco, se dirijió a un sofá que en ese momento ocupaba Margarita, la jóven viuda que ya hemos mencionado.

Margarita era huértana, i su padre al morir, la habia casado con un anciano que no tenia mas mérito que sus muchas riquezas, i que unido a una preciosa niña, no pudo soportar mas que un año sus achaques i debilidad, i tomó

el partido de irse a un mundo mejor i dejar libre i rica a su jóven esposa.

Margarita desde su viudez, que databa de cuatro años, habia escuchado declaraciones de amor en todos los tonos i estilos conocidos: tiernas i apasionadas unas; ardientes i desesperadas otras: llenas de ilusiones i caricias éstas; finjidas e interesadas aquellas. Pero ya fuesen el desahogo apasionado de un pecho juvenil, ya el fruto necesario de un corazon que comprende, o bien el cálculo mezquino del que solo veia en la jóven una pingüe utilidad, para todos habia tenido siempre una misma contestacion:

—No puedo ser esposa de Ud., les habia dicho, pero seré su amiga.

I todos se habian retirado tristes i desconsolados esperando que mas tarde, talvez, variaría de pensamiento; pero segun las hablillas del vulgo, habia llegado ya el dicho mortal que pondria fin a la viudez de Margarita; i ante la realidad que se presentaba bajo la formá de un jóven bizarro i hermoso, los que esperaban no pudieron ménos de dar al traste con sus esperanzas.

Margarita, en el momento que la presentamos al lector, conversaba precisamente con el jóven de quien se la creia enamorada; i nosotros, para no decirlo despues, anticiparemos que este jóven se llamaba Daniel Ortiz i que era hermano de Elisa.

Si el lector quiere saber a la altura que se encuentran los amores de Daniel i Margarita, oiga un momento su conversacion.

—¡Siempre esa palabra, Margarita, decia él con acento de triste reproche; siempre un dia mas de incertidumbre!..... ¿por qué no verificar ya nuestra union?

—Mas tarde, Daniel; mas tarde: la vida es mui larga.

—Muy larga cuando se sufre, Margarita; pero no cuando se es feliz.

—El goce también cansa.

—¡Oh! en mi corazón no cabrá jamás el cansancio, Margarita, porque te amo, ¿me entiendes? te amo mucho!.....

—¡Chito! le dijo ella con un jesto picarezo.

—No, no callo; te digo que te amo mucho, muchísimo, repitió él con el tono que suelen emplear los niños rega-lones.

—¡Calla, atolondrado, ¿no ves que viene Elisa?.....

Efectivamente, en aquel momento era cuando Elisa lle-gaba a tomar asiento al lado de la joven viuda.

IV.

—¿Qué ha habido? preguntó Daniel a Elisa apenas ésta se había sentado.

—¡Dios mío!..... estás muy conmovida!..... pro-cura dominarte, la dijo a su vez Margarita, tomándole ca-riñosamente una mano i atrayéndola hácia sí.

Elisa hizo un poderoso esfuerzo para dominar su emo-cion, devoró sus lágrimas próximas a derramarse, i con voz ahogada exclamó:

—¡Se ha separado de mí sin querer justificarse!.....

—¡Cómo!..... ¿entonces será cierto? le preguntó Mar-garita.

—¡Ai! yo no lo sé: mi corazón me dice que no, pero Enrique no ha querido darme ninguna esplicacion.

—¿I qué dice? qué ha contestado? preguntó Daniel acercando la silla al lado de su hermana.

—Dice que se justificará.

—¿Pero cuándo, cómo?.....

—No lo sé.

—¡Ah! hermana mia, no lo creas!..... procura olvidarlo i no pensar mas en él.

—Es que yo no puedo creer que él sea culpable, replicó Elisa con esa obstinacion del enamorado.

—Tendrás que convencerte ante la evidencia, hermana mia, i entónces tu desengaño será mas doloroso.

Elisa no contestó porque nada tenia que oponer a las razones de su hermano; pero en el fondo de su corazon sintió amar mas aun a Eiripue desde ese dia en que principiaba para él la desgracia.

Margarita comprendió con su corazon de mujer enamorada, que todo consejo, que todo consuelo en aquel momento eran inútiles, así es que se limitó a estrechar con cariño la fina mano de Elisa que tenia entre las suyas i a decirle con voz afectuosa:

—¡Pobre mi Elisa!.....

El grupo que formaban las jóvenes en aquel momento, era bellissimo. Elisa simulaba la imájen del dolor; Margarita parecia representar la del consuelo. Hermosas, bellas las dos, pero de una belleza enteramente distinta. Los ojos azules, lánguidos i adormecidos de Elisa, cautivaban dulcemente el corazon, así como no podia contemplarse con indiferencia la mirada ardiente de los ojos negros, rasgados, de Margarita. Elisa con su mirar inocente, con su seno de vírjen, conmovia el alma despertando en ella emociones dulces i tranquilas; miéntras que Margarita, con su mirada ardiente, apasionada; con su pecho turjente, sus formas redondas, parecia convidar al placer. Margarita, en fin, era el cáliz que embriaga, el néctar que enerva, la pasion que jamas se sacia, pues con sus ojos brillantes, sus lábios hú-

medos, su seno voluptuoso, era el amor que enloquece, que destroza el corazon sino se alcanza i que es capaz de matar con su delirio cuando se obtiene.

Para completar este grupo, parece se habia escojido el semblante de Daniel. Participando de toda la belleza de su hermana, los rasgos de su fisonomía eran mas enérgicos, mas acentuados, así como la mirada de sus ojos sin dejar de ser suave, era mas profunda, mas poderosa: mirada que parecia penetrar hasta el corazon de las personas a quien se dirijia.

En el momento que lo presentamos al lector, miraba a su hermana con ternura infinita, i sus facciones demostraban la parte de sentimiento que le cabia en los pesares de ella.

Daniel i Elisa eran huérfanos, i el primero hacia mucho tiempo que desempeñaba al lado de su tierna hermana el lugar de solícito i amante padre: lugar que ocupó con toda la abnegacion de su alma noble, con toda la buena voluntad de su corazon desinteresado i jeneroso.

Para él no habia felicidad mas completa que ver a su hermana alegre i dichosa; así es que cuando la vió reprimiendo sus lágrimas, devorando su dolor, pensó con profundo sentimiento que aquella pena que laceraba su corazon, podia mui bien prolongarse demasiado i conducirla al fin a la tumba. Este pensamiento lo hizo tomar la determinacion de hablar a Elisa en términos que ella llegara a convencerse de la culpabilidad de Enrique, a fin de que, perdiendo toda esperanza, encontrara la tranquilidad i recobrase pronto la alegría.

Pero, al dirijir la palabra a su hermana, la voz suave i afectuosa de Margarita se lo impidió, i no pudo ménos que sentirse contrariado, cuando ésta, dirijiéndose a Elisa, la dijo:

—Vamos, Elisa, no estés tan triste. Yo creo como tú que Enrique se justificará, porque un jóven como él es imposible que haya sido un malvado.

—Pero si eso es falso, se apresuró a decir Daniel, ¿por qué no lo dice desde luego?.....

—Tendrá, talvez, algunos inconvenientes, contestó Margarita.

—¡Oh! no lo creas: ¿quién es aquel que se vé acusado de esta manera i no procura descubrir al autor de la calumnia?.....

—Pero él ha prometido justificarse, observó Elisa; i ha dicho que ahora le era imposible hacerlo.

—Imposibilidad que la tendrá siempre, hermana mia, replicó Enrique.

I resuelto a llevar a cabo su pensamiento, añadió:

—Ademas, hai otra circunstancia mui desfavorable para Enrique. Ustedes saben que apareció entre nosotros sin saber quién es, dónde va o de dónde viene: aquí fué presentado como un rico comerciante del sur que debia por algun tiempo visitar la capital, i personas que han venido de allá, aseguran no haber oido nunca ese apellido de Vendetta, que él lleva. Todas estas cosas que al principio no llamaron la atencion, ahora se comentan del modo mas desfavorable, i creo hai quienes solo esperan una prueba de sus faltas para arrastrarlo al lugar que le corresponde.

—¡Oh! eso seria una crueldad!..... exclamó Margarita.

—Cierto, replicó Daniel; porque Enrique, tal como se ha comportado entre nosotros, no es sino el mas cumplido caballero. Pero bajo ese exterior amable, ¿quién sabe qué se oculta, quién sabe si es uno de tantos petardistas que andan tras una fortuna!

—Pero yo no tengo una fortuna, se atrevió a observar Elisa.

—Es verdad, replicó Daniel; pero al hombre depravado no le importa nada perder a una jóven!....

—No hables así, Daniel, le interrumpió Elisa con voz de triste reproche. Enrique, agregó, ha sido siempre delicadísimo i respetuoso.

—Es que los lobos, hermana mia, suelen vestirse con la piel del cordero....

—Esa es la verdad, señor Ortiz: esa es la pura verdad, exclamó la voz melosa de doña Encarnacion, que habiendo concluido su plática con Marcelo, llegó a tomar asiento entre Elisa i Margarita.

V.

La inesperada intervencion de la beata hizo cortar el diálogo que sostenian los tres jóvenes; i aunque la señora, como ya lo hemos dicho, gozaba de un aprecio i veneracion jeneral, esta vez sus palabras cayeron mui mal en Elisa i Daniel.

Elisa la miró de un modo interrogativo i como buscando en su semblante el móvil que la impulsaba a tomar cartas en un asunto que no solo no le concernia sino que ni aun conocia; i Daniel, que siempre habia experimentado una aversion instintiva hácia esta señora, no pudo reprimir un lijero jesto de malestar al verla tomar asiento en el sofá.

—¡Vamos!...¿qué hablaban ustedes? les preguntó doña Encarnacion con una sonrisa zalamera.

—¡Cómo! le dijo Margarita; no sabia usted lo que tratábamos i sin embargo apoyó lo que decia Daniel?

—No, hijita, no sabia nada; dije eso solo para anunciar mi presencia. He estado tanto rato en la antesala con ese hombre tan cansado i fastidioso, que estaba aburridísima i deseando tener un rato de sociedad con ustedes. Porque, hablando la verdad, hijita, ustedes son los únicos cuya compañía me agrada.

—Gracias, doña Encarnacion, dijo Margarita.

—¿Gracias de qué, hijita? ya sabes que tú eres mi paloma mimada, i que al amarte a tí, amo tambien a los que tú amas...

I doña Encarnacion al decir esto miró de un modo malicioso i por demas significativo a Daniel, el que creyó una falta de urbanidad no pagar siquiera con una sonrisa la alusion que se hacia a su persona.

Margarita bajó los ojos ruborizándose levemente, i como la beata lo notara, la dijo:

—Vamos, picaruela, no te avergüences así, que quien ama como Dios manda i a un jóven tan bueno, no tiene nada que temer.

—¡Oh! usted se ha propuesto hacerme poner colorada! exclamó la jóven.

—Rubor que te viene a las mil maravillas, hijita, pues te has puesto tan hermosa como...

—¡Vaya!...dejemos esto i hablemos del compañero que usted ha tenido en la antesala.

—¡Ah! no me hables de ese hombre, hijita: yo no sé por qué lo detesto con todo mi corazon!... Si no fuese que Dios nos manda no aborrecer a nadie, yo no consideraría a este ni como a prójimo.

—¡I yo que los creía a ustedes mui buenos amigos!

—No lo creas, hijita; él fué a meterse allá impidiéndome continuar mi rosario, i me ha llenado la cabeza con su

charla i sus ayes porque tú lo has despreciado. ¿Cómo se ha atrevido este hombre, Margarita, a pedir tu mano?

—Se habrá creído mui digno de mi amor.

—¡Aii! hijita, ¿si mientras mas se vive mas se vé. Solo a él podría ocurrírsele semejante desatino!...

—¿I está mui enojado conmigo? preguntó Margarita.

—No, así... un poco sentido i amostazado... Pero él abriga aun esperanzas, i queria que yo le sirviese de empeño junto a tí.

—¿I usted no aceptó?

—¡Qué habia de aceptar, hijita, cuando yo seria la primera en decirte que no amases nunca a ese hombre!... ¡Jesus! ir a verte unida a él... ¡No faltaria mas!... El solo pensamiento, alma mia, de que podias llegar a ser la esposa de ese hombre, me ha tenido nerviosa i ansiando el momento de poderme evadir de su lado para volar al tuyo.

—Vámpos, ya viene usted adulándome, la dijo Margarita con un jesto de cariño i amenaza a la vez.

—¿Adulándote?... ¡Ah! no, ya sabes que junto a tí estoy mui contenta, sobre todo cuando como ahora no se bailan esos bailes indecentes...

—No diga usted eso, doña Encarnacion, le interrumpió Margarita; el baile es mui inocente i solo puede ser malo para los que buscan en él un fin depravado.

—¡Jesus, hijita! Inocentes esos bailes!... solamente tú, que tienes un alma de tortolilla i un corazon de perla, puedes pensar de ese modo!... pero yo que por mis años tengo la esperiencia que no he podido adquirir en el mundo, te digo que esos placeres solo pueden haber sido inventados por Satanás!...

Margarita se sonrió sin contestar las reflexiones de la señora, i parándose de su lado, la dijo:

—Hasta luego, voi a dar un rato de conversacion a mis amigas.

—Bien, hijitá; anda, que yo ocuparé aquí tu lugar, contestó la beata con mal disimulada alegría.

VI.

Apénas Margarita se separó del grupo que formaba Elisa, Daniel i doña Encarnación, ésta se dirigió al jóven diciéndole con zalamería:

—¿Por qué no toma usted este asiento, señor Ortiz?

—Mil gracias; estoi aquí mui bien, se apresuró a contestar el jóven.

—Pero éste es mas cómodo i estaria usted mejor, insistió ella.

—¡Ah! no, aquí estoi perfectamente, replicò él, resuelto a no abandonar su lugar.

—¡Vaya!... será porque estoi yo aquí o porque yo lo invito...

—¡Qué! no, señora, dijo Daniel parándose; si no habia admitido era por temor de incomodar...

—¡Incomodar usted, señor Ortiz!... ah! nunca!... Son tan pocos los que hai como usted: tan raros los que observan una conducta sin tacha: tan escasos, en fin, los jóvenes modestos i virtuosos, que no he podido ménos que participar de la simpatía con que lo distingue Margarita.

—¡Diablo! se dijo Daniel al oír las últimas palabras de la señora: ¿se habrá enamorado de mí esta beata?... Retirémonos un poco de ella por lo que pudiera suceder...

I uniendo el hecho a su pensamiento, se apartó cuanto se lo permitia el sofá.

Pero doña Encarnacion estaba empeñada en tenerlo a su lado, i al verlo retirarse, se le acercó, diciéndole:

—Si, señor Ortiz; yo lo distingo entre toda esa multitud de pisaverdes i vanidosos, i mi cariño...

—¡Señora!...le interrumpió Daniel con voz alarmada creyendo llegado el momento en que, a quema ropa, iba a lanzarle una declaracion amorosa.

—Decia que mi cariño, continuó la beata sin inmutarse, es enteramente desinteresado, i solo me lo inspiran las bellas prendas que a usted lo adorna...

—Pero, señora, usted delira, talvez... exclamó Daniel estupefacto.

—¡Ah! no, no deliro, amigo mio!.... exclamó a su vez la señora.

—¡Justo cielo!.... pensó el jóven: ¿en qué he pecado para merecer este amor?.... Vamos, si continúa en este tono, huiré como el casto José, dejando, no mi capa, pues no la tengo, sino los faldones de mi levita!.... Aunque a decir verdad el tal José huyó de una reina jóven i hermosa, en lo que està el mérito, miéntras yo tendría que hacerlo de....un pergamino!....

Daniel se hizo estas reflexiones con la velocidad del pensamiento i luego exclamó en voz alta:

—¡Qué no delira!.... dice usted que no delira!.... repitió mirándola con admiracion.

—¡Ah! no, no deliro!.... contestó ella con vehemencia i aproximándose mas al jóven: no deliro, porque yo, que he observado los pasos de usted, que he apreciado su corazon, conozco que es digno de ser amado.....

—¡Aquí está el reventon!.... pensó Daniel.

—Es digno de ser amado por toda mujer que sea capaz de apreciar la virtud, concluyó lá señora.

—Con tal que no sea tan vieja ni fea como tú, dijo Daniel para sí.

I en voz alta agregó:

—Usted me confunde, señora, con su amabilidad.....

—¡Oh! esto no es nada para lo que usted merece, señor Ortiz.....

—¡Pobre de mí si no mereciera otra cosa que tu amor!... exclamó el jóven en su interior.

—Si Margarita fuese capaz de apreciar a usted en lo que vale, continuó la beata, se tendría por la mujer mas dichosa; pero ella, la pobrecilla, es como todas las de su época...

—¡Pues no hai duda: está celosa!..... pensó Daniel.

—Es despreocupada, dijo doña Encarnacion continuando; poco amiga de la virtud i.....

—¡Señora! le interrumpió Daniel: usted ofende a Margarita con mucha injusticia, porque su virtud es demasiado conocida!

—¡Si así fueran todas las virtudes!.... dijo ella suspirando ruidosamente.

—Pero usted debe querer burlarse, doña Encarnacion! exclamó el jóven verdaderamente indignado del tono que la beata habia empleado de ex-profeso para echar una sombra en la reputacion de Margarita. ¡Usted debe burlarse, repitió, porque usted mas bien que nadie conoce lo que ahora quiere poner en duda!

—¡Yo dudar de Margarita!..... No, señor Ortiz, yo no quiero decir eso, sino que ella es así..... poco allegada a las prácticas relijiosas, poco delicada.....

—¡Poco delicada!..... repitió Daniel mirando a la señora con aire amenazador.

—Si, poco delicada, continuó ella acercándose mas i mas al jóven: i la prueba de que es así, añadió, es el que diga

que esos bailes en que se abrazan i se.... (¡Jesus me perdone!) ¡que esos bailes son inocentes!.....

—Bien: i qué prueba eso? le preguntó Daniel.

—Prueba que hai poca delicadeza, amigo mio; así como el que usted no lo conozca, prueba que su alma es la de un ángel i su corazon el mas sencillo.....

—¡Vieja infame!.... pensó Daniel.

I mirando a la beata con fijeza como para sondear en su semblante el efecto de sus palabras, la dijo:

—Usted dice que eso prueba poca delicadeza, i sin embargo a Margarita acaba usted de decirle que tiene un alma de tortolilla i un corazon de perla.....

—¡Oh! si, balbuceó un tanto turbada la señora: lo he dicho i lo diré siempre, señor Ortiz, que Margarita es un ángel; i la confirmacion está en eso mismo de llamar inocente una cosa que es perniciosa!..... Por esto, tambien, le decia a usted no ha mucho que yo lo distinguía con mi cariño, pues usted es el único hombre que merece ser amado por ella!.....

—¡Ah!..... era por eso!... exclamó Daniel olvidando su enojo al recordar los temores que habia sufrido su castidad creyendo que doña Encarnacion lo tentaba con su vejez i fealdad. ¡Era por eso!.... repitió con gran satisfaccion.

—¡Ah! sí, pues ustedes son, a cual mas inocente, a cual mas virtuoso!.....

—¡Acabáramos!.... agregó Daniel, sonriéndose de su alarma anterior i pensando en los apuros en que se habría visto manifestar a doña Encarnacion que no podria amarla.

La beata se apartó un tanto del jóven, i como si en ese momento recordase algo que habia olvidado, exclamó:

—¡Ai, Dios mio!... cuánto se me ha pasado el tiempo!... No voi a poder cumplir con todas mis devociones.....

I parándose para irse, agregó: —

—¡Adios, señor Ortiz: hasta mañana; que Dios le dé una noche mui feliz!.....

—Gracias, señora, contestó el jóven.

—Hasta mañana, alma mía: vengan ustedes mas temprano, añadió doña Encarnacion, dirijiéndose a Elisa, la pobre Elisa, que triste i silenciosa no habia tomado la menor parte en la conversacion.

VII.

Apénas la señora se habia retirado para ir a su pieza, i cuando Daniel iba a dirijir a su hermana algunas palabras de consuelo, Marcelo Jara se acercó a él diciéndole: —

—Señor Ortiz, no lo he visto a usted fumar: ¿gusta usted que pasemos a la antesala a probar un buen habano?

—Enhorabuena, señor Jara, contestó Daniel parándose, miéntras en su interior se decia:

—¿Estaré condenado a que me persigan esta noche todos los que me son antipáticos?...; ¡Paciencia!... paciencia!...

La antesala en aquel momento estaba ocupada por varios caballeros que, agrupados al rededor de una mesa o sentados a su inmediacion, hablaban de cosas indiferentes.

Marcelo ofreció a Daniel un cigarro, i miéntras atravesaban el salon, con una sonrisa maliciosa le dijo: —

—Parece, Señor Ortiz, que doña Encarnacion le habia hecho a usted olvidar este pasatiempo.

—Por el contrario, contestó el jóven; ella principiaba a recordármelo.

—Luego usted se fastidiaba.....

—Un poco..... La conversacion de la señora no es para divertir.

—Ya lo creo.... Como no tiene la edad de Margarita....

—Ni la edad ni la belleza, observó el joven comprendiendo que Marcelo quería aludir a las relaciones para él tan mortificantes que existían entre Daniel y la joven viuda.

Pero Marcelo, que en ese momento entraba a la antecámara, pareció no apercibirse del tono que Daniel dió a sus palabras, y pidiendo fuego a un caballero que absorbía con delicia el humo de un cigarro, encendió el suyo y se apoyó en la mesa como para darse mas comodidad en el tiempo que iba a gastar en reducir a cenizas un poco de tabaco.

Daniel se habia dirigido a un amigo con el mismo fin, y se preparaba a entablar conversacion con él, cuando llegó a sus oídos la voz de Marcelo que exclamaba:

—¡Es extraño lo que me sucede!....

—¿Qué cosa? le preguntó el caballero que le habia dado fuego.

Marcelo no contestó y comenzó a tocar todos los bolsillos de su vestuario como quien busca algo.

Las miradas de los concurrentes se fijaron en él con curiosidad al verlo entregarse con tanta atencion a este registro; y esta curiosidad, no pudo ménos de subir de punto cuando viéndolo hacer un jesto que espresaba disgusto y convencimiento, volvió a exclamar:

—¡Pues no está!....

—Pero, ¿qué cosa? le volvió a preguntar el mismo caballero.

—Lo que no me admiraría si estuviese en un garito, contestó Marcelo paseando su vista por los que lo rodeaban; pero que aquí, añadió elevando mas la voz, no puede ménos que sorprenderme.

—Vamos, la cosa se hace interesante, dijo un joven que estaba al lado opuesto de la mesa.

—Sí, interesante i bastante sensible para mí, caballero, repuso Marcelo con sequedad.

—Pero, ¿de qué se trata, al fin? preguntó un nuevo interlocutor al ver que los ánimos podían agriarse sin saber siquiera la causa.

—Se trata de algo tan delicado, señor, que casi no me atrevo a decir, contestó Marcelo dulcificando un tanto el tono de su voz.

—Entónces no debía usted haberlo insinuado, le observó el que habia hablado primero.

—Es que tampoco me resuelvo a dejarlo en silencio, repuso Marcelo, por mas que sienta en el alma promover un escándalo i herir el honor de mas de uno, talvez, de los que me rodean; pero hai cosas tan queridas, que no nos resolvemos a perderlas aun cuando como ahora haya que echar una mancha sobre la frente de un caballero!...

Este lenguaje, calculado para despertar el interes i herir el amor propio de los que escuchaban a Marcelo, produjo su efecto.

Todos se agolparon a su rededor instigándolo a que hablase; i Jara contó desde ese momento con un auditorio que debia escuchar atentamente cuanto dijese.

—¡Bien, señores, lo diré!... exclamó Marcelo con voz pausada. El objeto para mí tan precioso, añadió, es un anillo que me legó mi madre como único recuerdo i que lo he conservado con relijioso esmero, no tanto por su gran valor, como por ser su única memoria...

—I... ¿qué mas? preguntaron algunos viendo que Marcelo se callaba.

—Lo demas, señores, añadió con voz cada vez mas alta, es que ese anillo, junto con un portamonedas en que guardaba un poco de dinero, me ha sido robado!

—¡Robado!... repitieron todos a la vez separándose un tanto de él i mirándolo con indignacion.

—Sí, señores; *robado* de este bolsillo, repitió Jara señalando uno de su paletó.

—¡Eso es imposible! dijo uno de los circunstantes.

—¡Imposible e insultante para todos!... agregó otro dando vuelta la espalda i yendo a sentarse a una silla.

—¡Será insultante, señores, exclamó Marcelo; será insultante i lo que ustedes quieran; pero mi anillo i portamonedas se me ha perdido aquí!...

I, al decir esto, golpeó con el pié el pavimento.

—¡Caballero!... vea usted que cada uno de nosotros tiene derecho a exigir de usted una satisfaccion!... le dijo el jóven a quien Marcelo habia pedido fuego al entrar en la antesala.

—Sí, estoi pronto a darla, replicó él, si no está entro ustedes el ladron.

Un murmullo de indignacion acojió estas palabras, i por un momento guardaron todos el mas profundo silencio.

El caballero que habia ido a sentarse un momento ántes, al oir las últimas palabras de Jara, se paró i acercándose a él con semblante amenazador le dijo:

—¡Nuestra dignidad, vilmente ultrajada, exige que usted nombre a aquel sobre quien recaigan sus sospechas, para que justificado como cumple a un caballero, recabe en seguida de usted la satisfaccion que merece tal ultraje!... ¿Aprueban ustedes, señores, añadió dirijiéndose a los demas: aprueban ustedes el que este caballero nombre al que crea culpable?...

—¡Sí, sí: lo aprobamos i exigimos! exclamaron varios a la vez.

—¡Ya vé usted que estamos dispuestos a recibir la acu-

sacion!... Vamos, añadió con voz imponente; vamos, señale usted al que le sea sospechoso, i acabemos de una vez cuestión tan odiosa!...

—¡Bien! exclamó Marcelo con una sonrisa amenazadora, mientras con su vista recorría a los circunstantes. Bien: puesto que así lo quieren ustedes, diré que el que mas se me ha acercado esta noche, es el señor Ortiz!...

—¡Yo!... exclamó Daniel dando un salto hácia Marcelo, crispando los puños i mirándolo con indignacion: ¡yo! repitió con voz encolerizada i con un acento en que iba mezclada la ira i el desprecio mas profundo.

—Sí, usted, señor Ortiz, contestó Marcelo sin inmütarse i acompañando sus palabras de una sonrisa burlesca i de un meneo de cabeza por demas significativo.

—¡Oh!... exclamó el jóven haciendo un poderoso esfuerzo para contenerse. ¡Eres un infame!... le gritó acercándose mas a él.

—Mi portamonedas, en el que está el anillo, probará quien lo es, replicó Jará sin perder su sangre fria.

Daniel, rojo de cólera i despecho, levantó su brazo en actitud amenazadora; pero como si un resto de reflexión lo contuviera, se contentó con decirle:

—¡Miserable!...

—Vamos, señor Ortiz: ahorremos los insultos, le dijo Marcelo con una sonrisa sardónica. Yo estoi dispuesto, añadió, a dar a usted la mas cumplida satisfaccion si sufro un engaño; pero como para convencerme de esto necesito de algo que lo pruebe, solo exijo de usted que aquí, delante de todos estos caballeros, dé vuelta sus bolsillos.

Daniel sintió afluir al corazon toda la sangre de sus venas con esta nueva injuria; pero con la velocidad del pensamiento comprendió que si no hacia lo que Marcelo le

indicaba, su conducta podia ser calificada de un modo desfavorable por los que presenciaban la acusacion; así es que revistiéndose de una admirable sangre fria, dijo calmadamente:

—¡Bien, lo haré!... Pero tiemble usted en seguida!!...

El acto continuo, introdujo una mano en sus bolsillos i comenzó a darlos vuelta de un modo febril i precipitado, como para ahorrar el tiempo de aquella humillante prueba.

Hai circunstancias en la vida que atraen de tal modo nuestra atencion, que podria decirse embargan ellas solas todos nuestros pensamientos.

Nadie de los que rodeaban a Marcelo i Daniel creia que éste pudiese tener los objetos perdidos; i sin embargo, todos fijaban su vista en él con esa persistencia i obstinacion con que se contempla una cosa de sumo interes.

Daniel vestia un paletó con bolsillos a los costados, i comenzó por dar vuelta los de su pantalon, de los que saltaron un cortaplumas i algunas monedas de plata.

Sin hacer caso de ello i con igual precipitacion, pasó a los de su paletó; pero, al dar vuelta el segundo, cayó a la alfombra, junto con un pañuelo de narices, un portamonedas que produjo un ruido metálico al chocar con el pavimento.

—¡Ahí está!... exclamó Marcelo señalándolo con aire de triunfo.

Hubo un momento de silencio, de asombro, de indignacion jeneral. Las miradas de todos, atraidas hácia el suelo por el portamonedas, se levantaron hasta Daniel de un modo interrogador: el cual, viendo caer de su bolsillo aquel objeto para él desconocido, sintió una especie de vértigo que lo hizo perder por un momento la conciencia de sí mismo.

Pero esto fué brevísimo, i al instante se hizo cargo de su embarazosa situacion. Se vió objeto de todas las miradas, de todos los juicios, de mil comentarios desfavorables, i sintió sobre sí todo el peso de aquel incomprensible lance. Su emocion se traslujo en su semblante que palideció hasta la lividez, i cuando levantó la vista para fijarla en los que le rodeaban, vió tan solo rostros airados, llenos de desprecio o de indignacion; i tras estos, la mirada fija, burlona, satánica, de Marcelo. Entónces el jóven quiso hablar, pero la voz se ahogó en su garganta i solo exhaló de sus labios un sonido gutural acompañado de palabras ininteligibles.

Esta turbacion, así como su palidez, fué interpretada por todos como signos inequívocos de la vergüenza que debia ocasionarle su accion.

Entónces pasó algo de mui terrible en el alma del jóven. Sintió agolparse a su corazon toda la sangre de sus venas i de ahí refluir a sus sienas de un modo abrazador; una nube oscureció sus ojos; el furor lo cegó; ríjido, pálido como un cadáver, rechinando los dientes, adelantó dos pasos, i de súbito elevó su mano derecha i la descargò sobre una mejilla de Marcelo.

Dos gritos de mujer resonaron en la puerta que comunicaba con el salon.

Estos gritos se unieron al ruido de un cuerpo que cayó al suelo i a las exclamaciones de los que rodeaban a Marcelo i Daniel.

VIII.

El tiempo trascurrido desde el momento en que cayó el portamonedas, hasta que Daniel dió a Marcelo una bofetada, fué brevísimo; i así Margarita i Elisa, que atraídas por las

voces algo descompuestas que habian sentido llegaron a tiempo para presenciar la caída del portamonedas, solo alcanzaron a lanzar un grito de terror al ver la bofetada que aplicó Daniel a Marcelo; pero no tuvieron tiempo de hacerse cargo de la causa de aquel suceso.

—¿Qué ocurre, por Dios?... qué es lo que hai? exclamó Margarita dirijiéndose a Daniel con voz trémula i anhelante por la emocion.

El jóven la miró de un modo vago, como quien no comprende aun lo que le pasa, i no contestó.

Marcelo a este tiempo se levantó rápida i violentamente del suelo, i con la mirada centellante, los puños crispados, la boca contraída, quiso precipitarse sobre Daniel; pero habiéndolo detenido algunos de los que se encontraban a su lado, hizo un esfuerzo poderoso i se contuvo, lanzando sobre aquel una mirada esterminadora que hizo temblar a Elisa que se encontraba al lado del jóven.

—¿Pero qué es lo que sucede? ¡Dios mio!... ¿qué es lo que ha pasado? volvió a preguntar Margarita.

—¡Ah! una cosa bastante sensible, señorita, se apresuró a contestar Marcelo con acento desolado. Si yo hubiese pensado, agregò, que el señor Ortiz era el autor de este robo...

—¡Dios mio! exclamó Elisa mirando a su hermano con desesperacion i colgándose de uno de sus brazos: ¡Dios mio!... Tú ladron!... tú, hermano mio!...

—¡Oh! yo nunca lo habria creído, señorita, dijo Marcelo anticipándose a la respuesta de Daniel; pero, añadió, aquí está el mismo objeto que prueba su culpabilidad...

I Marcelo, al decir esto, levantó el portamonedas.

—¡Pero eso es imposible, Dios mio!... volvió a exclamar Elisa con creciente desesperacion.

—¡Eso no es mas que una infamia! agregó Margarita.

Daniel en este tiempo habia podido dominarse i comprender su situacion, así es que dirijiéndose a los que lo rodeaban, les dijo:

—¡Señores!... he obrado con lijereza al verme infamado; pero ahora comprendo que debí recibir tan vil calumnia, con el desprecio que ella merece: sobre todo, cuando abrigo la persuacion de que vosotros no me creereis capaz de semejante accion por el solo hecho de encontrarse en mi bolsillo un objeto que puede haber sido puesto en él por el mismo que me acusa!...

—¡Está graciosa la salida!... exclamó Marcelo sarcásticamente.

En los ojos de Daniel ardió una chispa de indignacion, pero sofocándola al instante, creyó prudente no contestar a su calumniador.

—Apelo a la nobleza de ustedes, agregó dirijiéndose a los demas, para que me juzguen como merezco: pues no creo, añadió con una triste sonrisa, que se me repute capaz de robar!...

Nadie respondió de un modo directo a estas palabras, i todos bajaron la vista pronunciando frases entrecortadas i evasivas en que claramente se traslucia la duda.

Entónces el jóven miró a todos los que lo rodeaban, i comprendiendo que era víctima, ante la sociedad, de la infamia de Marcelo, se irguió con orgullo, con esa nobleza que inspira un alma pura cuando se vé zaherida por una ruin bajeza que no alcanza a tocarla.

—Veo que soi juzgado de un modo cruel, les dijo con desden i voz pausada; pero me cabe la satisfaccion de que tan vil sospecha no alcanza a herir mi dignidad por mas que ustedes me condenen. Si algun afecto sentiré perder,

agregó con voz temblorosa i sentida i dirijiendo una mirada de amor a Margarita, solo es uno que toca directamente a mi corazon!!...

Margarita lo miró un momento con idolatría, i corriendo a su lado i tomándolo de una mano, exclamó:

—¡Si la sociedad, Daniel, te condena, yo, tu esposa desde hoy, me encargo de consolarte!...

—¡I tu hermana de amarte!... exclamó a su vez Elisa rodeando con sus brazos el cuello de su hermano.

IX.

Una exclamacion de asombro se escapó de todos los labios cuando Margarita, sin pensar mas que en su amor, dió públicamente al jóven su mano como esposa.

Daniel, gozoso, conmovido, miró a todos con aire triunfante i oprimió con ternura la mano de Margarita, i con cariño i placer el fino talle de su hermana.

La emocion, la alegría, la felicidad, ahogó esta vez la voz en su garganta, i solo haciendo un esfuerzo, pudo con acento entrecortado exclamar:

—¡Gracias!... gracias, ánjeles míos!...

Margarita dejó la mano del jóven, i dirijiéndose a Marcelo con un aire de dignidad i nobleza que le sentaba admirablemente, le dijo:

—¡Caballero!... despues de lo que usted ha visto, debia haber tomado ya el partido de librarnos de su presencia!...

Los ojos de Marcelo oscilaron en sus órbitas, i una sonrisa feroz contrajo sus labios.

—¡Oh! murmuró con voz enronquecida por la cólera; quiere usted solapar la falta de su amante!...

Daniel dió un paso para castigar esta insolencia, pero Margarita lo contuvo, i señalando a Jara la puerta con un ademán imperioso, le dijo:

—¡Si en algo estima usted su honra, salga de aquí!...

—¡Sí, saldré!... pero mi desquite será terrible!... exclamó él rojo de vergüenza i despecho.

I tomando su sombrero, saludó de un modo ceremonioso a los demás, i salió lanzando a Daniel i Margarita una mirada de esterminio.

Las personas que un momento ántes habian en el salon, se hallaban ahora en la antesala atraídas por la escena que hemos narrado; así es que apénas salió Marcelo, cada cual se apresuró a dirigir a Daniel i Margarita elojios o satisfacciones por su silencio anterior. Pero ella, dotada de una fina penetracion para comprender lo que verdaderamente nace del corazon, acojió estas palabras en silencio sin cuidarse de contestarlas.

Pasado el momento en que Daniel sintió que su corazon se dilataba bajo la mirada amante de su futura esposa i el tierno alhago de su querida hermana, volvió a caer de nuevo sobre él el peso de su situacion. Se miró objeto de todos los comentarios, causa de todas las conversaciones i el blanco sobre que debian recaer los tiros de esa sociedad que condena sin juzgar i falla sin investigar. Por un poderoso esfuerzo de su voluntad quiso sobreponerse a todo, luchar cuerpo a cuerpo con los que lo condenaban i desafiar la duda i la calumnia con su conducta sin mancilla i su pasado sin nubes ni sombras que lo empañasen; pero se sintió débil para combatir esa frialdad, esa indiferencia, esa política reservada con que es acojido el hombre sobre quien pesa una acusacion infamante.

Porque, dígame lo que se quiera: el fallo de la sociedad

es mui terrible, i el hombre con delicadeza no puede prescindir de temblar ante él, aun cuando dos corazones amados le prodiguen los mas tiernos i dulces consuelos.

Daniel se sintió fuerte para castigar de frente a quien se atreviera a insultarlo; pero conoció ser débil para soportar esas sonrisas maliciosas, esos pequeños epigramas, esos cu-chicheos misteriosos, ese alejamiento insultante, esos alfilerazos, en fin, con que se hiere a toda hora, a cada instante, al que ha caído en desgracia. Daniel comprendió todo esto, i hallándose impotente para resistir, se anonadó.

Pero Margarita, con su admirable penetracion de mujer enamorada, comprendió lo que pasaba en el corazon de su amado i corrió nuevamente en su apoyo:

—¡Señores!... exclamó dirijiéndose a los que la rodeaban: despues del escándalo que ha tenido lugar en mi casa por la infamia del que acaba de salir, lo que mas desearia es la soledad!

X.

Cinco minutos despues, solo habia en la antesala tres personas: Daniel, Margarita i Elisa.

El primero jugaba maquinalmente con un dije que habia sobre la mesa en que se apoyaba: las segundas ocupaban un sofá frente a él.

—Vamos, le dijo Margarita con voz afectuosa al verlo en una actitud triste i meditabunda: vamos, ¿en qué piensas tanto, Daniel?...

—¡En qué pienso!... exclamó él como saliendo de un sueño. Pienso, Margarita, agregó con voz dolorosa, en que me es imposible probar mi inocencia!...

—¡Oh! tu inocencia está probada... ¿quién puede dudar de ella?

—¡Todos, Margarita, todos me señalarán con el dedo i dudarán!... Yo debo huir de la sociedad, separarme para siempre de un lugar en que se ha concluido para mí todo lo que un hombre delicado puede tener: su honra!...

—¡Pero eso es imposible!... le dijo Margarita.

—¡Ah! no, lo que es imposible, replicó el jóven, es mi permanencia aquí, donde no tendré mas que el desprecio de la sociedad!...

—¿I qué vale eso, Daniel, si tu frente está pura?

—Vale mucho, Margarita; para apreciar su valor es necesario estar como yo! Quién puede soportar esa lucha constante, ese desprecio continuo, sin sentir los mas graves disgustos?... Yo por mi parte me confieso incapaz i conozco que no podré vivir sin que el miserable que me ha ofendido me satisfaga con su vida!...

—¡Un desafío!... exclamó Elisa. Pero eso, Daniel, sería una temeridad que nada te aprovecharia!...

—¡No importa, replicó él: es necesario que lave mi afrenta!...

—¿I si pierdes la vida? le preguntó Margarita con voz anhelante.

—¡Perderé una cosa que me es odiosa, i que en lo sucesivo nadie apreciará! exclamó el jóven con amargura.

—¡Ah!... Eres un ingrato, Daniel!... exclamó a su vez Margarita reprimiendo sus lágrimas próximas a derramarse.

El jóven la miró un instante i comprendió que habia hablado con lijereza e ingratitud olvidando que Margarita, en el momento mas afflictivo para él, habia tomado su defensa colocándose a su lado i dándole públicamente su mano.

Entónces corrió hácia ella, i cayendo de rodillas a sus piés, la dijo con emocion:

—¡Perdóname, ángel mio!... mi dolor ha sido tan intenso, mi desesperacion tan profunda, que ha hecho me olvidar de tí!... Sí, de tí, a quien amo con toda mi alma i de quien acabo de recibir tal prueba de cariño!... ¡Oh! díme que me perdonas, que me amas siempre i tendré fuerzas para luchar con mi situacion!...

—¡Oh! sí, te perdono i te amo!... dijo Margarita.

I al decir estas palabras, atrajo hácia sí la cabeza de Daniel e imprimió en su frente un beso tierno i apasionado.

Daniel no alcanzó a darse cuenta de su felicidad, porque Margarita huyó a esconderse en las piezas interiores, diciéndoles:

—¡Adios!... hasta mañana!...

Cinco minutos despues, Elisa i Daniel se volvieron a su casa.

XI.

El encadenamiento de los hechos nos habia obligado a abandonar por un momento a Enrique Vendetta; quien, como el lector recordará, despues de su conversacion con Elisa fué a ocupar una silla en el ángulo mas apartado del salon de Margarita.

La actitud abatida i meditabunda en que este jóven permaneció largo rato daba a conocer claramente que su imaginacion debia encontrarse ocupada por pensamientos mui tristes i desconsoladores.

La situacion de Enrique no era para ménos: acusado de vandalaje, necesitaba probar su inocencia con hechos tan innegables i convincentes, que a nadie cupiera la menor duda sobre su honorabilidad. Esto habria sido mui fácil a

cualquiera que no se encontrase en las circunstancias excepcionales que él:

Pero Enrique recordó que, por una desgracia, él se habia visto obligado a llevar por un tiempo una vida que para todos los que no estuvieran en antecedentes, debia ser la de un bandido. Recordó mil correrías en los cerrillos de Teno i comprendió que cuantos le habian visto en aquel lugar, saliendo al travez de los caminantes en las altas horas de la noche, no podian sino creerlo un salteador.

El pensamiento del jóven habria recorrido aun mil incidentes que lo condenaban, si su atencion no hubiese sido llamada por el diálogo que hemos visto sostener a Daniel con doña Encarnacion de Loyola.

La animacion con que ésta señora hablaba al jóven, i mas que esto, ciertos movimientos recatados que Enrique creyó apereibir en ella, lo hicieron olvidar su situacion i contraerse a observar.

Ya hemos visto que apénas doña Encarnacion se separó de Daniel, Marcelo Jara lo invitó a pasar a la antesala; i que una vez en ella, tuvo lugar la escena del portamonedas.

Enrique, desde el lugar que ocupaba, presenció lo ocurrido, i mas de una vez se puso de pié con el objeto de intervenir en favor de Daniel. Pero dos motivos lo obligaron a no abandonar su papel de mero espectador. Primero, el que su voz en aquellos momentos habria sido escuchada con el mas alto desprecio, i segundo que ante su vista se desarrollaba una intriga en que él solo, gracias a su observacion, poseia una parte del secreto.

Una vez cerciorado de lo sucedido i recordando la acogida fria i despreciativa que habia recibido a su llegada, Enrique creyó conveniente abandonar la casa de Margari-

ta aprovechando el momento en que todos se hallaban en la antesala a fin de evitar la vergüenza de recibir nuevos desprecios i humillaciones.

—Vamos, se dijo, cuando salia a la calle; llevo el hilo de una intriga, i el corazon me dice que yo, yo el acusado de bandido, he de ser para esta familia la tabla de salvacion.

I atraido su pensamiento a otro órden de ideas, se preguntó: ¿Quién será el que ha dicho que soi un bandido?... Pero, sea cual fuere, tiene razon para decirlo i a mí lo que me conviene es preparar mi vindicacion.

I entregándose completamente a combinar un plan que el lector conocerá a su debido tiempo, Enrique tomó a buen paso la calle que conducia a su habitacion.

CAPITULO II.

LA CARRERA DEL CRÍMEN.

Julian Soto, hijo de don Fernando Soto, fué uno de aquellos seres que, señalados por el destino para figurar de un modo horroroso entre los demas de su especie, dió, desde sus primeros pasos en la carrera de la vida, una idea de lo que habia de ser mas tarde. De jenio díscolo, voluntarioso, pendenciero, manifestó inclinaciones perniciosas a la edad en que otros apénas principian a conocer el mundo.

Don Fernando, alarmado al ver las propensiones de su hijo, apeló desde mui temprano a los consejos i castigos mas severos a fin de morijerar la conducta de aquel niño; pero todo fué en vano, porque Julian se hizo cada dia mas perezoso, cada dia mas holgazan, i parecia que a cada castigo, descubria una nueva maldad.

Creyendo el pobre padre que fuera de la casa Julian cambiaria, lo encerró en el mejor colejio de Ancud, lugar de su residencia, recomendando la mayor severidad para con él; pero ahí, como en la casa paterna, se hizo insopor-table, i el maestro se vió en la necesidad de espulsarlo temiendo que corrompiese a los demas alumnos.

Por una aberracion del corazon humano, los padres casi

siempre aman más a aquellos hijos que más les cuestan; i don Fernando amaba a su hijo con idolatría apesar de que desde su infancia solo le habia dado que sentir.

Llegado Julian a la edad en que su padre no podia contenerlo, abandonaba con mucha frecuencia su casa para entregarse a orjías licenciosas en que perdía su delicadeza i honor i malgastaba los caudales que robaba a don Fernando.

Julian poseia un semblante agradable, i su mirada sagaz, dominadora, lo hacia obtener fáciles triunfos de las mujeres que solicitaba en la estera a que sus vicios lo conducian.

La continuidad de estos triunfos, el abuso de los placeres, i más que todo el hastío irremediable que lleva consigo el que se abandona a una vida licenciosa, hacia que Julian, a los veinte i dos años, odiase a las mujeres; pero su odio era de esos que no apartan al hombre del precipicio, sino que lo atraen; más claro: Julian sentia desprecio por la mujer, pero se unia a ella por sensualidad i por satisfacer sus pasiones jamas reprimidas.

En esta época de su vida, conoció a Adela, jóven de quince a diez i seis años, cuya hermosura exitó sus impuros deseos.

Adela era una de esas jóvenes tiernas i bellísimas que suelen nacer en las aldeas para servir de adorno en medio de la rusticidad de sus moradores. De ojos i cabellos negros; de mirada dulce i candorosa; de cuerpo esbelto i flexible, Adela tenia esa morbidez incitante que tanto poder ejerce en el hombre; i al conocer a Julian, era inocente i sencilla. Las palabras de amor que éste le dirijió, fueron talvez las primeras que escuchó su alma vírjen aun de toda emoción.

Julian le habló en términos ardientes i apasionados del amor que habia sabido inspirarle; le pintó, con frases desconocidas para ella, los placeres de una union, en que gozarian de una felicidad suprema; le mostró, en fin, real, palpitante, embriagador, el sendero porque queria conducirla; pero ella, revestida de un candor natural i con esa sencillez innata en el corazon de algunas mujeres, resistió sus ataques, combatió sus deseos i conservó intacta su pureza.

Esta resistencia i la peregrina belleza de Adela, hizo nacer en Julian una pasion vehementísima. Se sintió dominado por el deseo, tanto mas poderoso, cuanto que era la primera vez que encontraba una resistencia tan decidida i constante. Comprendió, con la rabia en el corazon, que aquella mujer lo habia impresionado de una manera absoluta, i que para vivir necesitaba satisfacer su pasion de cualquier modo i a cualquier costa. Desde que adquirió esta conviccion, redobló sus ataques, sus súplicas i aun sus amenazas; pero todas ellas se estrellaron en la inmaculada pureza de la jóven i no sacó otra cosa que sentir cada dia mas punzante, cada hora mas avasallador, cada minuto mas ardiente, el deseo que lo atraia hácia ella.

Desesperado Julian, pensó por la vez primera en casarse: entónces debió pasar algo terrible por su alma porque se estremeció con el solo pensamiento de una accion que para él era la mayor de las *necedades*. Sin embargo, no le quedaba mas que dos caminos que seguir: o abandonaba su empeño, o se casaba. Dilema terrible para Julian.

Lo primero, era renunciar a sus mas ardientes deseos, a la posesion de aquella vírjen hermosa como la tentacion, pura como los ánjeles, bella como la ilusion, i cuyo solo recuerdo hacia sublevar en él todas sus pasiones. Casarse,

era tambien renunciar a su vida de jóven alegre, a sus or-
jías, a sus amores fáciles, i a todo aquello, en fin, a que
estaba tan acostumbrado.

III

Julian estuvo mucho tiempo indeciso ántes de resolver
su casamiento; pero llegó el dia en que ya no pudo reprim-
mirse i se decidió a verificarlo como único medio de satis-
facér sus deseos.

Don Fernando acogió este pensamiento de su hijo con
una alegría infinita, pues esperó que este paso concluiría
con sus calaveradas i seria la rejeneracion de aquella alma
tanto tiempo abandonada al impulso de sus pasiones.

Julian cerraba los ojos para no ver su porvenir: com-
prendia que él no habia nacido para ser llamado padre ni
esposo, i veia que tan pronto desapareciera la ilusion, la
vida de casado seria para él una cadena tan pesada i odio-
sa, que concluiría por arrastrarlo a mayores precipicios.
Pero, ¿qué le importaba el porvenir, cuando su presente
era insoportable?

Necesitaba, para vivir, la posesion de aquella mujer, i
era preciso arrostrarlo todo, cerrar los ojos a todo i mar-
char derecho al objeto de sus deseos.

Adela fué pedida a sus padres, i algunos dias despues,
recibian de manos de un sacerdote la bendicion que debia
unirlos toda la vida.

Aquí debíamos poner un velo sobre esas escenas ínti-
mas en que una esposa recibe temblando el primer beso
del hombre a quien ha dado su amor; pero los hechos que
vamos a referir, i la necesidad de dar a conocer tal cual

era, el carácter de Julian, nos obliga a profanar ese santuario del amor en que dos esposos ocultan su felicidad.

III.

—¡Al fin eres mía!... exclamó Julian estrechando a Adela en sus brazos.

Ella se ruborizó i mirándolo con ternura se sonrió dulcemente.

Esto pasaba apénas los dos esposos se encontraron solos en la habitación que se les habia destinado.

Julian miró con tal pasion, con tal delirio a su tierna esposa, que ésta se sintió atemorizada i quiso huir; pero él la retuvo i la estrechó hasta tocar con sus labios los labios de la jóven, i la dijo:

—¡Oh! nó, no huiras mas de mí!...

I Julian imprimió, en los temblorosos labios de Adela, un beso prolongado que habria querido hacer eterno: i la miró con la mirada que el tigre debe sin duda mirar a su hembra cuando la acaricia. En aquel momento habia en él algo de salvaje, que aterrorizaba, que daba miedo, que hacia estremecer. Su pelo largo i desordenado, asemejaba a la rizada melena de un leon; su nariz dilatada i su boca entreabierta, dejaba escapar una respiracion poderosa, convulsa i ajitada; sus ojos, en fin, centellaban de una manera imponente, i con su mirada amenazaba, sonreía, acariciaba i maldecía a la vez.

Adela tembló cual una tortolilla en las garras del gavilan; i sus labios, próximos a dejar escapar una súplica, enmudecieron de terror, porque hasta entónces, jamas se le habia presentado Julian de ese modo. I sin embargo, ella

lo amó mas así, porque la mujer ama todo lo que es grande, valiente i majestuoso; i Julian en aquel momento tenia tal majestad, tal poder de dominacion, que se habria creído ver en él al ángel del esterminio.

Hemos dicho que al descorrer este velo lo hacemos para que el lector se penetre del verdadero carácter de nuestro personaje i comprenda mas tarde lo acaecido.

Julian experimentó en su alma placeres que solo él podia disfrutar. Su corazon, que tenia algo del tigre, del leon o del demonio no podia sino sentir de un modo parecido al que podrian ellos sentir. Imaginémos al demonio gozando i nos figuraremos un goce sobrenatural, infinitamente poderoso, lleno de placeres candentes, abrazadores, satánicos; placeres terribles, si así podemos llamarlos, con una voluptuosidad infernal; algo, en fin, como la sensacion que experimentarían dos amantes que en medio de un delirio i envueltos en su amor, rodaran por el caos no sintiendo otra cosa que su ser unido a otro ser.

IV.

Al dia siguiente, Julian era el hombre mas feliz, i don Fernando sintió renacer en su alma una consoladora esperanza, porque creyó ver en su hijo las muestras inequívocas de una felicidad perpetua que vendria a ser el bálsamo que curara las heridas de su corazon de padre desgraciado.

Julian se sentia ebrio de voluptuosidad i solo tenia vida para aspirar ese encanto maravilloso que habia encontrado en su esposa al unir sus labios a los suyos, al estrechar

por vez primera entre sus brazos a un ser puro e inocente.

Habia en Adela algo que a Julian no saciaba, que lo hacia desear siempre, aspirar siempre, i no encontrar jamas el lleno de su deseo, el colmo de su aspiracion. Aquella jóven con su hermosura peregrina le prometia siempre variados i abrazadores placeres; risueños i ardorosos goces; lánguidos i enervantes deleites: i Julian corria... corria... corria tras un placer mas abrazador, tras un goce mas voluptuoso, tras un deleite mas supremo... i despues de una sonrisa tierna, encontraba un beso apasionado; i tras esta sonrisa de ángel i beso de fuego, a la mujer: pero a una mujer amante en cuyos labios solo leia caricias i amor.

V.

I Julian pasó así uno, dos, hasta siete meses, sintiendo su ilusion siempre viva i palpitante: siempre imperioso i ardiente su amor.

Pero Adela llevaba en su seno a otro ser e iba cambiándose la jóven cariñosa i amante en la madre previsoras i prudente.

La pasion de Julian comenzó a enfriarse, a languidecer, a medida que su esposa sentía mas patentes los anuncios de su maternidad.

Ella lo amó entónces, no con la ilusion de los primeros amores, sino con la ternura de la esposa i la tranquilidad de la que ya siente en sí el fruto de su amor; pero él, comenzó a mirarla como todo lo que nos ha sido mui querido i principia a sernos inútil, pesado i fastidioso.

VI.

Julian empezó a salir a menudo.

Comenzó a recordar con placer sus días de soltero, sus amistades, sus entretenciones i sus orjías.

Comenzó a pesarle haberse casado.

¡Su ilusion estaba satisfecha i su amor habia concluido!...

CAPITULO III.

PREPARATIVOS.

A la noche siguiente de los acontecimientos ocurridos en casa de Margarita Saez de B., doña Encarnacion salia como a las siete de la iglesia de la Merced. Un manto caido hasta la nariz cubria casi completamente su cara afilada; i de su brazo derecho colgaba una alfombra i un larguísimo rosario formado con cuentas tan gordas como una avellana.

En la puerta de la iglesia la esperaba desde el momento de su entrada, nuestro conocido Marcelo Jara, así que apenas hubo dado algunos pasos por la plazuela, se acercó a ella diciéndola:

—Mi señora doña Encarnacion: ¿quiere usted aceptar mi compañía?

—¡Oh señor Jara!... qué encuentro tan feliz!... exclamó ella con zalamería. Todo el dia, añadió, he rogado a Dios por usted, i ahora mismo lo acabo de hacer en el templo...

—Gracias, aprecio mucho sus ruegos, replicó Marcelo; aunque ahora creo no me servirán de nada....

—¡Cómo... ¿Desconfía usted de la misericordia infinita de Dios?

—Confío mas, señora, en la proteccion del diablo, con-

testó Marcelo con el tono burlesco que le era habitual cuando hablaba con doña Encarnacion.

—¡Jesus! usted me horroriza, señor Jara! exclamó ella; usted debe querer burlarse, porque no puedo creer que las ideas religiosas que otras veces me ha manifestado, fueran finjidas.

—Es que ahora me encuentro en un caso excepcional, i solo confío en una protección diabólica para salir del paso. Pero, vamos a mi casa un momento, doña Encarnacion, i ahí podremos hablar cómodamente.

—Bien; lo acompañaré por si puedo serle útil en algo.

—En todo, señora, con poco trabajo por su parte i mui buena recompensa por la mia.

—Gracias, señor Jara; usted sabe que si acepto sus obsequios es solo por socorrer con ellos a los menesterosos.

—¡Oh!... si... su jenerosidad es bien conocida!... exclamó Marcelo con socarronería.

Doña Encarnacion creyó conveniente no replicar i siguió en silencio a Marcelo que tomó hacia el tajamar por la calle de las Claras.

En una casa de doble piso que existia en esa época, Marcelo ocupaba un departamento con puerta a la calle.

II.

Apénas Marcelo habia entrado a sus piezas, encendió una lámpara e invitó a doña Encarnacion a que tomara asiento. En seguida, cerró con llave la puerta i vino a sentarse al lado de la señora.

—¡Ya usted sabrá, le dijo, el resultado de nuestro asunto!

—¡Ah! si, me lo ha contado Margarita!...

—¡Bien, eso me ahorra de relatárselo. Usted comprenderá que una ofensa como la que anoche recibí, no puede quedar sin una venganza terrible. Nuestro plan dió un resultado enteramente opuesto al que esperábamos, i yo fui abofeteado i arrojado de la casa de una manera vergonzosa!... ¿Sabe usted, doña Encarnacion, lo que es para mi una bofetada?... ¿Sabe usted, cómo habria contestado yo esa ofensa?... En cualquiera otra ocasion habia sepultado mi puñal en el pecho de mi agresor o lo habria sofocado entre mis manos a no hallar otra cosa que hacer; pero usted me habia dicho que era necesario aparecer dócil i humilde i sofoqué en mi corazon los ímpetus que sentía; i mi disimulo llegó a tal punto, que finjé una sonrisa en mis labios i pronuncié palabras de perdon!... Despues de haber soportado tal ultraje, no me es suficiente la sangre, porque esta es mui poco para mi venganza!...

—¡Dios mio!... usted me asusta, señor Jara!... exclamó la beata con voz alarmada.

—Vamos, señora, exclamó éste a su vez parándose del asiento de un modo indignado i mirándola con jesto depreciativo; vamos, dejemos para otra ocasion i otras personas esas gasmoñerías.

—¿Qué dice usted señor Jara?

—Digo, contestó éste elevando la voz, que deje sus hipocrecias para engañar a los tontos; porque usted tiene tanto de beata, como yo de Cardenal.

—¡Jesus!... usted está loco, señor Jara!...

—¡Si!... loco, i loco de furor, señora; porque he soportado, disimulando mi indignacion, injurias que en otras circunstancias habria labado con sangre!...

—Pero ¿qué es lo que pretende? interrogó la beata asustada del jiro que tomaba la conversacion.

—Pretendo vengarme de una manera terrible, i por esto la he buscado a usted: quiero una venganza lenta, cruel, que aniquile a mis víctimas haciéndoles apurar gota a gota el veneno que se destile sobre sus corazones. No quiero matarlos, porque para esto me bastaría armarme de un puñal i en la calle pública, si los encontraba, sepultárselo en el corazon. No, no quiero matarlos, porque ese es martirio de un instante en que la víctima no alcanza a darse cuenta de su sufrimiento i solo lanza un ¡ai!, se ajita un momento i todo queda concluido!... Yo no quiero esto, porque he calculado cuan poco es ese martirio!...

—Doña Encarnacion se estremeció de terror, i Marcelo cambiando de tono agregó:

—Para lograr mi objeto i satisfacer mis deseos, necesito que usted me ayude en mi empresa, porque usted tiene una imajimacion diabólica para discurrir, i yo solo tengo un puñal que por ahora de nada me sirve.

—Pero yo, señor Jara, ¿qué puedo hacer?

—Usted puede indicarme, i llevar a cabo con mi ayuda, algo que sea mas terrible que la muerte. Tengo oro, i si es preciso gastar, lo gastaremos, que al fin quien vendrá a pagar esos gastos será Margarita.

—¡Cómo!... ¿Margarita? preguntó la señora con admiracion.

—¡Porsupuesto!... ¿creia usted que yo iba a renunciar a esa fortuna por el solo hecho de no haber querido ella ser mi esposa? I esa fortuna, doña Encarnacion, será partida entre los dos!...

—¡Oh! gracias, señor Jara. Usted sabe que si me intereso en sus deseos, es para beneficiar a los pobres.

—La ocasion, entónces, es magnífica, i los desvalidos tendrán mucho que agradecerle.

—Sin embargo, la empresa es bien difícil, señor Jara. El amor que Margarita i Daniel se profesan, se sobrepone a todo i es casi imposible hacerlos volver atras. No crea por esto que a mi me faltarian medios para conseguirlo, no, no es eso; es el temor de que, en lo que emprendamos, haya ofensa para Dios, pues anoche, despues que me separé de usted, he tenido grandes remordimientos de conciencia por aquello de haber puesto el portamonedas en el bolsillo de Daniel.

—Pero, señora, dijo Marcelo un tanto disgustado; ¿no convencí a usted de que, cuando de un mal resultaba un bien mayor, debia preferirse el mal?

—¡Oh! si, usted me convenció de eso i aun llegó a hacerme creer que hacia un acto meritorio con ayudar a usted; pero yo no sé por qué temo siempre i no puedo resignarme a secundar su intento.

—¡Beata maldita! pensó Marcelo, mordiéndose los labios para disimular su incomodidad. ¡Beata maldita!... quiere a toda costa engañarme i no abandonar su papel de mujer virtuosa!... Acabará por aburrirme i obligarme a que haga con ella una barbaridad!... Pero el caso es que sin ella nada puedo hacer, pues Margarita tiene todo su caudal en bienes raices que no es posible apropiárselos con solo dar algunas puñaladas... Vamos, será necesario disimular hasta que logre mi deseo, i entónces, ya veremos como le va!

Marcelo hizo estas reflexiones mientras se paseaba i resolviéndose al fin a tratar a la beata como ella queria se la tratase, se paró frente a ella diciéndole:

—Vea, señora mia: en esto hai algo lójico i sin réplica: anoche la dije a usted que, cuando obrando un mal se consigue un bien inmenso, debemos obrar el mal: esto no merece discutirse en razon de su lójica sencillez. El hecho

de poner el portamonedas en el bolsillo de Daniel i acusarlo en seguida, es malo, pero si hubiese dado el resultado que nosotros esperábamos, ¿no es verdad que con un pequeño mal habríamos hecho un gran bien?... El mal habia sido causar a una sola persona un disgusto; pero si Margarita por este hecho se hubiese resuelto a ser mi esposa, ¿cuántos bienes no habian recibido mil familias menesterosas?... El primer paso se ha errado, es verdad: Margarita no será nunca mi esposa con lo que sucedió anoche; pero, ¿debemos por esto abandonar el campo?...

No, esto seria haber cometido una falta inútil i dejar de hacer el bien cuando aun podemos hacerlo. Usted dirá que a mí me mueve la venganza i que la venganza Dios la reprueba; bien: ponga usted por su parte todo lo malo que encuentre i yo pondré solamente por la mia el bien que usted piensa hacer a los menesterosos con el dinero de Margarita, i la balanza caerá en mi favor.

—¡Oh! señor Jara! sus argumentos son tan poderosos i convincentes, que no queda lugar ni aun para dudar...

—I no puede ser de otro modo, señora mia, tratándose de cosas que en sí mismas llevan el sello de la verdad.

Doña Encarnacion pareció meditar un momento, i como si al fin de él hubiese tomado una resolucion:

—Bien, dijo; acepto lo que usted me propone i le ayudaré. Dios sabe que creo obrar bien i esto me salvará.

—Ya lo creo, El conoce sus intenciones i la premiará... dijo Marelo con una sonrisa maliciosa.

III.

Doña Encarnacion se entregó un momento a masticar en su diabólico cerebro, un plan hábil que sin duda alguna

calculaba le daría un feliz resultado, pues sus ojos fueron cobrando animacion i en sus lábios se dibujó una sonrisa de triunfo.

—Para conseguir nuestro objeto, señor Jara, le dijo, es necesario herir a esos amantes en el corazon; es necesario que sufran lo que hai para ellos de mas terrible: la pérdida de su amor. Para llegar a este resultado, se necesita que Margarita sea, o aparezca a los ojos de la sociedad, como una mujer corrompida a quien se desprecie i abandone; es necesario que sea insultada, ultrajada de un modo vil, i herida en la parte mas sensible del corazon: i ella, que es hermosa, que tiene mil adoradores; que es casta, pura, delicada, se sienta herida en ese pudor; ultrajada en esa delicadeza; pisoteada, en fin, en ese orgullo que le dá su vida immaculada. I cuando Margarita sea pobre, porque lo será, señor Jara, cuando se vea despreciada por la sociedad i no pueda dar un paso sin que reciba un insulto, entónces, ¡oh! entónces la jóven, la hermosa, la rica, la deseadísima viuda Margarita Saez de B. será solo una mujer que todos pretendan, que todos insulten, i que en lugar de respetuosas i apasionadas declaraciones, recibirá infamantes i atrevidas propuestas; i esta mujer que hoi es toda orgullo, toda delicadeza, toda pudor, mañana llorará con desesperacion por la mancha que empañará su frente, por la ignominia que pesará sobre su nombre!

—¡Oh! si se consiguiera eso! exclamó Marcelo con entusiasmo.

—¡Si, se conseguirá, señor Jara! replicó doña Encarnacion. Se conseguirá eso i mucho mas, aun: Margarita es sensible, ama a Daniel con todo su corazon i por él es capaz de los mas inmensos sacrificios. No teniendo a su alrededor mas que seres que la insulten i desprecien, no trepida-

rá un instante, cuando llegue el momento, en abandonar este pueblo; i entónces, ya veremos como la hacemos reducir su fortuna a dinero i como nos apoderamos de él.

Marcelo tenía una absoluta confianza en la invectiva de la beata, así es que, frotándose las manos con alegría, le dijo:

—¡Bien, señora!... i para realizar tan magnífico plan, ¿qué hai que hacer?...

—Escribir inmediatamente una carta que yo le dictaré.

—Al momento, dijo Marcelo, sentándose al lado de una mesa i disponiéndose a escribir.

cia, no solo para perdonarlo, sino aun para disculpar su abandono.

Pero Julian, completamente olvidado de sus deberes, se lo sentia por su esposa un aborrecimiento profundo que de dia en dia iba en aumento, i la humanidad de Adela solo servia para que él la injuriara reputando hipocresia su jeneroso proceder.

CAPITULO IV.

Don Fernando residia a poca distancia de Arendi; Julian, a su vez, residia en la ciudad de Arendi. CONTINÚA LA HISTORIA DE JULIAN. sus infancias, habia sacado a su esposa de la casa desde el dia en que se abandonó su amante a su vida licenciosa, pero como ya este abandono era casi completo, Adela vol-

I.

Julian con mas libertad que ántes para entregarse a su vida licenciosa, volvió de nuevo a las casas de disolucion que habia frecuentado; i ahí, entregándose a la bebida, al juego i a todos los vicios, malbarató sus bienes, los de su esposa i los de su padre, quien creyendo ya a su hijo reje-nerado, le habia confiado la administracion de ellos.

La situacion de Adela al cabo de dos años, se hizo lamen-table: sumida en la miseria, con dos hijos, uno de los cuales criaba con sus pechos, tenia en muchas ocaciones que ocu-rrir a la caridad de los vecinos para no morir de hambre, pues don Fernando, agoviado por los sufrimientos, no po-dia con su trabajo proporcionarle lo necesario para la sub-sistencia. La resignacion i ternura de esta desgraciada esposa fué admirable en el tiempo que tuvo que soportar la conducta infame de su marido.

Humilde i amante siempre, recibia a Julian con amor i cariño cada vez que este volvia a su casa; i en su corazon lleno de jenerosidad encontraba siempre bastante induljen-

cia, no solo para perdonarlo, sino aun para disculpar su abandono.

Pero Julian, completamente olvidado de sus deberes. solo sentía por su esposa un aborrecimiento profundo que de dia en dia iba en aumento, i la humildad de Adela solo servia para que él la injuriara reputando hipocrecia su jeneroso proceder.

II.

Don Fernando residía a poca distancia de Ancud; i Julian, a fin de que su padre no presenciara tan de cerca sus infamias, habia sacado a su esposa de la casa desde el dia en que se abandonó nuevamente a su vida licenciosa; pero como ya este abandono era casi completo, Adela volvió a ella a fin de no vivir tan sola i desamparada.

III.

En una de las muchas noches que Adela velaba hasta mui tarde esperando en vano a su esposo, sintió a lo léjos el galope precipitado de un caballo i se estremeciò involuntariamente.

Su corazon por uno de esos misteriosos presentimientos la dijo que era Julian.

Efectivamente, cinco minutos despues, se presentaba éste en la puerta.

Al verlo, arrojò un grito de placer, alargó sus brazos hácia él i cayò desvanecida por la emocion.

IV

Julian recibió en los brazos a su infeliz esposa i la mirò

de un modo frio, indefinible, sin que en ninguna parte de su fisonomia revelase la menor alteracion.

Al grito de Adela, acudió Don Fernando; i viéndola a su hijo, sin acordarse de su conducta i olvidando todo ante el placer que experimentó su corazon de padre, corrió a él exclamando:

— ¡Hijo mio!... Mi Julian!...

Este se estremeció ante aquella manifestación de amor, i pasó por su consciencia algo que se parecía al remordimiento; pero sofocando su impresion i señalando el cuerpo inanimado de Adela que sostenía en sus brazos, le dijo:

— ¡Adela se ha desmayado: socorrámosla pronto!...

Un momento despues, rodeaban a Julian todos los de la casa, i Adela al volver en sí i verlo a su lado, le hechó los brazos al cuello diciéndole:

— ¡Esposo mio!... ¡amor mio!... ya no te separarás mas de mí, ¿no es verdad?...

Adela i don Fernando volvieron por un poco tiempo a ser felices porque Julian aparentó el mas sincero arrepentimiento.

Habia, sin embargo, algunos momentos, en que la jóven se estremecía al contemplan la mirada sombría de su esposo; pero atribuyéndola a los remordimientos que debia sentir por sus pasadas faltas, corria a su lado i le prodigaba las mas tiernas caricias con el objeto de hacerle olvidar sus penosos recuerdos: entónces una sonrisa mas siniestra aun que su mirada entre abría sus labios i dejaba escapar palabras incoherentes e inentelijibles que iban a llenar de amargura el jeneroso corazon de Adela: porque ella no solo

perdonaba, sino que quería librar del remordimiento a Julian.

De este modo pasó cerca de quince días, que para todos fueron mui felices.

Adela con Julian ocupaban en la casa de don Fernando una pieza con ventana a la calle, i que, como muchas del campo, no tenía reja de fierro i solo se cerraba por medio de dos hojas de madera.

Un dia que se encontró solo en este dormitorio, Julian se ocupó en acomodar la ventana de un modo que fuese fácil abrirla sin ruido por el lado de la calle.

Concluida esta operacion, a la mañana siguiente dijo a Adela le preparase lo necesario para un viaje de dos dias que tenia que hacer.

—Voi a casa de Huirimilla, la dijo, a comprarle algunos animales.

VI.

La despedida de Julian fué demasiado tierna i cariñosa para ser sincera. Estrechó dos o tres veces contra su pecho a su esposa, i solo cuando ésta le presentó a sus pequeños hijos, Julian pareció conmoverse i sentir un escalofrío; pero dominando su emocion, dió un beso a cada uno de ellos, i queriendo librarse de su vista, de un salto subió a su caballo i partió a galope.

VII.

Serian las seis de la tarde, cuando Julian dejó su casa; así que, una hora despues había anohecido; pero él seguia galopando e internándose mas i mas en los bosques dejando a un lado el camino *real* i tomando atajos estrechísimos

por los que apenas cabia su caballo. De este modo anduvo catorce leguas en ménos de tres horas, i llegó como a las nueve de la noche a casa de un indio, amigo suyo, llamado Milla-Lonco.

Ahí descansó un cuarto de hora: pidió al indio un vaso de aguardiente, i le dijo:

—Voi a casa de Huirimilla a realizar unos negocios.

—¿Cómo, don Julian, exclamó éste admirado; ¿vá usted a pasar solo i sin armas la Angostura de la Cruz, sabiendo que hai tantos salteadores?.....

—¿Bah! ¿qué pueden quitarme cuando nada llevo que merezca la pena?

—Sin embargo, señor, el trayecto ese es mui peligroso, i ademas su caballo está tan cansado que creo no alcanzará a llegar.

—Marcharé despacio i así llegaré al amanecer.

—Valía mas que alojara aquí, señor Julian.

—¡Ah! no; tengo precision de ver pronto a Huirimilla. Julian al decir esto, saltó sobre su caballo i dirijiéndose al indio le dijo:

—Hasta la vuelta, Milla-Lonco.

—Que nada le suceda, señor.

—Gracias.

Para ir a la casa del indio Huirimilla, era necesario *fal-dear* un cerro, tomando hácia el oriente un estenso llano.

Pero Julian no siguió este camino, sino que volvió sobre sus pasos; e introduciéndose un momento despues a un potrero cuyo cercado era solo de ramas de espinas travadas unas con otras, enlazó el primer caballo que encontró i poniéndole la montura en que iba, despues de atar el suyo a un árbol, volvió a tomar el camino que conducia a su casa.

por los que apenas cabía en caballo. De este modo anduvo
gatorce leguas en menos de horas, i llegó como a las VIII.

Para no estendernos mas en esta narracion, diremos solo que, poco despues de las doce de la noche, Julian echó pié a tierra como a sesenta metros de la casa de su padre; ató su caballo, se desnudó completamente, empuñó un gran cuchillo i se dirigió a la ventana del dormitorio de su esposa.

Un momento despues, saltó por ella al interior de la habitacion; i ciuco minutos mas tarde, salió, corrió a su caballo, se vistió i partió a todo escape.

Al amanecer, estaba en la casa del indio Huirimilla. Sin embargo, el trayecto ese es muy peligroso; algunas en caballo está tan cansado que poco se adelantará a llegar.

IX.

Al día siguiente, dos carros escoltados por algunos militares, salían de casa de don Fernando.

En el primero iba el cuerpo de Adela, ensangrentado e inconocible. Hasta la vuelta, Millán-Lencina.

En el segundo, don Fernando i toda su familia anegados en llanto.

Reconocido el cadáver de la jóven esposa, se le encontraron dos profundas heridas en el pecho i una en la garganta, en la que habia quedado el puñal del asesino.

La voz pública, que rara vez se engaña, acusaba a Julian!.....

Don Fernando i toda su familia fueron puestos en prision; i Julian en la noche de ese mismo día fué aprehendido en casa del indio Huirimilla.

En su camisa tenia algunas manchas de sangre!.....

Como se ve Julian alegaba en su favor razones muy posibles que dejaban al juez la mayor perplexidad.

Ademas, para que Julian fuera el asesino, necesitaba el Juez ante quien se llevó esta causa, trabajó con increíble constancia para descubrir al homicida; pero toda su sagacidad i empeño, se estrellaba en la imposibilidad de probar de un modo claro i preciso la accion.

En la conciencia del Juez, así como en la del pueblo, no cabia duda de que Julian era el autor de tan horrible asesinato; pero habia algo muy oscuro e incomprensible que lo favorecia.

De las declaraciones de don Fernando i de todos los de la casa, constaba que Julian habia salido a las seis de la tarde; i de la declaracion de Milla-Lonco, que habia estado en su casa como o las nueve de la noche.

Huirmilla, por otra parte, afirmaba que Julian habia llegado donde él al amanecer, i don Fernando no podia ni aun calcular la hora en que habia sido perpetrado el crimen, pues siguiendo la usansa del campo ellos se habian recojido muy temprano.

El espacio de tiempo empleado por Julian en llegar al al punto de su partida despues de haber hecho en solo tres horas, el camino de su casa a la de Milla-Lonco, llamó la atencion del Juez; pero Julian probó con el mismo indio ya nombrado, que su caballo estaba incapaz de hacer una nueva marcha precipitada por lo que habia tenido que hacerla muy despacio.

Con respecto a la sangre que manchaba su camisa i que el juez notó, dijo era efecto de un golpe que habia recibido en el bosque con la rama de un árbol i manifestó una contusion en la frente i una pequeña herida en su mano derecha.

Como se vé, Julian alegaba en su favor razones muy posibles que dejaban al juez en la mayor perplejidad.

Ademas, para que Julian fuese el asesino, necesitaba haber andado mas de cuarenta i ocho leguas en un mismo caballo i solo en diez horas.

Era, pues, imposible, probar su culpabilidad; i el que aparecia como autor inmediato del hecho, era don Fernando.

El, era el primero que habia pedido socorro; a él se habia encontrado en la misma pieza de la víctima todo ensangrentado i teniendo a uno de sus nietos en los brazos.

¿Cómo habia sucedido esto?

Don Fernando decia que habia despertado por el llanto de uno de los niños; i que creyendo dormida a la víctima, habia ido a su cama, la habia tocado para despertarla i sus manos se habian empapado en algo que al principio no habia podido saber que sería; pero que notando que el cuerpo de Adela estaba frio e inmóvil, se asustó i comenzó a dar voces.

La justicia seguia su curso ordinario, i el infeliz padre, inocente de todo, sufría una dura prision confundido entre mil delincuentes.

El pueblo estaba conmovido, porque Adela con su carácter dulce i afable; con su paciencia de mártir resignada, se habia atraído el aprecio i estimacion jeneral.

Su muerte habia dejado una honda impresion.

Lo horrible del crimen, habia sembrado el pánico i horror en todos los que sabian el hecho.

¡Julian desde entónces no podia contar mas que con la indignacion i el anatema de todo el pueblo!...

¡La sangre de su esposa caia gota a gota sobre él!

XI.

Un dia que Julian sosteniendo por medio de un cordon una barra de grillos que enlazaba sus pies, pasó cerca de la celda en que estaba su padre prisionero como él, lo vió i no tuvo valor para hablarlo ni aun para levantar la vista hasta él.

—¿Por qué no me hablas, hijo mio? le preguntó el anciano con voz dulce i sentida.

Julian se paró frente a él i lo miró de un modo tímido, respetuoso, humilde.

—¿Me crees acaso, continuó don Fernando con una voz que iba a herir lo mas íntimo del corazon de su hijo; me crees acaso el autor del asesinato de tu esposa?

Julian se estremeció i no desplegó sus labios.

—¡Anda, hijo mio, añadió el anciano! anda, i que Dios te bendiga!...

Julian lo miró nuevamente i al ver aquel semblante tan noble i austero; tan imponente i tranquilo, sintió correr por sus venas un frio mortal.

Don Fernando, con su cabello i barba crecida; con sus mejillas hundidas i empalidecidas por el sufrimiento, tenia esa esprecion severa, noble, que infunde respeto i que revela un alma que ha apurado crueles sufrimientos con la resignacion de un mártir.

Julian pareció tomar una decision súbita i enérgica. Se volvió al soldado que lo custodiaba i le dijo:

—Condúceme nuevamente a la presencia del juez.

—Pero, señor, le dijo el soldado; ¿no viene usted de allá?

—Si; pero quiero ir nuevamente, replicó Julian con tono decidido.

Cinco minutos despues, se hallaba delante del juez.

XII.

—¿Se me ha dicho que vienes a declarar la verdad? le preguntó el juez.

—Si, señor; vengo a librar a mi padre del sufrimiento; a declarar que es inocente i que yo soi el verdadero i único culpable!.....

—¡Ah! ya lo infería!... exclamó el juez.

—Sí, continuó Julian con voz conmovida; ¡vengo a declarar que yo soi el asesino de mi mujer!...

Se estremeció involuntariamente al decir sus últimas palabras i continuó:

—I si hago esta declaracion, es porque acabo de ver a mi padre, pálido, aniquilado por los sinsabores que yo solo le he causado; envejecido por los sufrimientos que mi conducta le ha hecho sentir!... Lo he visto, i sus labios me han bendecido, cuando por mí ha caído el baldon sobre su frente venerable; cuando por mí ha sido arrastrado hasta este lugar de infamia i espiacion, i confundido con los criminales i malhechores!

Julian calló un instante, enjugó con el dorso de su mano derecha una lágrima que habia saltado a sus ojos, i continuó:

—Ahora, señor juez, si quiere usía saber cómo se perpetró ese crimen, lo relataré todo.

Pasada la ilusion que me hizo unirme a la que fué mi esposa, la odié; i al cabo de año i medio, se me hizo insoportable.

La última vez que la abandoné, lo hice con el propósito de no volver mas a su lado; pero su imájen i la de mis dos hijos me perseguian, i para librarne de ellas, resolví matarla!...

Volví a casa; pero estaba al lado de mi padre, i ahí no podia realizar mi propósito. Pensé envenenarla, pero el temor de causar la muerte de otro, de mi mismo padre, talvez, me retrajo.

Entónces combiné el plan siguiente:

Dije a mi esposa i a todos los de casa que iba a ver a Huirimilla por algunos negocios.

Salí a las seis de la tarde, i forzando la marcha de mi caballo, lo hice llegar como en tres horas a casa de Milla-Lonco.

Mi pensamiento era pedir a éste otro caballo: dejar el mio en su poder i volver a casa en el suyo. Pero no tuve necesidad de esto, pues a poca distancia de la casa del indio, ví un potrero en que habia muchos caballos que fácilmente podian sacarse; así es que, de la casa de Milla-Lonco me fuí allí, enlacé uno, lo ensillé, i dejando el mio atado a un árbol, partí nuevamente.

Antes de llegar i como a sesenta pasos de distancia, eché *pié a tierra*, até mi caballo, me desnudé completamente a fin de que no quedara sangre en mi ropa, i en este estado me dirigí a una ventana que dá a la calle de la pieza en que dormia mi mujer.

¡Era la primera vez que iba a cometer un crimen i temblé de piés a cabeza; pero me dominé, i empujando la ventana, que yo con anticipacion habia acomodado para que se abriera por fuera con facilidad, me lancé al interior apretando entre mis dientes un puñal que me habia proporcionado de antemano!

¡ Mi esposa dormia profundamente, soñando sin duda con las finjidas caricias que yo le habia prodigado ántes de salir!... Su respiracion igual, tranquila, llegó hasta mis oídos: i entónces tuve miedo, un miedo que me hizo castañear los dientes; pero dominándome, llegué hasta su cama, palpé con cuidado i conocí que tenia a su lado uno de mis hijos!...

Reflexioné un momento i me decidí:

Tomé al niño i lo puse sobre un sofá que habia al lado de nuestro lecho.

El niño lloró apénas lo toqué i su llanto hizo que se apoderara de mí una especie de vértigo.

Me precipité a mi esposa i calculando el corazon, le di una puñalada!

Julian se estremeció, cerró por un momento los ojos i continuó:

Arrojó ella un débil grito i yo volví a sepultar mi puñal en su pecho; pero a esta nueva herida, su grito fué mas poderoso. Entónces, clavé mi puñal en su garganta i la sangre saltó a mis manos bañándomelas completamente!.....

Todo esto pasó en un momento mui corto: el niño lloraba a toda voz, i temiendo ser sorprendido por su llanto, lo tomé i lo puse al lado de Adela que se ajitaba en sus últimas convulsiones!...

Julian volvió a estremecerse, i haciendo un esfuerzo agregó:

Para que el niño callase, necesitaba del pecho de la madre i yo fuí a ponerlo en su boca; pero mis dedos se hundieron en las heridas que acababa de hacer el puñal i sentí en mi mano la sangre tibia que salia a borbotones, impulsada por la respiracion!

Entónces sentí horror por el crimen que habia cometido; i llegando hasta mis oídos el ronquido indescriptible que nacia por las tres heridas que habia inferido a Adela, salvé de un salto la ventana i corrí a mi caballo cerca del cual habia dejado tambien mi traje!...

¡Esta sangre, señor juez, que mancha esta camisa es de mi esposa!...

Julian se estremeció por cuarta vez, i sintiéndose fatigado, dijo:

Voi a concluir:

Llevaba las manos empapadas en sangre i al tomar la camisa la manché...

Yo no sé como me vestí...

Salté a mi caballo i corrí... corrí... sintiendo zumbiar en mis oídos el llanto de mi hijo, el ¡ai! lanzado por mi víctima i el estertor de su agonía! I yo corría salvando las distancias, huyendo de un modo frenético, desesperado, del lugar de mi crimen!...

Como el camino real es mui largo, me introduje en el monte por caminos escarpados que solo yo conocia; i ahí, galopando unas veces, corriendo otras, fué donde me hice la contusion de la frente i la herida de la mano, que me sirvieron para hacer mas imposible la prueba de mi culpabilidad.

Llegué al fin donde habia dejado mi caballo, lo ensillé i partí a escape en direccion a la casa de Huirimilla a la que arrivé cuando ya aclaraba.

Mi aspecto, la sangre que llevaba en las manos, en la camisa i en la cara, llamaron desde luego la atencion del indio que me preguntó si iba herido.

Solo entónces vine yo a ver que mi precaucion de desnudarme habia sido inútil; pero al mismo tiempo noté que las

ramas del bosque me habian causado estas magulladuras i dije provenian de un golpe que habia recibido.

Como usted sabe, señor juez, en casa de Huirimilla fuí aprehendido; i si no fuera por mi padre, a quien respeto a pesar de mis crímenes, jamas habria podido la justicia castigar al verdadero culpable!...

Tal fué la declaracion de Julian, i a consecuencia de ella, don Fernando i todos los inocentes fueron puestos en libertad.

Julian fué condenado a muerte.

CAPITULO IV.

EN QUE SE VERÁ HASTA DONDE LLEGA EL AMOR A LA VIDA.

I.

Pasado el momento en que Julian se sintió conmovido por las palabras tiernas i cariñosas que su padre le dirigió, se hizo cargo de su situacion i comprendió que no le quedaba otra esperanza que morir en el patíbulo.

—;He sido un mentecato! se dijo; i ahora es preciso hallar el medio de sacar en limpio el pellejo!...¿Qué haré?... El huir seria una cosa fácil si mis pies no estuvieran enlazados por estos malditos grillos. Lo primero es sacarlos; ¿pero cómo hacerlo?...

I Julian torturaba su imaginacion para hallar el medio de evadirse del castigo de su crimen; pero, por más que pensaba, no se le ocurría ninguno i veía con terror llegar el día en que debía ser ajusticiado.

La víspera ya de este día, Soto se proveyó de un grueso i cortante vidrio; i apenas entrada la noche, se descalzó i

forcejeó un momento viendo si podia arrancar de sus pies el grillete.

—¡Es imposible! se dijo con desaliento. No queda mas recurso que rebanarme los talones!...

I al decir esto, con una sangre fria admirable, palpó calculando el pedazo que en su pié impedia la salida de la barra que sujetaba los anillos.

—Valor, Julian, que te vá la vida!...se dijo.

I cerrando los ojos, comprimiendo el aliento, cortó en la parte que habia calculado de antemano. Pero el vidrio no hizo mas que magullarle la carne causándole crueles dolores.

Julian se mordió los labios i volvió a pasar el vidrio de un modo rabioso.

Esta vez logró su intento i la sangre le empapó las manos. Entónces, tomó la barra, i a riesgo de quebrarse o safarse el pié, tiro de ella con todas sus fuerzas hácia abajo.

Sea que por la rotura de la piel la carne cediera; sea que con el fierro se acabara de sacar lo que impedia su salida, lo cierto es que Julian se sacó el anillo.

Apretó los dientes un momento i sufrió el dolor sin arrojar el mas leve quejido.

—¡Bueno, exclamó; ya está uno, vamos al otro!

Pero al ir a principiar sintió que la enerjía lo abandonaba.

—Vamos, valor!...repitió.

I rechinando los dientes por el dolor, Julian logró sacarse los grillos volviendo a ejecutar su bárbara operacion.

Entónces rasgó una parte de su camisa i se ató las heridas, apretándolas cuanto creyó conveniente para contener la sangre que se escapaba de ellas. Dobló en seguida la parte de atras de sus zapatos i se los ligó a los pies con otro pedazo de lienzo,

—¡Ya estoy libre!...pensó con alegría.

La puerta de la celda en que estaba Julian, era de una hoja, i tenia para la ventilacion una reja de fierro a la altura del pecho de un hombre. La cerradura era una chapa de fierro cuyo pestillo se embutia en el marco; así es que una vez cortado o quebrado, la puerta quedaba abierta.

Julian, devorando los dolores que le hacian sentir sus heridas, se dirigió a la puerta i apoyando los brazos en el marco, sacó las manos por entre la rejilla.

Por un exeso de precaucion, se habia colocado un centinela en la puerta de la celda de Julian, a fin de evitar una fuga.

El soldado, que se paseaba lentamente con su fusil al hombro, se acercó hasta tocar la puerta al oír la voz de Julian que le decia:

—Amigo, ¿quiere usted hacer el favor de oirme una palabra?

—Aquí estoy: ¿qué se le ofrece? preguntó aquel.

—¡Quiero mi vida a costa de la tuya!... le dijo Julian apretándole la garganta con sus manos i cuidando de que el fusil no cayera al suelo.

La noche estaba oscurísima i el soldado no pudo ver las manos de su agresor cuando salian por entre la reja, i solo al sentirse oprimido por unas manos que apretaban como tenazas de fierro, quiso gritar, i deshacirse de aquella presion.

Pero Julian apretaba mas i mas hasta que sintió que sus dedos destrozaron el cuello del infeliz; i solo despues de sentir que se ajitaba en sus últimas convulsiones, lo atrajo hácia sí a fin de cojer el fusil. Cuando hubo conseguido su intento, abrió las manos i el cuerpo casi exánime del centinela rodó al suelo.

—¡Bien; ya van dos operaciones con buen éxito, se dijo el asesino introduciendo el fusil por la rejá. Vamos a la tercera, añadió sacando la bayoneta i comenzó a trabajar para abrir la puerta.

La chapa cedió con facilidad i Julian se encontró de un salto fuera de su calabozo.

Sin perder tiempo, i con la lijereza que le permitia el dolor de sus piés, se dirijió a un corralon cuyas paredes del oriente daban a un bosque espesísimo, separado de la cárcel solo por una corta distancia.

—¡Diablo!... exclamó Julian, observando con atencion las murallas en cuanto se lo permitia la oscuridad: ¡diablo, estas paredes son mas altas que lo que yo creia!... ¡Sería gracioso que no pudiera salvarlas por estos pies malditos que me duelen tanto!...

I Julian comenzó a buscar algun palo, alguna cosa que pudiera servirle para subir; pero su diligencia fué inútil, pues aunque hubiese habido, no le habria sido posible verlo a causa de la oscuridad de la noche.

Entónces sintió en su corazón una desesperacion terrible, una rabia infinita, i apretando entre sus manos la bayoneta, exclamó:

—¿Todo lo que he hecho habrá sido inútil?... Pero, aunque tenga que matar a la guardia entera, yo salgo esta noche!...

I Julian se dirijió nuevamente al patio en que estaba su celda; pero apénas dió algunos pasos, recordó que junto a la pared que separaba el patio del corralon, habia visto clavada en unos postes una gran tabla que servía de asiento a los presos.

Olvidando el dolor de sus heridas, corrió allá, i con el auxilio de la bayoneta, desclavó la tabla; condújola en

seguida a la pared que daba al bosque, llevando la bayoneta en la cintura; i acto continuo, valiéndose de sus piernas, mas que de los pies, subió por la tabla. Pero ésta no alcanzaba a ser del alto de la pared i Julian se vió obligado a echar abajo una parte de la barda, i empinándose cuanto pudo, alcanzó a pasar sus manos hasta el otro lado de la muralla: entónces apretó la tabla con los pies i la levantó a fin de poder tomarla desde arriba.

Efectivamente, cinco minutos despues, Julian la pasaba al otro lado i se descolgaba por ella con la mayor felicidad.

Renunciamos a pintar su alegría cuando se vió libre i seguro ya de no ser sorprendido: olvidando sus dolores, corrió en direccion al bosque sin cuidarse de las heridas que con tan bárbaro valor se habia hecho. Serian como las cuatro de la mañana, cuando Julian abandonó la cárcel.

La noche era una de esas crudísimas i rigurosas de invierno en que el hielo cubre la tierra de escarcha; pero nuestro fujitivo no sentia el frio ni el dolor, i marchaba con la rapidéz posible a internarse en el bosque donde creia mui difícil ser encontrado.

II.

Miéntras Julian se internaba en el bosque, veremos lo que sucedia en la cárcel i lo que hizo el alcaide para perseguirlo.

Cuando se fué a relevar la guardia i se encontró espirante al soldado, toda la cárcel se puso en movimiento, i despues de pesquisas inútiles, el alcaide mandó soldados en todas direcciones a perseguir al prófugo; pero estas diligencias exteriores dieron el resultado que habian dado las

interiores, i al cabo de dos horas, los soldados volvieron como habian salido.

El alcaide se enfureció, juró no volver a la cárcel si no traia muerto o vivo a Julian, i poniéndose él mismo al frente de veinte hombres, salió a buscarlo.

Principiaba a venir el dia, i como esta partida se dirijió al bosque, luego vieron la tabla que habia servido al reo para su evasion.

—Por la hebra se saca el ovillo: en el bosque debe estar aun, dijo el alcaide. Vamos, muchachos; a registrar cada uno por su lado. Que no se nos escape este bandido!...

Los veinte hombres i el alcaide se esparcieron i tomaron distintas direcciones; pero para esta operacion i ese lugar, veinte hombres eran lo que una gota de agua para un inmenso mar. Al fin, ese dia se montó doble guardia para poder disponer de mas hombres, i se mandaron soldados bien armados i en magníficos caballos por todos los caminos, en persecucion del bandido Soto, como el pueblo habia dado en llamar a Julian.

La indignacion era tan jeneral contra este hombre que de un modo tan inhumano habia cometido dos asesinatos, que podemos decir sin exajerar que aquel dia tuvo por perseguidores a cuanto niño i persona ociosa habia en el pueblo.

Pero todas estas pesquisas fueron infructuosas, i apesar de que se mantuvo una guardia en el bosque i de que al dia siguiente se practicaron las mismas dilijencias, Julian no fué encontrado.

Los soldados, al tercer dia, comenzaron a quejarse de lo dura que era la guardia en el bosque, i el mismo alcaide se dijo:

—Indudablemente se nos ha escapado; aunque lo mas

probable es que haya muerto de hambre i de sed en el bosque.

I dando órden a los soldados para que se recojiesen, juró sacar las rejas a las puertas aun cuando en lo sucesivo se ahogaran todos los presos.

CAPÍTULO V.

CONFERENCIA DE LA MALA AMISTAD.

I.

Ya hemos visto que a los tres días de inútiles pesquisas por los sellos abandonados el bosque exigido por el jefe de la partida ya se había ya llegado a la salida del mismo. La suposición era muy justa y verdadera que había para salvarse los gritos, pero que en aquellos momentos los que quedaban en las celdas no habían podido dejar estornudo con la pérdida de sangre. Pero nuestro experimentado en tanto tiempo en el del bosque. Llegando al punto con ese valor que el de la parte se intentó en la espesura tratando de hallar un modo de escapar; pero sus ideas eran tan débiles como las de la mayoría de los que se encontraban allí. Fatigados por lo que se había pasado a descansar exhaustos de fuerzas i de vida al pie de un viejo árbol. Allí se reunieron profesores científicos con sus familias in-

CAPITULO V.

CONSECUENCIA DE UNA MALA AMISTAD.

I.

Ya hemos visto que a los tres dias de inútiles pesquisas, los soldados abandonaron el bosque, creyendo que si Julian estaba en él, habria ya dejado de existir.

Esta suposicion era mui justa si se recuerda que Julian, para sacarse los grillos, tuvo que magullarse horriblemente los pies, causándole esto, dos heridas que debian haberlo dejado estenuado con la pérdida de sangre.

Pero nuestro ex-presidario ni habia muerto ni salido del bosque. Huyendo del suplicio con ese valor que dá el peligro, se internó en la espesura tratando de hallar un asilo donde esconderse; pero sus heridas, irritadas con la nieve i la marcha, le causaban agudos dolores i terribles fatigas, por lo que se vió forzado a detenerse, exhausto de fuerzas i de vida al pié de un viejo árbol. Ahí, haciendo poderosos esfuerzos, cortó con sus dientes un

nuevo pedazo a sus ropas i se ligó los piés que desangraban copiosamente con la marcha fatigosa i desesperada que por aquel terreno desigual i pedregoso, se habia visto obligado a hacer.

El cansancio, el aniquilamiento de sus fuerzas i los dolores terribles que sentía, lo hicieron exclamar:

—¡No vale tanto mi vida como los sacrificios que hago para conservarla!...

I tirándose en el suelo, resolvió dejar venir sobre él lo que la suerte quisiera.

Pero dos o tres horas despues, Julian se sintió de nuevo con fuerzas para disputar su existencia a la justicia de los hombres; i ayudado por la luz del alba, distinguió a pocos pasos un corpulento roble carcomido en el tronco i en cuya cavidad podian cómodamente albergarse dos hombres.

—¡Estoí salvado!...se dijo Julian con una alegría infinita.

I olvidándose de sus heridas i dolores, corrió al roble, examinó con placer su concavidad, i viendo que con desahogo podia ocultarlo, cojió algunas yervas, las arrojó al interior, i dos minutos despues, desaparecia en el segurísimo escondite que la suerte le habia deparado.

Las voces de los soldados que recorrian el bosque, llegaron hasta él varias veces; pero sentado Julian en el interior, su cabeza quedaba mucho mas baja que la entrada, así que era casi imposible el que fuera visto.

Alimentándose solo con yerbas que cojia en los alrededores, Julian pasó así cuatro dias, viviendo como las fieras i dando vuelta en su cerebro a mil proyectos de venganza; hasta que al fin, impelido por la necesidad, abandonó en la cuarta noche su escondite resuelto a seguir la carrera del van-

dalaje que con tan horrorosos principios habia comenzado.

No seguiremos paso a paso sus hechos, porque la dimension de la obra nos lo impide: diremos tan solo que, para proporcionarse alimento, asaltó esa misma noche una miserable cabaña en que vivian dos mujeres; i que, al dia siguiente, asesinó un viajero i quitándole su ropa i caballo, i armado siempre con la bayoneta, emprendió la marcha hácia los pueblos del Norte.

II.

Julian vivió así algunos meses, i sus hechos tenian alarmado al pueblo de Cauquenes, lugar en que pasó algun tiempo. Pero vivia solo, ocultándose en el dia i apareciendo en los caminos por la noche, i esta clase de vida le fastidiaba i lo hacia desear ardientemente la sociedad, por lo que resolvió abandonar aquella provincia i dirigirse a Talca, donde pensaba aparecer con distinto nombre i disfrutar el dinero adquirido en sus salteos.

Estaba al realizar este pensamiento, cuando un dia que vagaba por un camino, se encontró con dos jóvenes que se dirigian a esa ciudad.

Verlos, i reconocerlos por antiguos amigos, fué cosa de un instante.

—¡Narciso Quezada!...¡Claudio Faez!...esclamó trasportado de gozo.

—¡Julian Soto!...esclamaron ellos a su vez mirándolo con cierto terror mezclado de admiracion.

—¡Sí, yo mismo, contestó éste tendiéndoles la mano con grandes muestras de contento.

—Pero...tú por aquí!...

—Sí, por aquí, de lo cual me felicito al encontrar a ustedes, replicó Julian.

—¿I a dónde te dirijes? le preguntó el que hemos oido nombrar Narciso.

—Me dirijía a Talca, contestó Julian; pero creo haberme extraviado i por esto volvía sobre mis pasos.

—¡Ah! nó, vas bien, i es tambien la direccion que nosotros llevamos.

—¿Luego ustedes van a Talca?

—Sí, nos dirijimos allá.

—¡Magnífico!...haremos el viaje juntos, i así nos será mas llevadera la marcha, dijo Julian.

—I pasaremos con ménos temor los cerrillos, dijo Claudio, aceptando por el temor la oferta de Julian.

—Lo que es por mí, no me dan cuidado los tales cerrillos, agregó Narciso con un jesto de indiferencia.

—Sin embargo, no están demas las precauciones, observó Julian.

I al decir esto, puso su caballo al lado de los de sus amigos, i mirándoles con afecto les dijo:

—¿I ustedes, de dónde vienen?

—De Chillan, contestó Claudio, donde hemos permanecido algun tiempo buscando fortuna.

—I donde solo hemos encontrado descepciones, agregó Narciso.

—¿Cómo así? Cuéntenme eso, dijo Julian.

—¡Oh! es bien largo de contar, replicó Narciso; ya lo haremos despues con calma; por ahora bástete saber que luego que tú abandonaste a Carelmapu, nosotros nos ausentamos tambien de ahí, porque a la verdad, la muerte tan trájica de tu esposa, tu prision i fuga de la cárcel de Ancud, nos colocó en el pueblo en una situacion tal, que nadie que-

ria ni hablar con nosotros a causa de la amistad que contigo nos unia.

—¿Pero han podido creer que yo sea el asesino de mi mujer? preguntó Julian.

—¡Claro que sí desde que tú mismo lo confesaste!...

—¡Ah! cuán necio fui con dejarme conmover! exclamó Julian. Sí, fui un necio, porque no pensé que queriendo salvar a mi padre, echaba sobre mí una culpa que me traería el anatema jeneral.

Los jóvenes miraron a Julian con admiracion; i él dando a su voz un acento conmovido, añadió:

—¡Sí, amigos: he sido un imbécil que me dejé arrastrar por el cariño i respeto que siempre he tenido a mi padre. Ustedes que han sido mis compañeros, saben mui bien que yo nunca he pasado de ser un calavera i que todos los disgustos que he dado a mi familia, han sido por tunanterías. Pues bien; cuando se me apresó, precisamente habia dejado de serlo i estaba resuelto a llevar en lo sucesivo una vida distinta. Pero la fatalidad quiso que mi mujer fuese asesinada quien sabe por quien, i que se creyese que yo o mi padre debíamos ser los autores de ese horrible crimen! Pero yo estaba a mas de cuarenta leguas de la casa de mi mujer cuando sucedió esa desgracia, i esto lo he probado ante el juez que se hizo cargo de la causa.

—Pero ¿i tu confesion? le observó Claudio.

—¡Mi confesion! exclamó Julian con bien finjida amargura. ¡Mi confesion, Claudio, fué una farsa que inventé para librar a mi padre de la prision, de la muerte, talvez!...

—¡No comprendo! dijo Narciso. ¿Cómo si habias probado estar tan léjos de tu casa, el juez creyó en ella.

—No podia ménos que creer, replicó Julian, porque yo acomodé las cosas de tal manera que era imposible dudar.

—¡Oh! nadie cree lo contrario, le dijo Claudio con un jesto que equivalia a decir.

—¡Ni yo tampoco lo creo!...

—¡Sí, yo veo que no podré probar nunca mi inocencia, exclamó Julian; pero me basta el recordar que he obrado de este modo por favorecer a mi padre!...

—Vamos, le dijo Narciso; permíteme hablarte con toda la franqueza que ha existido siempre entre nosotros.

—Habla, dí lo que quieras, le contestó Julian con un acento de hipócrita resignacion.

—¡Bien; te diré que nosotros, aunque siempre hemos creído que tú cometiste ese crimen, mil veces, tambien, hemos dudado, al preguntarnos la causa que podias tener para cometerlo. Dínos, ¿recae tu malicia en alguna persona?

—¡Sí! contestó Julian con voz reconcentrada.

I comprendiendo que principiaba a ser creído por sus amigos, gracias al acento de sinceridad que sabia dar a sus palabras, añadió:

—¡Sí!... hai un hombre, que ustedes conocen, que creo sea el autor!...

—¿Quién?... podemos saberlo?...

—¡Sí!... ¡Tristan Vega!... volvió a exclamar Julian con voz cada vez mas opaca.

—¡Tristan!... ¡oh!... Sí! talvez!... dijeron los amigos de Julian, manifestando con estas exclamaciones, ya el convencimiento, ya la duda i finalmente la posibilidad de que fuera exacta la suposicion.

Julian aprovechó esta perplejidad de sus amigos para agregar:

—Ya ustedes saben cuanto me odiaba ese hombre desde aquel dia en que le quité la querida i le dí una tunda de puñetazos. Ustedes presenciaron esa escena, en que me

juró un odio a muerte i el tomar una venganza terrible. I, ¿qué venganza mas terrible podia tomar el miserable?...

—Cierto, dijo Claudio, casi convencido ya de la inocencia de su amigo.

—¿I la muerte del centinela? le preguntó Narciso que no era tan crédulo como Claudio.

—¡Ah!... esa sí que la hice yo!... exclamó Julian manifestándose conmovido. Mi situacion era desesperada, agregó, i quise a cualquier costa salvar mi vida para dedicarla a perseguir a ese infame Tristan!... Pero el miserable ha desaparecido, i mis pesquizas han sido inútiles!

Julian mentia con todo valor, recordando que sus amigos le habian dicho que ellos abandonaron el pueblo casi al mismo tiempo que él, i pensando que era mui probable no tuviesen noticia alguna de ese Tristan a quien él inculpaba.

Despues de esta afirmacion, Julian les habló largamente de sus padecimientos; i acomodó con tal arte su historia, que Claudio i Narciso quedaron convencidísimos de su inocencia.

Entregados a contarse mutuamente los sucesos que a cada uno de ellos habia acaecido, nuestros tres amigos emprendieron la marcha hácia Talca, donde Julian les prometió vivirian en la mas completa armonía disfrutando de algunos *reales* de que era poseedor.

III.

Tres dias despues habian llegado i establecióse cómodamente en una casa de la calle de la Merced.

Julian, a fin de no ser conocido, se hizo nombrar Jacin-

to Hernandez, adoptó el traje de caballero, afeitó sus patillas que hasta entónces las habia dejado crecer, i cubrió sus ojos con unas antiparras.

Disfrazado de este modo, habria podido vivir mucho tiempo sin ser descubierto; pero si bien es cierto que habia abandonado el ropaje del asesino, no por esto olvidaba sus inclinaciones, que bien pronto se vieron despertadas con la noticia llegada fatalmente a sus oidos, de que una familia del pueblo poseía una gran cantidad de dinero.

Julian pensó adquirirla para sí a toda costa, i aun cuando temia no fuese aceptada su proposicion, un dia en que de intento los habia hecho beber, les propuso le acompañasen para apoderarse de ella.

—Serán lo ménos veinte mil pesos, dijo a Claudio i Narciso; i la facilidad de apoderarse de ellos, es mucha.

Narciso i su compañero, aunque trastornados por el licor, rechazaron con enerjía la propuesta de Julian i le afearon su modo de pensar.

—¡Bueno, se dijo Julian disimulando su rabia; yo me apoderaré de ese dinero i ellos pagarán su desprecio.

A los tres dias, Julian escitaba a beber a sus amigos despues de una opípara comida, i una hora mas tarde, éstos dormian profundamente.

Julian se armó entónces de un puñal, i embozándose en una capa, salió a la calle.

Serian las doce de la noche cuando volvió, trayendo envuelto en su capa un gran talego repleto de dinero. Sus manos i parte de sus vestidos, venian manchados de sangre, i el puñal con que se armó habia desaparecido.

Pero Julian parecia tener de esta arma un buen surtido, pues apenas llegó con el talego, acomodó con precipitacion

algunos objetos, sacó otro, i con paso recatado, se dirijió a la pieza en que dormian sus amigos.

—¡Ahora les toca a ustedes! exclamó con voz reconcentrada. No hai lábios mas callados que los de un muerto!...

Al decir esto, hundió por dos veces su puñal en el pecho de Narciso; i corriendo a la cama de Claudio, repitió la misma operacion.

Se sintió entónces una exclamacion estraña, un doble grito; pero un grito ahogado, confuso, sin comparacion posible. El grito que salia de dos pechos abiertos por un puñal, escapado por las heridas i modulado por unos lábios cuya cabeza está perdida por el licor i sumerjida en el sueño mas profundo.

Julian sintió esa respiracion ahogada, que ya otras veces habia escuchado i en sus oidos sintió resonar el estertor de la agonía de sus víctimas. Entónces tuvo miedo, i precipitándose donde habia dejado el talego, lo tomó, i saliendo a la calle, huyó presa de un indifinible terror,

—Bien, hijos míos, nos mudaremos; pero antes, llevad allí la iglesia de San Agustín, porque yo desde niña he ido a ella por la mañana i en la noche, i guarda para mí los recuerdos mas dulces de mi vida.

—Pero, mamá, cómo explicarle su hija: podemos irnos cerca de la Merced, i quedarnos así en un lugar mas acompañado que este.

—Si, Matilde, yo te aconsejaré; pero aquí en San Agustín, fue donde yo recibí mi primera comunión; al pie de un altar, donde de mi mano, temerosa por la emo-

EN QUE SE VERÁ QUE EL POSEER DINERO PUEDE SER CAUSA DE PERDER LA VIDA.

DESPUES DE ALGUN TIEMPO DESPUES DE TI CON EL MISMO OBJETO; ALGUN TIEMPO DESPUES DE TI EN CAS IGLESIA; DONDE SE HAN ELEVADO MIS SUPlicas DE MIJA INOCENTE, DE ESPOSA FELIZ, DE MADRE DICHOSA, HAN RESONADO TAMBIEN MIS PLEGARIAS DE VIUDA INCONSOLABLE...

En la Alameda de Talca i casi al frente de la iglesia de San Agustín, vivia una familia compuesta de tres personas en una de esas casas antiguas pero cómodas que nuestros antepasados conservaban con un cuidado casi religioso.

En el tiempo que pasaban los acontecimientos que narramos, la casa estaba casi completamente aislada por ser ese lugar desierto e inhabitado i considerarse mui distante de la poblacion.

Por uno de esos caprichos, tan comunes en la vejez, la señora dueña de ella no quería abandonarla, apesar de poseer una regular fortuna que le habria permitido vivir en un punto mas central i acompañado.

Cuando sus dos hijos la instaban para cambiar de residencia, ella les decia:

—Bien, hijos míos, nos mudaremos; pero ántes, llevad allá la iglesia de San Agustín, porque yo desde niña he ido a ella por la mañana i en la noche, i guarda para mí los recuerdos mas dulces de mi vida.

—Pero, mamá, solía replicarle su hija: podemos irnos cerca de la Merced, i quedaremos así en un lugar mas acompañado que este.

—Sí, Matilde, yo te complacería; pero aquí en San Agustín, fué donde yo recibí mi primera comunión; al pié de su altar, donde dí mi mano, temblorosa por la emoción, al hombre de mi amor, a tu buen padre: ahí, un año despues, conduje a tu hermano Enrique para ser bautizado; i algun tiempo despues, a tí con el mismo objeto: últimamente, ahí, en esa iglesia, donde se han elevado mis súplicas de niña inocente, de esposa feliz, de madre dichosa, han resonado tambien mis plegarias de viuda inconsolable!...

Matilde no contestaba resignándose con la soledad i esperando impaciente llegara el día Domingo para tener la compañía de su hermano Enrique.

Este jóven, único en la familia para atender a las necesidades de la casa, pasaba toda la semana en varios fundos que poseian no léjos de la poblacion.

La vida ajitada del campo por una parte, i por otra la soledad en que vivían su ya anciana madre i su tierna hermana, hicieron pensar a Enrique en la necesidad de vender esas propiedades a fin de reunirse con su familia.

Realizado ya en parte su deseo con la venta de una de ellas, Enrique depositó en su casa el dinero i siguió trabajando para realizar lo demas.

Pero su afan fué inútil, pues sabedor Julian de lo ocurrido, convinó su plan, i en la noche que lo hemos visto

la ahogaba i huir; pero sus fuerzas la abandonaron i el terror la hizo enmudecer.

—¡Si gritas, si hablas, si das el menor suspiro, te mato!... le dijo Julian en voz baja i oprimiendo con mas fuerza la boca de la jóven.

—¡Dime donde tienen el dinero que han recibido!... agregó un instante despues levantando su mano lo necesario para que Matilde pudiese hablar.

Como ésta no contestó porque el terror habia embargado su voz,

—¡Habla!... Contesta pronto!... le volvió a decir acercándole al pecho la punta del puñal.

Matilde hizo un esfuerzo poderoso i balbuceó:

—¡Ahí... en aquella pieza!...

—¡En qué lugar?... volvió a preguntarle Julian mirándola con aire amenazador.

—En la cómoda... ahí... contestó la jóven temblando, al mismo tiempo que señalaba la habitacion en que Julian creía estuviese la madre de Matilde.

—Bien, repuso aquel, siempre en voz baja; yo voi ahí, pero si gritas, te mato...

Iba ya a dirigirse a la otra pieza, pero de pronto se detuvo a reflexionar:

—Nó, se dijo; no hai labios mas callados que los de un muerto.

I apretando nuevamente la boca de la jóven, descargó su puñal tres veces seguidas sobre su pecho.

Matilde no alcanzó a lanzar mas que un débil i sofocado gemido.

La mano de Julian no abandonó la boca de su víctima hasta verla ajitarse en sus últimas convulsiones. Cuando

ya se preparaba a dejarla, sintió la voz de la madre de la jóven que desde su cama decia:

—¡Matilde!... ¡Matilde!... despierta, hija mia!

¡La buena señora creia a su hija atormentada por alguna pesadilla, pues habia alcanzado a sentir el ahogado grito de la jóven!...

—¡Estoi perdido!... pensò Julian. ¡Estoi perdido!... pero, el todo por el todo!.....

I precipitándose a la otra pieza, cayò con su puñal sobre la señora.

Fué tan rápida la accion de Julian; tan inesperada la sorpresa de la madre de Matilde; i sobre todo, tan feroz i terrible la puñalada que recibió en la garganta, que apénas pudo lanzar una pequeña esclamacion de asombro, cuando cayò exánime sobre sus almohadas.

Julian, sin perder tiempo, se fué a una cómoda que habia frente a la cama; abrió los cajones, i no encontrando en ellos lo que buscaba, se fijó en que habia uno cerrado con llave. Acto contínuo, forzó la chapa con su puñal i sacó del interior el talego con que lo hemos visto llegar a su casa en el capítulo anterior.

Cinco minutos despues, salia a la cal'e con paso precipitado.

III.

A los dos dias de este acontecimiento, un pequeño diario que se publicaba en Talca, daba las noticias siguientes:

«Horribles asesinatos.—Cuatro víctimas.»

«La pluma se escapa de nuestras manos al querer describir los horrendos crímenes que han tenido lugar; tanto

por el dolor que nos afecta con la pérdida que sufre la sociedad en las personas que han dejado de existir de un modo tan trágico, como porque los hechos son bárbaros i crueles.

«La distinguida i virtuosa señora doña Manuela Nuñez, i su simpática i tierna hija la señorita Matilde Prado, han sido, en la noche de ántes de ayer, terriblemente asesinadas en sus mismos lechos!... La primera tenia una ancha i profunda herida en la garganta: la segunda atravesado el pecho por tres horribles puñaladas!.....

«El asesino, al huir llevándose una gran cantidad de dinero, ha dejado, en la habitacion de la señora, su puñal homicida.

«Las otras dos víctimas, son dos jóvenes que vivian en la calle de la Merced en union de otro que ha desaparecido i que se cree autor de este hecho i aun del anterior.

«Cada uno de ellos tiene dos puñalas en el pecho; i a la hora en que escribimos estas líneas, los médicos, aunque con pocas esperanzas, trabajan por salvarlos.»

«¡Ojalá consigan su intento, pues estos jóvenes, que segun los vecinos, se nombran Narciso Quezada el uno, i Claudio Faez el otro, podian dar alguna luz a la justicia.»

«Mañana daremos estensos detalles de tan terribles hechos.»

Renunciamos, por nuestra parte, a pintar el dolor i desesperacion de Enrique cuando supo tan funesta nueva; bástenos decir que se constituyó enfermero de Claudio i Narciso porque esperaba por medio de ellos llegar a descubrir al asesino.

Mas tarde, si el lector nos acompaña, sabremos si fué premiado su deseo; por ahora, volvamos a nuestros primeros conocidos.

CAPITULO VII.

UN NUEVO PERSONAJE.

I.

A las nueve i media de la misma noche en que Marcelo se puso a escribir una carta que doña Encarnacion le ofreció dictar, la casa de Margarita se encontraba nuevamente ocupada por diversas personas.

Doña Encarnacion, que habia llegado algunos momentos ántes, ocupaba un sofá de los del salon al lado de otras señoras de su edad, i conversaba con ellas con esa intimidad que dá la conformidad en las ideas relijiosas.

Por esto, comprenderá el lector que las señoras a que aludimos, eran tan beatas como ella; i que, si bien nosotros no hemos querido entrar a examinar sus hechos como tales, es solo por no permitirlo la dimension de la obra; pues a sernos posible, tenemos la conviccion de que sacaríamos a luz mas de un pecadillo de esos que huelen a incienso i que se conciben entre un *yo pequé* i se ejecutan con el rosario al cuello i la *bula* en la mano.

Volvamos a nuestra narracion.

Frente a la beata, i escuchándola con marcado interes, habia un jóven como de veinte años, en cuya fisonomía se dibujaba cierto aire de petulancia i desfachatez, que lo hacia aparecer a primera vista mui antipático.

Vicente Salas, tal era su nombre, efectivamente era uno de esos jóvenes cuya impavidez hace que sean los primeros en todo escándalo, i que andan siempre a caza de noticias para ganar el quien vive a los amigos i presentarse así instruidos en todo.

Vicente habia oido contar a doña Encarnacion lo ocurrido entre Marcelo i Daniel; i como ella habia presentado al primero de un modo poco favorable a este último, Vicente le preguntó:

—¿De manera que usted cree, doña Encarnacion, que Marcelo ha sido robado?

—¡Yo no creo nada, señor Salas; suceden *en este mundo* cosas tan maravillosas: se ven a cada paso hechos tan sorprendentes, que no debemos creer ni admirarnos de nada cuanto pasa a nuestro alrededor!.....

—Pero el hecho, tal cual usted nos lo ha referido, dá por resultado una de dos cosas: o Marcelo ha sido efectivamente robado por Daniel, o éste ha sido víctima de aquel.

—¡Oh! no, por Dios; Jara es incapaz de una accion semejante!

—Luego Daniel es el ladron, concluyó Vicente, resuelto a no dejar nada en duda.

—¿Quién sabe?... yo no sé que pensar, contestó la beata de un modo en que claramente se veia una acusacion para Daniel.

—¡Jesus!... qué vergüenza!... un jóven que parece tan bueno!... exclamó una de las señoras.

—¡Qué vergüenza i que arrojó!... añadió Vicente dando por cierta la culpabilidad del jóven.

—Sin embargo, observó doña Encarnacion, no debemos juzgar por las apariencias porque pueden engañarnos.

—Pero, *hijita*, aquí no hai apariencias sino realidades, dijo una nueva interlocutora con esa voz melosa i zalamera de las que toman por costumbre, mas que por devocion, el asistir diariamente a las iglesias.

—Así es, *mi alma*; pero el pobre jóven es incapaz, al verlo, de una accion tan baja!... Yo dudo todavía, i cuando hablo con Margarita, casi me convenzo de su inocencia. Lo defiende con tanto calor; habla de un modo tan ofensivo de Marcelo, que me hace creer en lo que ella dice... Aunque estas jóvenes del día, *hijita*, son todas así, tan... pero no todo se debe hablar. Ustedes saben lo malo que es divulgar cosas que permanecen ocultas!...

Vicente se volvió todo oidos al escuchar las palabras de la beata; pero viendo que ésta no continuaba,

—¡Cómo! le dijo, ¿Margarita no es, entónces lo que aparenta?

—¡Oh! usted sabe, señor Salas, que no hai criatura perfecta, i que las mejores que aparecen, tienen a menudo mil debilidades ocultas!... ¡Ah! añadió suspirando ruidosamente; yo misma, que procuro no ofender nunca a mi Dios, ¡quien sabe cuántas tendré i no las conozco!...

—¡Usted es una Santa, doña Encarnacion, la dijo Vicente adulándola para que revelase algo de Margarita.

—¡Ai! no, por Dios, señor Salas; yo soi una gran pecadora; i solo usted que posée un corazon tan bello, puede juzgarme como no merezco!

—Yo i todo el mundo, señora, pregonamos su virtud i alabamos su santidad!...

—¡Me favorecen demasiado!...Yo lo único que hago es escoger mis amistades, i por el ejemplo de ellas rejirme.

—Es mui feliz, entónces, quien pueda llamarse su amigo.

—Usted podrá juzgarlo, señor Salas, pues a usted lo he considerado siempre como a uno de los que mas me honrarian con su amistad.

—Gracias, señora: aprecio a usted su amabilidad. Pero, nos hemos estraviado de nuestra conversacion, i si mal no recuerdo, usted decia que Margarita era...

Vicente cortó la frase con intencion de que la señora la concluyera; pero con esto manifestó su inespriencia en el modo de tratar a las beatas, pues se sabe que éstas cuando son *abordadas* directamente en la cuestion de *pelar* al prójimo, enmudecen i ya no es posible sacarles ni una palabra.

—¡Margarita!...¡Margarita es una pobrecilla!...contestó ella con acento de ternura.

—Sin embargo, usted decia que era...así, medio...en fin, usted quiso significar algo que no alcanzó a decir.

—¿Yo?...¡quien sabe!...no me acuerdo, dijo doña Encarnacion como esforzándose para recordar algo; pero luego, como si la hubiese asaltado una idea, añadió:

—¡Ah!...yá; creo iba a decir que la pobrecilla recibió hoi, a las oraciones, una carta que, si no me engaño, es del buen Marcelo.

—¿De Marcelo, hijita? preguntó otra de las beatas.

—Así me parece, Agustinita; aunque yo no lo aseguro, pues tú sabes que muchas veces una se engaña!

—Así es; ¿i qué le dirá en ella?

—¡Quien sabe; algunas cosas ocultas, talvez! Lo cierto es que desde que la recibió, ha quedado mui triste i como preocupada.

—¡Caramba!...¡esclamó Vicente; yo daría un tesoro por leer esa carta!...

—¡Bah! eso es imposible, señor Salas; ella la guardó cuidadosamente en su bolsillo un poco ántes que ustedes llegasen.

Vicente miró de un modo codicioso hácia un sofá que ocupaba Margarita, deseando con su vista atraer aquella carta que para él iba a ser objeto de mil coméntarios i narraciones.

En aquel momento se retiraban algunas visitas que Margarita acompañó hasta la puerta de la sala, i al pasar frente a doña Encarnacion para volver a su asiento, la beata la llamó diciéndola:

— Margarita, ven, hijita; siéntate un momento aquí... a nuestro lado!...

—Bien; ya vuelvo, contestó la jóven con una sonrisa cariñosa dirijiéndose al otro sofá con el objeto de escusar con las otras amigas, su ausencia momentánea.

II.

Doña Encarnacion aprovechó los momentos que Margarita empleó en disculparse con sus amigas, para encargar a Vicente i las otras beatas, no fuesen a decir nada a la jóven de lo que ella les habia revelado.

Despues de recibir la promesa de que guardarían un secreto eterno, la beata le hizo lugar a la jóven para que quedase frente a Vicente i ocupando a su derecha la cabecera del sofá.

—Vaya; aquí viene mi perla querida, dijo con zalamería viendo acercarse a la jóven i hermosa viuda. Aquí, alma mia, siéntate aquí a mi lado,

—¡Oh! usted me mimó como a un niño regalón, dijo Margarita sonriendo graciosamente.

—¡Te mimo!...¡ah! si pudiera a cada instante abrazarte i llenarte de caricias, no te manifestaría aun lo que te quiero!...

—Si continúa así, me hará usted huir de su lado, le contestó la jóven mirándola con cariño.

—¡Pobrecilla!...tan buena, tan hermosa i tan jóven i ya teniendo que sufrir!...

Margarita suspiró, i con una sonrisa triste le dijo:

—Pero mis sufrimientos serán siempre mas dulces teniéndola a usted a mi lado.

—¿I dónde mejor puedo habitar, hijita, que en tu casa?... Tus risas hacen mi alegría; tus suspiros mi dolor, i tus lágrimas mi amargura. Yo no sé qué inspiracion del cielo me hizo venir a tu casa cuando conocí no era la voluntad divina que yo tomase el velo...

—Es que el cielo quería favorecerme dándomela a usted por compañera, le interrumpió Margarita.

—¡Ai, hijita: quien sabe!...lo cierto es que yo, desde el primer dia, te amo mas que lo que creo deben amarse a los hijos!...

—Pero la señorita no tiene motivos para sufrir, dijo Vicente tomando parte en la conversacion i deseoso de dirigir a la hermosa viuda algunas palabras que él creia de un maravilloso efecto.

—I en verdad, señor Salas, contestó ella con cierta reserva, que nada en este instante me hace sufrir.

—I no puede ser de otro modo, tratándose de usted, señorita: de usted a quien un porvenir sembrado de flores sonrie de un modo alhagüeño.

—Nunca he divisado aun mi porvenir, replicó la jóven

con esa sonrisa que manifiesta claramente el fastidio.

—¡Oh! si usted no lo ha divisado, será porque le basta el presente.

—¡No sé; nunca me he dedicado a estudiar ni lo uno ni lo otro.

—Pero si no lo ha estudiado, señorita, es por el mismo motivo que no tiene para que hacerlo. Su hermosura, su juventud, todos los atractivos que la adornan, le valen el amor, la distincion i el aprecio de cuantos la rodean; ¿qué necesidad tiene entónces de detenerse a mirar su dicha presente, su felicidad futura? Ninguna; cuando mas, le bastará recordar un instante a los desgraciados que han tenido la desdicha de suspirar por un bien imposible.

—¡Caballero! replicó Margarita con aire disgustado; no sé que admirar mas, en su largo discurso, si la belleza del estilo o lo incomprendible de su significado.

—¡Cómo! señorita, ¿usted no ha comprendido que alabo en él su hermosura, que...

—¡Ah! alaba mi hermosura, le interrumpió la jóven con sonrisa desdeñosa: mil gracias, aunque creo que mi espejo es el que con mas verdad puede decírmelo.

—Su espejo o un corazon impresionado, añadió Vicente resuelto a no dejar escapar la ocasion i creyendo haber usado una elocuencia de a *quinientas*.

Margarita pareció no haber oido las últimas palabras del jóven, pues se volvió hácia doña Encarnacion i las otras señoras diciéndoles:

—Ustedes me dispensarán, mis buenas amigas, si no puedo dedicarles otro momento; mis deberes de dueño de casa me obligan a ir donde las demas.

I Margarita al decir esto, se paró e indicó con su mirada el sofá que un momento ántes habia abandonado.

Vicente que observaba con ojos apasionados a la jóven, creyendo que sus miradas dulces harian un efecto tan poderoso como sus discursos almibarados, vió rodar al suelo, de los vestidos de Margarita, un papel azul, plegado en forma de carta.

El primer impulso de Vicente al ver caer el papel, fué recojerlo, i pasándoselo a la jóven, hacer un acto de galantería que él creyó no podia menos de ser tomado en cuenta por ella; pero al mismo instante se le ocurrió que podia ser la carta de Marcelo que él tanto habia deseado; así es que apénas Margarita se separó de ahí, finjió se le caia un pañuelo i recojió el papel ocultándolo inmediatamente en su bolsillo.

Un instante despues, se dirijió a la antesala so pretexto de ir a fumar un cigarro.

Doña Encarnacion, apénas lo vió alejarse, se volvió a sus compañeras diciéndoles:

—¿ Han visto ustedes, *niñas*, jóven mas antipático que este Vicente?... ¡Jesus, *hijitas*; si es un plomo! ¿no es verdad?

—Cierto, niña; yo me admiraba ahora poco al verte prodigarle tantas alabanzas, dijo una de las beatas, que sin duda no estaba aun bastante iniciada en la cofradía.

—¿I qué querías que hiciese, hijita?... ya tu sabes que lo único a que debemos dar crédito, es a lo que se dice a nuestra espalda.

—Así es la verdad, afirmó otra de un modo sentencioso.

III.

Como ya hemos dicho, Vicente se dirijió a la antesala

deseosísimo de cerciorarse si era o no de Marcelo la carta que habia recojido.

Las personas que en aquel momento estaban ahí, pudieron ver que con gran misterio desdoblaba el papel mientras que con su mirada observaba el salon como temiendo ser sorprendido.

Vicente leyó para sí algunas líneas de la carta; pero como esta ocupaba casi tres hojas del papel, pasó al final donde con una satisfaccion inmensa leyó:

“MARCELO JARA.”

No quiso ver mas. Dobló nuevamente con precipitacion la carta, la ocultó en uno de sus bolsillos, i acercándose a un jóven que fumaba con indolencia, medio recostado en una silla, le dijo:

—Tengo una gran noticia que comunicarte.

—¿Relativa a qué? le preguntó el fumador.

—A Margarita i Marcelo, le dijo Salas con misterio.

—¿Sí? interrogó el jóven incorporándose en su asiento con marcada admiracion. Me estraña mucho ver esos dos nombres unidos.

—¡Bah! mas te admirará lo demas.

—¿Luego es algo mui raro?

—No solo raro, sino terrible, por lo que he alcanzado a columbrar.

—Vámos, la cosa se hace interesante. Cuéntame lo que sea.

—Nó, aquí no; cuando te retires, partiremos juntos i hablaremos.

—Bien: son las diez i media, dijo el jóven consultando su reloj; a las once, nos iremos.

—Convenido.

Vicente se apartó del lado de su amigo, i tomando una silla, la acercó a un sofá en que cuatro o cinco jóvenes charlaban de mil cosas a la vez.

—¿Están ustedes impuestos, les preguntò, del vergonzoso hecho de Daniel?

—¡De la miserable intriga de Marcelo, querrá usted decir!... le replicó un jóven de bella fisonomía.

—¡Bah!... eso es bueno para quien no sepa como yó lo sucedido, replicó Salas.

—I tambien lo es, señor, para quien conozca a fondo el carácter de Daniel, agregó el jóven con voz seca i disgustada.

—¡Oh! amigo!... Usted conoce mui poco el mundo, dijo Vicente meneando la cabeza con aire de importancia. El que es pobre, añadió, entra muchas veces por manejos vergonzosos que....

—Caballero!... le interrumpió el que habia tomado la defensa de Daniel. ¡Caballero: tenga a bien no continuar!... En primer lugar, no acepto el calificativo de *amigo* que usted me ha dado, porque esto sería aceptar una intimidad con usted que no ha existido jamas; i en segundo lugar, porque usted hiere cobardemente a un amigo a quien si por algo admiro es por su honradez. Es pobre, es cierto; yo tambien lo soi: i si usted cree que el serlo es un motivo para que falte la honorabilidad, se engaña: porque ahí, en ese círculo donde el hombre sufre i aspira siempre sin encontrar jamas, es donde mas valor tiene la delicadeza, el honor, la honradez. Si hai entre los ricos algunos que no tienen de qué avergonzarse, el pobre casi siempre eleva desde su miseria la frente erguida porque no hai una mancha que la empañe; i su mérito es mayor por que el primero

posée el móvil principal para ser justo, honrado i feliz, i al segundo le falta todo i no tiene mas que su corazon noble i jeneroso para obrar. Usted se engaña, señor Salas, si cree que Daniel es capaz de lo que se le imputa. Daniel posee una nobleza de sentimientos que a muchos ricos honraría, i si es pobre, es por ser honrado, porque prefiere su dignidad a que haya en su conciencia la mas leve sombra que la oscurezca!...

—¡Oh! exclamó Vicente; yo nada puedo asegurar, pues no estuve anoche aquí; pero el hecho, tal cual me ha sido contado, lo condena de un modo positivo.

—Yo no he presenciado tampoco esa odiosa escena, de lo que me alegro, porque no habria podido contenerme a la vista de tal ofensa inferida a un amigo que apreció con todo mi corazon; pero, si hubiera alguna persona que dijese habia visto a Daniel efectuando el robo, a esa persona le diría que mentía como un villano; porque es preciso conocer, como yo conozco a Daniel, para apreciar en su justo valor lo que vale su corazon: ¡él ladron!... oh! esto es una infamia increíble!...

—Sí, increíble en él, agregó otro caballero.

—I sobre todo, añadió el defensor de Daniel; es preciso poner en parangon el acusado i el acusador. ¿Quién es Marcelo Jara? de dónde ha salido?... de dónde viene?... ¿qué es lo que ha hecho?... Nadie lo sabe: todos ignoran su pasado, nadie lo conoce sino desde el momento en que de un modo inopinado apareció entre nosotros. ¿Quién es Daniel, ahora? Veamos su vida en cuatro palabras.—Hace seis años a que perdió a su padre, i a pesar de ser casi un niño todavía en esa época, comprendió el deber que habia caído sobre sus hombros. Su padre habia dejado una pequeña fortuna oculta a la mirada codiciosa de algunos

acreedores, porque el pobre padre temblaba por el porvenir de sus hijos; pero Daniel, desinteresado, noble, jeneroso, la sacó i repartió entre todos ellos: i como aun así no alcanzase a pagar, vendió los muebles i cuanto poseia a fin de minorar la deuda, no reservándose para él i su jovencita hermana Elisa, mas que dos camas, dos sillas i una tosca mesa de álamo. ¿Podrán ustedes calcular ahora cuáles fueron sus padecimientos en un año que pasó sin tener en qué ganar el sustento para sí i su tierna hermana?... ¡Ah! no, solo yo, que lo ví muchas veces vender un pantalon, o recurrir con un levita a esos que por sarcasmo, sin duda, nombran *montes de piedad*, puedo saberlo. ¿Saben ustedes ahora lo que hizo, cuando despues de mil decepciones obtuvo un miserable empleo que le daba una renta de treinta pesos mensuales?... Corrió con alegría al lado de los acreedores de su padre que aun no habian recibido todo lo que les debia, i les dijo:

—¡Estoi *ocupado*: gano treinta pesos; i si ustedes me hacen el favor de dejarme veinte, todos los meses, para atender a la subsistencia i educación de mi hermana, dispongan de los diez restantes para que se paguen de lo que mi padre les adeudaba!

Entre los acreedores, había un noble i jeneroso señor que miró a Daniel con admiracion; pero queriendo ver hasta donde llegaba la bondad de aquel jóven, esperó.

Daniel pagaba puntualmente sus mensualidades; pero al cabo de seis meses, supo con gran admiracion que todas sus deudas habian sido compradas por el acreedor don N. N.

Corrió allá, llevando aun en sus manos los treinta pesos que en un mes de constante trabajo habia ganado; i lleno de gratitud, se dirigió a su acreedor diciéndole:

—¡Señor!...aquí tiene usted todo lo que poseo. Para mí

nada quiero; pero tengo una hermana a quien es necesario mantener, i si usted me permite que todos los meses me reserve para ella quince pesos, le daré a usted lo restante!...

¡El pobre i honrado Daniel creia hacer mui poco, aun, con su jeneroso desprendimiento!...

—¡Noble i honrado jóven, exclamó el acreedor conmovido con aquel nuevo acto de desprendimiento. Noble jóven: guardad vuestro dinero i dedicadlo a vuestra hermana!... Mi primer dependiente se ha retirado i necesito uno que venga a ocupar su lugar. Tendreis ciento cincuenta pesos mensuales de renta, i en mí un nuevo padre que os amará!...

Daniel no supo darse cuenta de su felicidad: quiso hablar, pero la voz se ahogó en su emocion.

—Tomad, agregó el caballero pasando a Daniel varios documentos en que el jóven reconoció la firma de su padre; tomad estas cuentas de vuestro padre: las he cancelado i ya no debéis nada!...

Daniel se irguió con nobleza, i al mismo tiempo que en su semblante revelaba la gratitud inmensa que sentía por aquel jeneroso protector,

—No, señor, le dijo; no me obligueis a aceptar!... Mi reconocimiento será eterno, pero nadie tiene mas derecho que yo para pagar las deudas de mi padre!...

El caballero impresionado con este nuevo acto de delicadeza, le tomó la mano, se la estrechó con afecto i pasándole los documentos, le dijo:

—Bien, honrado jóven; no quiero disputaros tan noble derecho; pero como empleado ya, de mi casa, os mando que acepteis este obsequio...

—Mandadme, señor, que haga lo mas difícil; probad mi gratitud con las comisiones mas delicadas, dijo el jóven con voz enternecida, pero que manifestaba la mas firme resolu-

cion: probad mi celo, señor, en cualquiera otra cosa, añadió; pero no me obligueis a desobedeceros en esto!...

—¡Oh! qué honrado sois!...esclamó el caballero trasportado de gozo. Bien, le dijo; quiero complaceros; pero si no quereis admitir un obsequio, debeis por lo menos aceptar un adelanto, i tal es el que os hago con estos documentos. Daniel estrechó con gratitud la mano de su protector i limpió una lágrima de ternura que sintió saltar a sus ojos. Desde ese dia, el protector de Daniel contó con un hombre honrado que velara por sus intereses.

¿Un jóven que ha procedido así, señores, continuó el defensor del hermano de Elisa; puede ahora robar, i robar de un modo tan bajo i tan ruin, sustrayendo de un bolsillo, como los rateros miserables, un portamonedas?...¡Oh!...

—En verdad que yo me encuentro perplejo en este asunto, dijo Vicente. El hecho tal cual me ha sido narrado, lo condena, por mas que su conducta pasada lo absuelva: él debia, a mi parecer, vindicarse ante la sociedad, porque una mancha como la que ha caido sobre él, puede prestarse a muchos comentarios i dudas ofensivas.

—El que se encuentra inocente de lo que se le imputa con tanta ruindad, replicó el amigo de Daniel, no necesita justificarse, porque sería descender de su dignidad. Que sea juzgado por personas que no conocen la honradez, o que creen que ésta no puede existir unida a la pobreza, eso nada debe importarle, pues a menudo se vé que aquellos que mas dudan de la honorabilidad, son los que ménos la tienen.

—Parece, señor, replicó Vicente, que usted aludiera a mí.

—Yo aludo, señor Salas, a todo el que se atreva a dudar de Daniel; porque *ese jóven*, para emplear las mismas palabras que usted de un modo despreciativo emplea, *ese jóven*, en medio de su pobreza, vale mas que otros que no tie-

nen mas méritos que haber heredado una gran fortuna.

—¡Oh! si yo no fuese enemigo de suscitar querellas, dijo Vicente, aun en las últimas palabras de usted creería encontrar una alusion mui directa a mi; pero, dejemos esto: yo me soi, como Sancho, pacífico de suyo.

Una carcajada jeneral acojió estas palabras de Vicente: el cual, no conociendo el verdadero móvil que la producía, la creyó en celebracion de su espiritual ocurrencia.

con una misión muy directa a mi; pero, dejemos esto:
 Yo me soy, como Sancho, dueño de suyo.
 Una carcajada general acogió estas palabras de Vicente; el
 cual, no conociendo el verdadero móvil que la producía, la
 creyó en celebración.

CAPITULO VIII.

LOS EFECTOS DE UN ANÓNIMO.

I.

Tres dias despues, i a eso de las diez de la noche, Daniel se paseaba con gran ajitacion en el reducido espacio que dejaban unos cuantos muebles de su dormitorio.

Dos cartas abiertas que habia sobre una mesa, eran miradas por el jóven con cierta insistencia cada vez que pasaba cerca de ellas.

En la rapidez de sus movimientos, en lo descompuesto de su semblante, en el aire doloroso que se revelaba en toda su fisonomía, dejaba traslucir la lucha desesperada que sostenia en su interior.

Despues de haber paseado largo rato, se acercó a la mesa, tomó una de las cartas, i leyó.

Una sonrisa amarga i llena de incredulidad se dibujó en sus labios a medida que avanzaba en su lectura; i despues de haberla recorrido, la arrojó con despecho sobre la mesa i tomó la otra.

La primera carta que Daniel habia leído, era de Margarita; la segunda no tenia firma i decia lo siguiente:

“Daniel:

“Te apreciamos i no queremos tu deshonra!..... ¿crees amar a una mujer pura?..... ¡Te engañas!..... Margarita, la mujer a quien tú comparas con los ángeles, es..... ¿a qué decírtelo?..... Anda, ocúltate esta noche al frente de su casa i sabrás lo que es!..... Si dudas, esta misma noche podrás convencerte de la verdad!.....”

“La hora escojida por los amantes, es de once a once i media!..... ¡Alerta!..... ¡Cree i observa!”

Daniel arrojó como la anterior, esta carta que un hombre desconocido habia puesto en sus manos algunos momentos ántes; i volviendo a pasearse con mas agitacion, exclamó:

—¡Oh! no, esto es imposible!..... ¡Es una infamia!..... Margarita no puede engañarme!..... ¿qué sacaria con hacerlo?

I Daniel se hacia mil reflexiones que colocaban a su amada en el pedestal de pureza en que él siempre la habia adorado; pero, un momento despues, la duda asaltaba su imaginacion, i entònces su semblante palidecía, su manos se crispaban i una sonrisa amarga vagaba por sus labios.

Al fin pareció tomar una determinacion decisiva.

—¡Es necesario que vaya!..... se dijo; si no es cierto, mañana imploraré a sus piés el perdon de mi duda!.....”

Cinco minutos despues, Daniel salia a la calle recatando cuidadosamente sus pasos a fin de no despertar a su hermana que dormia en una pieza inmediata.

II.

Daniel salvó con paso precipitado la distancia que lo separaba de casa de Margarita. Si no hubiese ido tan embe-

bido en sus pensamientos, habria notado que dos hombres seguian sus pasos.

Pero éstos no marchaban unidos, i por el contrario parecia que, si uno seguia a Daniel, éste era a su vez seguido por el otro.

Daniel se situó frente a la casa de Margarita ocultándose en el pórtico de una puerta.

Renunciamos a describir sus pensamientos, sus temores i esperanzas: quien haya amado como él, los comprenderá.

Un cuarto de hora despues, Daniel sintió afluir a su corazon toda la sangre de sus venas, i tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

¡Habia visto, con la rabia en el corazon, acercarse, pa- searse un momento, i despues entrar a casa de Margarita, a un hombre embozado en una ancha capa!.....

¡Habia visto, temblando de dolor, que la persona que abria la puerta era su amada!..... ¡El habia conocido sus vestidos!.....

Daniel quiso correr, golpear aquella puerta, echarla abajo si no la habrian, i afear a Margarita su conducta probándole su proceder. Concibió uno i otro hasta mil proyectos de venganza, de odio o desprecio, i todos los desechó porque para su dolor toda venganza era poca; todo reproche insuficiente!.....

Daniel miró un momento aquella puerta que al cerrarse, ocultaba a su rabia i dolor a un hombre que en los brazos de su amada, iba a ser feliz!.....

Sintiendo que su cabeza se trastornaba, que su desesperacion lo ahogaba, corrió a su casa huyendo de aquel lugar en que habia presenciado su desventura.

Esta vez fué seguido por una sola persona.

¡La otra habia sido la que entró a casa de Margarita!

III.

Daniel llegó a su casa, se dirigió a la mesa que le servía de escritorio i con una agitacion febril, trazò en un papel las líneas siguientes:

“Elisa, hermana mia:

“Acabo de recibir la mas terrible desgracia!..... Me voi a un lugar cualquiera, donde pueda, por unos pocos dias, ocultar mi dolor i mi vergüenza!..... Volveré por tí para que nos vamos léjos, mui léjos!..... No temas por mi vida, porque no atentaré a ella por amor a tí!.....

“Manda esa carta a Margarita i tú no la veas mas. ¿Me entiendes?..... ¡no quiero que vuelvas a ver a Margarita!..... Hasta luego.

Daniel.”

Concluidas estas líneas, tomó otro pliego i escribió lo que sigue:

“Margarita:

“¡He presenciado tu traicion i mi infortunio!..... Hoi te creia un ángel i ahora..... no sé quien eres!..... ¡Tu amor fementido, tus palabras, tu..... ¡oh!..... la desesperacion me ahoga, el dolor me sofoca!..... I yo te amo, Margarita;..... sí, te amo, i creo, ¡Dios mio! que ahora te amo mas que nunca!..... ¿Con que todo era falso?.....

¿con que miéntas en público me dabas tu mano de esposa, en la soledad, en el misterio, dabas tu amor a otro?..... ¡Maldicion!..... i yo que me creía el mortal mas feliz! ah!..... No, era todo mentira!..... Mentira tu amor; mentira tus palabras; mentira tus caricias; mentira, en fin, todo lo que nacia de tí!..... ¡Adios!..... Pueda ser que algun dia me presente a tí para pedirte cuenta de la muerte de mi alma!.....

Daniel."

Cuando hubo terminado esta carta i puesto sobre la cubierta el nombre de Margarita, las colocó en la parte mas visible de la mesa: despues, se embozó en su capa i salió a la calle tomando la direccion que primero se le presentó.

La persona que anteriormente habia seguido sus pasos, se destacó del frente de su casa i volvió a seguirlo como una sombra.

¡Daniel no se daba cuenta de lo que hacia: caminaba como un autómeta!.....

IV.

Trastornado con su infortunio, Daniel dejó abiertas las puertas de su cuarto, i la de la calle; así es que, a la mañana siguiente i cuando aun no eran las seis, una sirvienta que salió del interior de la casa, notó inmediatamente este hecho.

Creviendo al principio que Daniel fuese el que, en contra de su costumbre hubiese madrugado tanto, pasó una i otra vez por la puerta del dormitorio del jóven; hasta que, animada por el silencio, entró a él, i no viendo a nadie, se acercó hasta la mesa. Lo que primero llamó su atencion,

fué que la cama de Daniel permanecía tal cual ella la habia dejado el dia ántes, i que la vela se habia consumido en la palmatoria.

Esta muchacha, era la única sirviente que habia en casa de Daniel; i aunque se manifestaba un poco atolondrada i torpe en algunas ocasiones, en ese instante examinó toda la pieza con un solo golpe de vista i comprendió que algo mui grave debia pasar cuando no encontraba a Daniel en su pieza, siendo así que ella lo habia visto en la noche anterior, irse a ella.

Acostumbrada, por otra parte, a ver los papeles i libros del jóven en un perfecto arreglo, vió desde luego las dos cartas que Daniel habia recibido, así como las dos que él habia escrito.

—Aquí está la esplicacion de todo, pensó la muchacha.

I tomando las cuatro cartas, las guardó cuidadosamente en su bolsillo.

—Estas cartas, se dijo, me van a dar lo ménos dos pesos.

I salió con paso precipitado a la calle.

Media hora despues, volvió ajitada i jadeante como si hubiese corrido mucho; i viendo que Elisa aun no se habia levantado, fué a la puerta de su dormitorio, i golpeándola a dos manos, gritó:

—¡Señorita!... señorita!... levántese, mire que el patron no está!.....

—¿Qué dices? preguntó desde adentro la voz arjentina de Elisa.

—¡Que el patron no ha dormido aquí i he encontrado las puertas de la calle i de su pieza abiertas!.....

—¡Dios mio!... ¿qué será esto? exclamó la jóven sobresaltada i vistiéndose apresuradamente.

CAPITULO IX.

UN INTERROGATORIO.

I.

En la misma noche que Marcelo Jara arregló de un modo definitivo su union con la beata, ésta le dijo, segun se recordará, que lo primero que se necesitaba hacer era escribir una carta que ella le iba a dictar.

Apénas concluida esta operacion, la señora tomó la carta, i arrebujándose en su manto, dijo:

—Hasta mañana, señor Jara; me voi, a fin de aprovechar la primera oportunidad.

—Bien, señora: que Dios premie sus buenos propósitos.

Doña Encarnacion creyó prudente no apercibirse del tono burlesco con que Marcelo pronunció sus palabras i salió a la calle con paso precipitado.

No bien habia andado dos cuabras, cuando un embozado se acercó a ella e interceptándole el paso, le dijo:

—Usted dispense, señora, si le causo alguna molestia; pero tengo absoluta necesidad de que usted me oiga!...

—¡Dios mio! exclamó doña Encarnacion retrocediendo

dos pasos i mirando alarmada al que de un modo tan brusco se le presentaba: ¡Dios mio!... ¿pero quien es usted, señor?

—¡Quien soi yo! murmuró de una manera indefinible el embozado. ¿Acaso usted no me conoce, señora?

—¡Ah! nó, no sé quien pueda ser usted!...

El desconocido dejó caer su capa i miró a la señora de un modo fijo i persistente.

—¡Oh!... si es el señor Vendetta!... exclamó doña Encarnacion reconociendo a Enrique i queriendo ocultar cierta inquietud que se apoderó de ella al observar la mirada severa del jóven.

—¡Vaya!... añadió; i yo que no lo habia conocido!...

—I ahora, ¿tendrá usted inconveniente para oírme? el preguntó Enrique.

—De ningun modo, señor Vendetta: usted sabe que yo lo distingo i lo aprecio infinitamente!...

—Entónces, pasemos a mi casa, dijo Enrique, dirijiéndose al frente de donde se encontraban.

—¡Dios mio!... ¿qué me querrá? se preguntaba doña Encarnacion miéntras atravesaban la calle.

II.

Cinco minutos despues, la beata ocupaba un sofá en una pieza lujosamente amueblada que habitaba Enrique; el cual, despues de cerrar las puertas con llave, se dirijió a la señora diciéndola:

—¡Doña Encarnacion!... de lo que voi a proponerle, depende, o su felicidad, o su eterna desventura!... Oigame sin interrumpirme, i no perdamos el tiempo en palabras inútiles!... Yo tengo un pensamiento fijo, una idea inmu-

table i no me apartaré de ella por ningun motivo: ya me cueste inmensos sacrificios, ya tenga que arrostrar los mayores obstáculos, yo cumpliré lo que me he propuesto!... Usted elejirá, doña Encarnacion, entre una fortuna i la cárcel!...

—¡La cárcel! balbuceó la señora palideciendo i mirando a Enrique con terror.

—¡Sí, la cárcel! repitió el jóven mirándola con severidad.

—¡Dios mio!... ¿i por qué?...

—Ya le he dicho, señora, que no gastemos palabras inútiles. El hecho de anoche, solamente, sería bastante para hacerla conducir a usted a ese lugar; i una vez en él, no faltarían otras cosas que añadir!... ¡ya usted lo sabe mejor que nadie!... Vamos, dígame con franqueza: ¿quiere usted ser rica?... Quiere dos, tres, o cuatro mil pesos por hacer lo que yo la diga?...

—Pero, señor Vendetta!...

—Nada, dígame usted sí o nó!

—Es que si en lo que me proponé hai ofensa para Dios, yo no podré... usted sabe que el alma es primero que nada!...

—I si en lo que yo le pida, señora, no hai pecado, ¿consentirá usted?

—¡Oh! sí; con el dinero se puede hacer tanto bien, señor Vendetta!...

Enrique miró a la beata con indignacion, i despues de dar un paseo por la pieza, se paró nuevamente frente a ella i le dijo:

—¡Bien, señora: yo le prometo a usted hacerla rica si me dice la verdad i obra segun mis instrucciones; pero, si me engaña, ¡oh!... usted tendría mucho de que arrepentirse!...

Doña Encarnacion tembló bajo la mirada poderosa de Enrique; i bajando los ojos balbuceó:

—Haré todo lo que usted me diga, señor Vendetta.

—Bien; si así lo hace, cada vez que yo tenga algo que pedirle o usted me comuniqué alguna cosa de interes, tendrá una buena recompensa.

—Gracias, señor; con eso no hará usted mas que beneficiar a los pobres, pues todo lo que yo obtengo lo dedico a ellos...

—¿Me dirá usted la verdad en cuanto le pregunte? interrogó Enrique, interrumpiendo a la señora.

—¡Oh! sí; como si estuviera a los piés de mi confesor!

Enrique fué a sentarse cerca de una mesa que habia casi al frente del sofá; i mirando a doña Encarnacion fijamente, le preguntó:

—¿Cuáles han sido las intenciones de Marcelo Jara?

—Casarse con Margarita, contestó la beata.

—¿Usted sabe, señora, quién es Marcelo?

—Nó, señor Vendetta: solo lo conozco desde el dia en que fué presentado en casa de Margarita.

—¿Qué es lo que sucedió anoche?

—Dicen que Marcelo puso en uno de los bolsillos de Daniel, su portamonedas i lo acusó en seguida de ladron.

—¿Usted sabe si es cierto que Daniel es inocente?

—¡Ah! nó, no lo sé... Yo me habia recojido a mi pieza cuando sucedió eso, así es que.....

—¡Basta, señora!..... gritó Enrique dando un golpe en la mesa i parándose con indignacion! basta!..... yo no admito mentiras, ni es para esto lo que yo la necesito!..... Yo he ofrecido a usted una fortuna, si así lo quiere, porque me sirva; pero sin rebozo ni embustes porque los

detesto!... Usted desprecia mi oferta, se acabó todo, entón- ces!... Usted tendrá su merecido!

I Enrique, al decir esto, se dirigió a la puerta que un momento ántes habia cerrado con llave; pero la beata, que de una ojeada comprendió su situacion, corrió a él escla- mando:

—¡Señor Vendetta!..... oiga usted!..... no se preci- pite!

La beata, con la rapidez del pensamiento habia calcula- do que bien podia servir a Enrique i Marcelo i sacar utili- dad por ámbas partes; i como, ademas de esto, Enrique pare- cia estar instruido en algo de su pasado que a ella causaba al- gunas zozobras, i la amenazaba con un porvenir nada agrada- ble, se decidió a servirlo con toda honradez.

—¿Qué quiere usted? le preguntó el jóven mirándola con desden.

—Constestar a usted la verdad; pero me ha de prome- ter no revelar a nadie lo que yo le comunique!...

—Bien: respóndame usted sobre lo que le pregunté.

—Daniel es inocente, señor Vendetta.

—¿Luego Marcelo puso el portamonedas?

—Nó, fuí yo por instigaciones de él.

—Bueno, señora; veo que ahora dice usted la verdad. I Marcelo, ¿qué dice despues de lo que anoche sufrió?

—Desea vengarse.

—¿Qué piensa hacer?

—Calumniar a Margarita i hacer caer el desprecio sobre ella.

—¡Pero eso es casi imposible!... ¿qué calumnia pue le alcanzar a una reputacion como la de ella?

—¡Oh! señor Vendetta!... la calumnia llega a todas partes, con tal que se sepa dirigirla!...

Enrique meditó un momento ántes de hablar i fijó su vista en la beata tratando de leer en su semblante si lo engañaba. Este exámen debió satisfacerlo, porque un momento despues le preguntó:

—¿I de qué medios piensa valerse?

—De esta carta, señor Vendetta.

I doña Encarnacion puso en manos de Enrique la carta que habia sacado de casa de Marcelo.

—Puede usted abrirla i leerla, añadió la señora.

Enrique rompió el cierro, desplegó el papel i leyó.

Desde las primeras líneas, su frente se contrajo i de sus ojos brotó una llama de indignacion al concluir.

—¡Esto es una infamia!... exclamó arrojándola sobre la mesa despues de arrugarla entre sus manos. ¡Esto es lo mas infame que puede concebirse!... Esta carta no debe ser vista por nadie!

I Enrique al decir esto, tomó nuevamente la carta con intencion de hacerla pedazos; pero una idea que le asaltó en ese instante, lo hizo detenerse.

—¿Qué iba a hacer usted con ella?

—A perderla donde pudiese ser encontrada.

—No comprendo; hágame usted el favor de esplicarse.

—Esta carta, señor Vendetta, no debe ser vista por Margarita; pero sí, debe aparecer como perdida por ella.

—Pero, ¿qué se sacaria con eso?

—Que la persona que la halle, la leerá i precisamente dará crédito a su contenido.

—¡Oh! qué infamia!... dijo Enrique con aire pensativo. Si en ese momento hubiésemos penetrado su pensamiento, lo habríamos oido decirse:

—¡Ah!... yo tambien soi inocente i sin embargo han dudado de mí!... Bien: cuando ella se vea rodeada por la

CAPITULO X.

MISTERIOS.

I.

Elisa, sobresaltada con el aviso que la sirvienta le dió, de que su hermano no estaba en la casa i que tampoco habia pasado la noche en ella, se dirijió inmediatamente a la de Margarita con la esperanza de adquirir algunas noticias de Daniel; pero la jóven viuda habia salido mui temprano, i doña Encarnacion estaba en la iglesia; así es que tuvo que resignarse a esperar, devorando su inquietud i esforzándose por tranquilizar su corazon con reflexiones que luego desechaba como quiméricas.

Al fin, al cabo de media hora, vió llegar a Margarita que, trémula, ajitada, i haciendo esfuerzos poderosos para reprimir sus lágrimas, le echó los brazos al cuello esclamando:

—¡Elisa, hermana mia, consuélame tú!.....

—¡Dios mio!..... ¿qué es lo que hai? ¿qué *le* ha sucedido? le preguntó Elisa palideciendo de temor creyendo

calumnia, estará mas dispuesta a creer en la inocencia de los demas!...

Concluido este monólogo, Enrique pasó la carta a doña Encarnacion diciéndola:

—Tome usted, i haga lo que habia pensado!...

A los cinco minutos doña Encarnacion salia guardando en su bolsillo un puñado de oro que Enrique puso en sus manos.

CAPITULO X.

MISTERIOS.

I.

Elisa, sobresaltada con el aviso que la sirvienta le dió, de que su hermano no estaba en la casa i que tampoco habia pasado la noche en ella, se dirijió inmediatamente a la de Margarita con la esperanza de adquirir algunas noticias de Daniel; pero la jóven viuda habia salido mui temprano, i doña Encarnacion estaba en la iglesia; así es que tuvo que resignarse a esperar, devorando su inquietud i esforzándose por tranquilizar su corazon con reflexiones que luego desechaba como quiméricas.

Al fin, al cabo de media hora, vió llegar a Margarita que, trémula, ajitada, i haciendo esfuerzos poderosos para reprimir sus lágrimas, le echó los brazos al cuello esclamando:

—¡Elisa, hermana mia, consuélame tú!.....

—¡Dios mio!..... ¿qué es lo que hai? ¿qué *le* ha sucedido? le preguntó Elisa palideciendo de temor creyendo

que Margarita sabia algo mui terrible de Daniel i que su dolor era motivado por alguna desgracia.

—¡Oh!..... no sé lo que me pasa!..... estoi loca!.....

—Pero al fin ¿qué *le* ha sucedido?..... ¡dímelo, Margarita; dímelo pronto!..... volvió a esclamar Elisa refiriéndose siempre a su hermano.

—Sí, te lo diré todo, Elisa; pero ven, sentémonos aquí.

I Margarita al decir esto, arrastró a la jóven hasta un sofá de la ante-sala, i una vez en él, tomó las manos de Elisa entre las suyas i mirándola con esa mirada poderosa i espresiva de sus bellos ojos, mas bellos en aquel momento por las lágrimas que los llenaban, le dijo:

—Para que puedas comprender lo que hoi me pasa, es necesario te diga lo que me ha sucedido en estos dias; ¡oh!..... mira, al dia siguiente de esa noche fatal en que el infame de Marcelo quiso calumniar a Daniel, tú sabes, porque te lo dije al dia siguiente, me ví llena de visitas i de personas que vinieron a felicitarme por el modo como me conduje esa noche.

Esas felicitaciones las recibí con una alegría inmensa, porque me decia: “si Daniel fuera indigno o tenido por tal mi accion no seria alabada!”

Pues bien; desde esa noche todo ha cambiado i en lugar de felicitaciones he recibido los insultos mas terribles!..... Oh! no sé como decirte lo que ha pasado!..... Mira, Vicente Salas, ese jóven tan antipático i tan ridículo que todos desprecian, se me presentó a la mañana siguiente con la exigencia de..... ¡oh! nó, es imposible que te diga lo que me dijo, lo que exigió de mí!..... bástete solo saber que tuve que llamar a un criado para que lo arrojara a la calle!..... Yo atribuí esta insolencia de Vicente a su mala educacion i mal carácter; pero dos horas despues, recibí una

carta de don N. N. en que me hacia las mismas proposiciones de palabra que me habia hecho Vicente. Arrojé la carta en pedazos al rostro del criado que la habia traído i le previne dijese a su señor que si ponía los piés en mi casa, le escupiría la cara!.....

I despues de esto, cuantos han venido me han tratado como se trataría..... ¡oh! qué vergüenza!..... como se trataría a una mujer pública!..... i las cartas, i los ofrecimientos, i las propuestas mas insultantes, han llovido sobre mí; siendo muchas de ellas, aun de los mismos que me han tratado siempre con mas respeto i estimación!.....

Tú, Elisa, comprenderás cual ha sido mi martirio, mi despecho i dolor, sobre todo desde anoche en que por la tercera o cuarta vez, he hecho arrojar de mi casa a los que se han propuesto ofender mi honor con su ruin proceder! ¡Hoi, en este momento, acabo de recibir la descepcion mas dolorosa!..... Resuelta a saber el motivo porque he sido tratada de este modo, me levanté mui temprano para ir a las casas de mis amigas de mas confianza i saber por ellas algo que pudiera darme a conocer lo que me sucede; pero, ¿sabes lo que me ha acontecido?..... Todas, ¿entiendes, Elisa? todas se han negado a recibirme escusándose con que iban a salir, unas: con que aun no se habian levantado, otras; i diciendo a los sirvientes las negasen, las mas!..... ¿Qué es esto, Elisa? ¿qué es esto que me sucede?..... ¡oh!..... i hai mas todavía: he encontrado a varias de ellas en la calle i han dado vuelta la cara para no hablarme, i los hombres me señalan con el dedo, i se sonrien, i cuchichean, i me miran de un modo.....así.....insultante..... en que yo veo..... ¡oh! es necesario ver esas miradas para comprenderlas!.....

—Pero, le interrumpió Elisa; hasta ahora no me dices qué es de Daniel, dónde está, dónde se ha ido!...

—¡Cómo, dónde se ha ido!... exclamó Margarita palideciendo.

—Sí, dónde se ha ido, dónde ha pasado la noche!...

—Pero eso debes saberlo tú, Elisa, mas bien que nadie!...

—¡Dios mio! exclamó la jóven elevando su vista al cielo; i dirijiéndose nuevamente a Margarita, añadió con verdadera angustia:

—¿Es decir que tú no sabes de él?...

—¡Oh! nó, yo no sé nada: dime, Elisa; dime que es lo que sucede!...

—¿Qué puedo decirte, Margarita?... Daniel no amaneció hoi en casa i nada mas sé!...

—¿Pero no estaba ahí, cuando yo le escribí anoche?

—Sí, i un momento despues, se fué a su pieza de donde debe haber salido mas tarde.

I Elisa contó a Margarita todo lo que ya el lector sabe, añadiendo:

—Precisamente a Daniel le ha pasado algo mui grave; porque él siempre que sale, por lo ménos me deja un papel escrito sobre la mesa en el que me avisa donde vá i a la hora que vuelve; i ahora, nada, absolutamente nada, a pesar que debe haber salido anoche ántes de acostarse pues su cama está intacta!...

II.

Apénas habia concluido Elisa de hablar, cuando se presentó doña Encarnacion trayendo una carta en la mano.

—*Hijitas* de mi alma, ¿cómo han amanecido? cómo les

vá por acá? les dijo acercándose a las jóvenes i dándoles cariñosas palmaditas en el hombro.

—¡Oh! mui mal, doña Encarnacion; mui mal, le contestó Margarita con voz dolorosa.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que dices, hijita? por qué les vá mal?

—¡Oh!... eso seria mui largo de contar i por ahora nos encontramos incapaces de hacerlo!...

—Pero, ¿qué es lo que veo? ¡Dios mio!... Tú has llorado, alma mia; i tú tambien, perla de mi corazon!... ¡oh! esto es increíble!... i yó que he rogado a Dios sin cesar por ustedes, en la iglesia de donde llego en este momento!...

I doña Encarnacion al decir esto, tomó asiento al lado de las jóvenes; i como si en aquel momento hubiese recordado algo que habia olvidado, se dirigió a Margarita diciéndola: ¡Ah! hijita; esta carta la traia un muchacho al tiempo que yo entraba i es para tí.

—¡Carta para mí!... oh! no quiero verla!... será un nuevo insulto!... exclamó Margarita.

—¡Ah!... nó, es letra de Daniel!... exclamó a su vez Elisa, arrebatando la carta de manos de doña Encarnacion i abriéndola precipitadamente.

—¿Qué dice? fué todo lo que alcanzó a decir Margarita.

Elisa leyó con voz trémula i empapada en lágrimas lo siguiente:

«Esposa mia:

«Hermana mia:

«Cuando ésta llegue a manos de ustedes, yo estaré mui léjos. Me he visto forzado a dejarlas; pero alimentando la esperanza de que ustedes me acompañarán, mi dolor es ménos terrible.

«No puedo confiar al papel el motivo que me ha hecho

huir; pero si ustedes me aman i quieren seguirme, lo sabrán.

«Parto para Valparaiso, donde las esperaré tres dias: si al fin del tercero ustedes no han llegado, me embarcaré i no sabrán mas de mí, pues veré que el cariño de ustedes no ha sido tan grande que las haga correr a mi lado.

«Margarita, esposa mia, vende todo i procura estar en Valparaiso ántes de tres dias: reduce a dinero tus bienes i huiremos a ser felices en otra parte.

«Adios, hermana mia.

«Adios, esposa mia.

«*Daniel.*»

Despues de esta firma, seguia una esplicacion del lugar en que podia ser hallado en Valparaiso.

—¡Oh! sí, corramos a su lado; hoi mismo vendo todo por lo que me den: i mañana, Elisa, mañana mismo partimos!...

Elisa echó los brazos al cuello de Margarita i las dos lloraron largo rato estrechamente abrazadas.

CAPITULO XI.

LA FALSIFICACION.

I.

Enrique Vendetta, instruido por la beata de cuanto fraguaban, se colocó en observacion desde temprano frente a la casa de Daniel en la noche que éste recibió el anónimo que hemos mencionado.

Como la noche era mui oscura, Enrique pudo ocultarse perfectamente en un lugar desde donde vió llegar un poco despues a un hombre que golpeaba la puerta ya cerrada de la casa de Elisa.

Deseando saber quien era el que habia llamado, Enrique abandonó el lugar en que estaba oculto, i embozándose hasta los ojos en su capa, con paso mesurado i como si marchara en ese instante por allí, se acercó al desconocido, llegando a tiempo en que se abria la puerta i éste entregaba una carta diciendo:

—Esta carta, señor, me ha sido dada para que la entregue al señor don Daniel Ortiz.

—Yo soi, constestó en el interior una voz que Enrique conoció ser la de Daniel.

El desconocido se retiró, la puerta volvió a cerrarse i la calle quedó desierta.

Enrique volvió al lugar que habia escojido para su observacion, i ahí pudo ver algunos momentos despues que un nuevo embozado llegaba a ocultarse frente a la casa de su amada. En éste, Enrique reconoció a Marcelo Jara.

—Vamos, se dijo, ya veo que la beata no me engaña. Media hora mas tarde, Daniel apareció en el umbral de la puerta i despues de haberla cerrado con llave, tomó con paso precipitado la direccion de la casa de Margarita.

Marcelo Jara siguió a Daniel, i Enrique a su vez, siguió a Marcelo.

I así, seguido el uno por el otro, llegaron a casa de la jóven viuda.

Ya hemos visto que Daniel se situó frente a la puerta i que desde ahí tuvo lugar a ver la traicion de Margarita.

Enrique, colocado el último de los tres, vió que era Marcelo el que habia entrado i que Daniel abandonaba su escondite i se dirijia casi corriendo a su casa.

II.

Enrique comprendió cuanto pasaba en el alma del jóven, i temiendo hiciese alguna barbaridad, lo siguió nuevamente i esperó en la calle hasta que lo vió salir i alejarse.

Daniel caminó a la ventura: necesitaba aire porque se ahogaba; necesitaba soledad para llorar en ella su desgracia, i caminaba...caminaba sintiendo en su corazon arder un infierno i mirando real i patente su desventura. Su pensamiento le presentaba a su amada alegre i feliz en los bra-

zos de otro: sus celos le hacian oír, claros i distintos, los besos de amor: tiernas i apasionadas las protestas de cariño! ...I él sofocaba su dolor, devoraba su rabia i marchaba cada rato mas lijero, cada vez mas desesperado!.....

Enrique lo seguía paso a paso adivinando cuanto sufría, i de este modo lo acompañó hasta donde termina el tajamar, que era la direccion que había tomado Daniel.

Llegado ahí, parece que el jóven sintió agotadas sus fuerzas, porque se dejó caer en una piedra, i apoyando la frente en las manos, lloró!.....

¿Quién como él no ha llorado de amor i de desesperacion en esa edad en que las lágrimas son dulces aun en medio de su amargura?...Quién como él no ha derramado ese bálsamo que suaviza los mas acerbos dolores?...

III.

Enrique respetó aquellas lágrimas porque él tambien las habia vertido; i solo cuando ya las tinieblas de la noche principiaban a desaparecer, se acercó a él i con el tono mas dulce de su voz, le dijo:

—¡Daniel, hermano mio, no llores!...

El jóven se paró como impulsado por un resorte i miró a Enrique sin poder conocerlo, tanto porque la claridad era todavia mui indecisa, como porque sus ojos estaban empañados por las lágrimas.

—¿No me conoces? le preguntó Enrique con el mismo metal de voz.

Daniel enjugó sus lágrimas i despues de mirarlo con atencion exclamó:

—¡Ah!... ¡eres tú!... Enrique Vendetta!...

I al decir sus últimas palabras, hizo un jesto de despre-

cio porque recordó la acusacion infamante que pesaba sobre el jóven.

Enrique lo comprendió al instante, i con voz sentida i llena de ternura le dijo:

—¡Sí!... yo soi Enrique Vendetta, a quien la sociedad acusa de bandido!... yo, el que como tú, sufre una acusacion injusta e inmerecida!... A tí, Daniel, la sociedad te acusa de ladron i a mí de asesino;!... i sinembargo, tú eres tan inocente como yo!... ¿Crees, amigo mio, que estas manos hayan manejado el puñal del asesino?... qué esta frente, sobre la que solo hai una huella de dolor haya sido alguna vez salpicada con la sangre de una víctima?... ¡Oh! tú no lo creerás porque eres bueno, i si has podido en este tiempo dudar, es porque yo no he querido justificarme esperando que mi rehabilitacion sea completa!... Dos dias mas, aun, hermano mio, i todos seremos felices!...

—¡Ah! yo no lo seré jamas!... exclamó Daniel olvidando todo ante el recuerdo de su desventura.

—¡Sí, si lo serás, Daniel; yo te lo prometo.

—¡Mi mal no tiene cura, Enrique!... mi mal es sin remedio!...

—Nó, Daniel; tu mal es de aquellos que se desvanecen con un soplo. Yo podría darlo, pero no puedo hacerlo aun.

—¡Oh!... Margarita!... Margarita!... exclamó Daniel con desesperacion.

—Margarita es inocente, le dijo Enrique.

—¡Imposible!... exclamó Daniel; yo he visto entrar a su amante, despues que dos horas ántes me protestaba un amor infinito en una carta tan fementida como ella!...

—Yo te probaré, Daniel, que esa carta decia la verdad i que lo demas es una infamia.

—¡Imposible! imposible!... yo la he visto!... Enrique creyó prudente no insistir e invitó a Daniel para volver.

—Nos iremos a casa, le dijo el jóven, i ahí podrás estar oculto i tranquilo el tiempo que quieras.

—Sí, me ocultaré, Enrique, dijo el jóven con dolor; me ocultaré, porque temo verla, i ademas, es tan bella, Enrique... la he amado tanto!... ¡ah!...

IV.

Apénas Daniel i Enrique habian llegado a casa de este último, cuando se presentó doña Encarnacion.

Enrique la recibió ocultamente a fin de que no fuese vista por Daniel, i la hizo entrar a la misma pieza en que la hemos visto por primera vez.

—¿Qué sucede? la preguntó.

—Que los acontecimientos favorecen de tal modo las intrigas de Marcelo, contestó la beata, que es mui probable que hoi o mañana tenga éste la posibilidad de apoderarse de la fortuna de Margarita.

—¿Por qué medio? ¿qué es lo que hai de nuevo? volvió a preguntar Enrique.

—Anoche, contestó la señora, Daniel debe haber presenciado la intriga que se habia fraguado, pues según lo revelan estas dos cartas, ha huido lleno de desesperacion.

Enrique tomó las cartas que el lector ha visto escribir a Daniel la noche àntes, i despues de recorrerlas, dijo:

—Peró aquí yo no veo cómo Marcelo puede apoderarse de la fortuna de Margarita.

—Piensa aprovechar esa corta ausencia de Daniel para

obligarla a vender sus bienes, i una vez todo en dinero apropiárselo....

—¿Pero de qué medios se vale? interrogó Enrique con creciente admiracion.

—De esta otra carta, señor Vendetta, contestó la beata pasando a Enrique la que en el capítulo anterior hemos visto recibió Elisa i Margarita.

—¡Cómo!... exclamó Enrique cada vez mas admirado: ¡Esta tambien es letra de Daniel!...

—Nó, señor Vendetta, dijo la beata con una sonrisa llena de satisfaccion: nó, esa es letra de un amigo de Marcelo.

—¡Ah! ya comprendo!... ¡El plan no puede ser mejor combinado!...

I cotejando la carta que doña Encarnacion acababa de poner en sus manos con las que un momento ántes habia leído, preguntó:

—¿Luego esta carta es falsificada?

—Sí, señor.

—¡Nadie lo creería!... es la misma letra, la misma firma!... dijo el jóven.

I dirijiéndose a la beata, agregó:

—¿I estas otras cartas, doña Encarnacion, cómo han venido a su poder?

—Por medio de la sirviente que hai en casa de Elisa, contestó ella.

—¿Usted, entónces, la ha cohechado?...

—Nó, señor; es Marcelo quien hace todo eso.

Enrique meditó un momento ántes de tomar una determinacion; i si penetráramos en su pensamiento, lo oiriamos decirse:

—¡Oh!... yo no esperaba tan luego este desenlace! ¿qué

hacer?... Romperé esta intriga odiosa de un solo golpe, o llevaré a cabo mi proyecto?... Lo primero concluiría con nuestras desgracias, pero no serviría para vindicarnos!... Es necesario optar por lo último!...

Tomada esta determinacion, se dirigió a la señora diciéndole:

—Entregue, o haga llegar esta carta a su destino; i como es mui natural que Margarita inmediatamente que la reciba quiera deshacerse de cuanto posee, malbaratándolo, talvez, usted le dirá que un amigo suyo quiere comprar algunas propiedades. Aceptada por ella esta propuesta, usted vendrá a avisármelo, a fin de que un amigo haga la compra.

Un rayo de infernal alegría brilló en los ojos de la beata; i queriendo, sin duda, no perder tiempo, se paró para irse.

—Un momento, aun, señora, le dijo Enrique sentándose a una mesa en actitud de escribir.

—Necesito, añadió, que usted me dé el nombre de las principales amigas de Margarita, a fin de que cuando usted vuelva, pueda firmar unas cartas que voi a escribir.

hacer?... Bopperé esta jiriga odiosa de un solo golpe, o llevaré a cabo mi proyecto?... Lo primero concluiré con nuestras desgracias, pero no serviré para vindicarnos... Es necesario optar por lo último... Tomada esta determinacion, se dirigió a la señora dicién-

CAPITULO XII.

—Entregue, o haga llegar esta carta a su destino; i como es una carta de amor, no se la entregue a nadie que no sea el dueño de ella. Tal es mi deseo. Aceptada por ella esta propuesta, usó el ven-

UNA CARTA A LOS POSTRES.

I.

En la calle de los Huérfanos, había una casa suntuosa que pertenecía a nuestro conocido Vicente Salas.

Serian las once del día siguiente a la noche en que éste habia recojido la carta en casa de Margarita.

En una basta sala, destinada a servir de comedor, se encontraba Vicente rodeado por seis u ocho amigos que habia mandado invitar para un almuerzo.

El almuerzo habia sido ya servido a la hora que nosotros penetramos en el comedor; i a juzgar por el número de botellas vacías que habia en la mesa i por la animacion que se leia en todos los semblantes, el vino i los manjares no habian escaseado.

Vicente era rico i se daba buena vida; i aunque por su carácter se hacia distinguir un poco desfavorablemente, no le faltaban amigos que encontraban esquisito su vino i mui bien servida su mesa.

En el momento que lo presentamos al lector, Vicente habia despedido los criados, i dirijiéndose a sus amigos, les dijo:

—Lo que he prometido a ustedes para completar el almuerzo, es una historia interesantísima que...

—¿Historia de la mor? preguntó uno cuyas mejillas revelaban el estado de su cabeza.

—Con tal que sea cierta, venga la historia, dijo otro llevando a sus labios una copa de *Champagne*.

—Desde que es historia, es verdadera, observó un tercero al que acababa de beber.

—Vamos; silencio, atención, exclamó otro.

—Bien dicho; que halla silencio, señores; i si no, nuestro amigo Salas no dirá... ¡lo que iba a contar!...

—¡Bravo!...bravo!...esclamaron todos en coro al ver una mueca graceja que hizo el que habia hablado.

—¡Vaya; estais muy borrachos i será mejor que yo no cuente nada! dijo Vicente.

—Nó, nó, nó...dijieron todos a la vez; ¡que venga la historia!...Que se cuente!...

—Entónces, que halla silencio, replicó Vicente.

—I que no se beba mas, añadió un amigo.

—Protesto a la última indicación, gritó uno que ocupaba el extremo de la mesa, levantándose con una copa llena hasta los bordos.

—Bien: protesta, pero calla, le dijo uno que deseaba oír la historia.

—No callaré sino que ahogaré mi voz con vino, replicó el que se habia parado.

—Después de esto, se restableció el silencio i Vicente continuó:

—Señores: yo he sido siempre enemigo de que esas pequeñas intrigas de las familias, de que esos hechos misteriosos que regularmente se ocultan con tanto cuidado, queden envueltos en el silencio i la ignorancia. Siguiendo todos esta costumbre, nos veriamos a cada paso víctimas de nuestra inocencia i de...

—¡Basta de exordio!... interrumpió uno.

—Bien, pasaré por alto algunas consideraciones que creía indispensables, dijo Vicente.

I acomodándose con cierto aire de importancia en su silla, continuó:

—Hai una señorita que hasta hoi goza de una reputacion tan limpia, de una estimacion tan jeneral, que pocas, i acaso ninguna en nuestra sociedad, se atrae mas simpatias ni recoje mayores elojios: i su posesion no es para ménos. Joven, rica, hermosísima i libre como el aire, es un meteoro luminoso que deslumbra a su paso i siembra el amor i la desesperacion con sus miradas. Nadie hasta hoi ha podido decir: “yo he derretido ese corazon de nieve;” “yo he triunfado de esa orgullosa mujer.” La aureola que la rodea la hace aparecer como una de aquellas sultanas que desdeñan el amor porque nadie es bastante bello para igualarlas. Mi heroína, señores, es, para decirlo todo en pocas palabras, una mujer hermosísima a quien jamas se le ha conocido amante i por quien han suspirado todos los corazones masculinos de Santiago.

Pero una mujer jóven, una mujer hermosa, amigos míos, es mui difícil, si no imposible que permanezca largo tiempo sin amar ardientemente i con el vértigo o frenesí con que suelen amar las mujeres de nuestro clima.

La interesante jóven de que me ocupo; la orgullosa mujer que ha visto suspirar sin conmovirse a una multitud de adoradores; la hermosa, enfin, cuyo corazon de hielo hasta hoi se creía invulnerable, no solo ama i ha amado, amigos míos, sino que ha llegado a ser una Borgia chilena, que mejor que la romana, ha sabido hasta hoi sellar los labios de sus favorecidos i echar un velo sobre los condenados.....

—¡El nombre!...el nombre!...dijo uno de los asistentes.

—Todavía no, replicó Vicente; luego lo sabran ustedes.

—Esta niña, señores, continuó, parece incapaz de sentir otra cosa que uno de esos amores tiernos que se anidan en una alma pura; i sin embargo, tengo la prueba de que su corazon no se sacia, de que su pasion gusta de la *variedad* i *multiplicidad*.

—¡Bravo!...Así tendremos esperanza de un rayo de ese solhermoso!...gritó uno de los amigos de Vicente.

—Déjame continuar, Antonio, dijo aquel.

—¡Adelante!... me gustan las historias en que las hermosas prodigan su hermosura!...volvió a exclamar el que hemos oido nombrar Antonio.

Vicente continuó:

—Todas las cosas en esta vida tienen su término, amigos míos, i anoche llegó para mi hermosa el término de su aparente virtud.

Me encontraba yo de visita en la casa de esta reina de la belleza, i supe, por una casualidad, que en el dia habia recibido una carta de un sujeto con quien ella, la noche anterior, habia roto sus relaciones. Saber esto, i pensar que aquella carta no podia ménos de ser interesantísima, fué obra de un instante. Yo habría dado algo mui valioso por poseerla, si la casualidad no hubiese querido ponerla en mis manos. Supóngan ustedes, cual sería mi placer, cuando de un modo inesperado, veo rodar al suelo de los vestidos de la hermosa, una carta que el corazon me dijo inmediatamente era la que yo ambicionaba!...¡Oh! pero así como mi alegría fué inmensa, así fué tambien mi admiracion cuando me impuse de ella!...Aquella carta me revelaba cosas inauditas, increíbles, que horrorizaban: aquella carta era la relacion de una vida que yo no puedo cali-

ficar i que ustedes no podrán ni aun imajinar. Esa carta, en fin, la van a oir i ver ustedes!...

Vicente sacó la carta que lo hemos visto recojer en casa de Margarita, i con voz lenta, acentuando cada frace, leyó lo siguiente:

»Señora Doña Margarita Saez de B.

«Margarita:»

Anoche he sido vilmente arrojado de tu casa por tí; i hoi, devorando mi vergüenza, mi dolor, las mil cosas que sufre mi corazon, no tengo aun la suficiente enerjía para hacer lo que debia haber efectuado anoche, en el acto que fuí ultrajado!...¿Lo haré?...¡Ah! nó, bien conoces tú, Margarita, mi corazon!... bien sabes que soi incapaz de hacer caer sobre tí el desprecio de la sociedad!...Bien sabes que, aun ultrajado de la manera mas denigrante, no alzaré mi voz para hundirte en un abismo sin fin!...Bien lo sabes, porque por desgracia nos encontramos ligados con un secreto que me arrastraría en tu caida i que sería la perdición de ambos!...Ademas, yo te amo i sabes cuantos i variados sacrificios he hecho por tí; sabes cual es mi abnegacion, mi paciencia i sufrimiento, i comprendes que, quien ha tenido la docilidad de permanecer sumiso cuatro años sujetándose a tus caprichos, exigencias i debilidades, es capaz de soportar las mas ignominiosas afrentas!...¡Oh!...¿por qué te he amado tanto?...i por qué amándote he soportado los mil dolores que me has hecho sentir?...¡Ah! hacen cinco años que te conocí!...Tu eras una niña, aun, pero estabas unida a un hombre que no amabas, o mas bien dicho, que aborrecias!...¿Recuerdas?...Un año despues eras libre i yo obtenía de tí el premio de mis remordimientos!...En

tus brazos olvidé todo, todo, todo!...me creí feliz, porque pensé que realmente me amabas, i he permanecido cerca de cuatro años viviendo oculta i miserablemente a trueque de gozar de tus caricias que cada dia se fueron haciendo mas tardías e indiferentes!...En estos cuatro años he visto como has cambiado una i otra vez de dueño; como has favorecido, de un modo oculto i recatado, a unos i otros con tus amores!...I yo he devorado mi rabia i mis celos, a trueque, todavia, de gozar de tarde en tarde de lo que a otros dadas con mas largueza!...No he podido decidirme a perderte, Margarita, i he preferido el dolor de no ser tu solo dueño a la desesperacion de renunciar para siempre tu posesion!... Ah! si la sociedad supiera lo que es la respetada viuda Margarita Saez de B, que cuida mucho de su pudor ante el mundo i a la luz del dia para abandonarlo en los brazos de un privilegiado en medio de las tinieblas de la noche!...; Ah! si supiera que esa frente tan tersa i tranquila encierra los mas terribles remordimientos; que esos ojos de mirar tan dulce i pudoroso ante la sociedad, son ardientes i lascivos en...; oh! no quiero continuar!...tu recuerdo me abraza las entrañas porque tú eres un ser que has nacido para que se te adore con la rabia en el corazon, con la desesperacion en el alma!...Tus pasiones nunca satisfechas, tu corazon siempre dispuesto a aceptar todo lo que sea placer, te hace ser una necesidad para el que una vez ha probado en tus labios el candente goce de tu amor.

Mil personas honradas i virtuosas, engañadas por lo que aparentas, te han ofrecido, en estos cuatro años de tu viudedad, unir su suerte a la tuya: ¡necios!...ellos no saben que tú amas la libertad i que prefieres las caricias de los amantes a los alhagos de un esposo!...;ellos no saben que desear ser tu esposo es perderte i que querer tu posesion

por medios lejitimos es no arribar nunca al objeto de sus deseos!...; Oh! no saben esto, así como no saben tantas otras cosas!... Pero, dia llegará en que tu nuevo amante, tu Daniel, menos sufrido i jeneroso, te arranque la más cara!... Dia ha de llegar en que creas lo que anoche has dudado i en que maldigas la defensa que de él hiciste!... Daniel me aventaja en juventud i belleza; pero no me aventajará en jenerosidad!...

Adios! Espero que llegará el dia en que recuerdes a tu primer amante, i al que por tí sufre terribles remordimientos!...

Aquel vaso de vino que bebió tu esposo no lo olvidará jamás

Marcelo Jara."

—¿Qué os parece, amigos míos, esta carta? dijo Vicente, mirando a los circunstantes con cierto aire de importancia.

—Que es interesantísima, respondió uno cuya imajinacion vagaba en el mundo de las ilusiones.

—Que es increíble, dijo otro cuya cabeza no estaba tan trastornada como la del que acababa de hablar.

—Lo que es yo, no creo ni poco ni mucho, añadió un tercero.

—Pero es imposible dudar, dijo Vicente; esta carta la ha perdido la misma Margarita, i ya ustedes comprenderán que no se dicen tales lindezas a una persona que está inocente.

Después de estas palabras del jóven la conversacion se hizo *chispeante*, si así podemos decir, i se cambiaron frases alegres que creemos oportuno callar.

Algunos amigos de Vicente, sacaron copia de la carta

a fin de manifestarla a sus familias para que conociesen la clase de amiga que tenian en Margarita; i otros, queriendo llevar mas allá, aun, la publicidad, propusieron insertarla en los periódicos.

Tal habia sido el oríjen de los insultos i desprecios de que hemos oido quejarse a Margarita en un capítulo anterior

CAPÍTULO XIII

QUE SIRVE PARA COMPLETAR ALGUNAS NOTICIAS

Como ya hemos visto, don Juan, después de haber estado en casa de Margarita en el momento en que ella con Elisa habia...

... fin de manifestar a sus familiares que conocieran la
clase de amigos que tenían en Margarita; i otros, queriendo
llevar mas allá aun, la publicidad, propusieron insertarla
en los periódicos.
Tal había sido el origen de los insultos i desprecios de
que hemos oido quejarse a Margarita en un capítulo an-

CAPITULO XIII.

QUE SIRVE PARA COMPLETAR ALGUNAS NOTICIAS.

I.

Como ya hemos visto, doña Encarnacion llegó a casa de Margarita en el momento en que ésta, con Elisa, hablaban de la desaparicion de Daniel; así es que en cuanto Margarita habló de enajenar sus bienes, la beata exclamó:

—¡Ai, hijita!... qué casualidad!... Al salir de la iglesia, de donde vengo en este momento, me encontré con un amigo que viene del Sur i piensa establecerse en Santiago, para lo cual quiere comprar algunas propiedades, i ésta le vendría a las mil maravillas!....

—¡Oh! doña Encarnacion!... véalo usted al instante i dígale que me dé lo que él quiera!... yo necesito salir mañana mismo para Valparaiso, i si no hallo quien compre, lo dejaré todo abandonado!...

—Nó, alma mia; no vayas a malbaratar tus bienes. El caballero de que te hablo es rico i te dará lo que tú le pidas!.... ¿Cuánto, hijita, calculas tú que valdrá lo que tienes?...

—¡Qué se yo, doña Encarnacion!... Esta casa, i las demas que heredé de mi marido, han sido tasadas en cuarenta mil pesos.

—Entónces, hijita, no debes darlas ménos de treinta i cinco mil.

—¿Quién va a tener tanto dinero para hacer en un momento dado tal desembolso?... Que me den veinte, diez, cinco mil pesos i estaré contenta: yo no necesito del dinero para ser feliz, i si algo quiero, es porque Daniel así lo exige!...

—¡Pero esa es una locura, hijita!... exclamó doña Encarnacion; perder tanto dinero!... una fortuna, casi!...

—No importa; yo lo que quiero es correr a su lado!

—¡Vaya!... puesto que así lo quieres, voi a ver a mi amigo.

Doña Encarnacion volvió a casa de Enrique, i una hora despues, Margarita estendía una escritura pública a favor de don Narciso Quezada, en que le cedía todos sus bienes por la suma de treinta mil pesos que éste pagó en billetes de Banco.

II.

A las tres de la tarde de este mismo dia, las amigas de Margarita habian recibido una carta firmada por doña Encarnacion en que les suplicaba pasasen aquella misma noche, a las nueve, a casa de la jóven viuda con el objeto de asistir a su completa rehabilitacion.

Estas cartas escritas con ternura, i de un modo estudiado por Enrique para conmover, produjeron el efecto deseado.

Margarita era jeneralmente estimada por todas sus amigas; así es que, si bien censuraban las faltas que se le

atribuian, acojieron con gusto la esperanza de su vindicacion.

Las cartas que Enrique escribió concluian del modo siguiente:

“Al solicitar este favor, Margarita me dice añada en su nombre lo que sigue:

“Si las pruebas que debo dar a Ud. de mi inocencia; si todo lo que se alegue en mi favor no es bastante para desbaratar las injuriosas dudas que se tienen de mí, nada habrá usted perdido, mi buena amiga, con venir esta noche a mi casa, pues mañana debo partir para Valparaiso.”

III.

Cuando ya Enrique hizo repartir las cartas que doña Encarnacion habia firmado, salió a la calle i se dirijió al Cuartel de Policía.

Una vez en él, fué introducido a una pieza en que se encontraban varios oficiales de alguna graduacion, a los que saludó, con un apretón de manos a unos, i con una simple inclinacion de cabeza a otros.

En seguida, se dirijió a uno que ostentaba las insignias de Comandante, i le habló algunas palabras en voz baja.

—Bien, le contestó el Comandante; tenga usted la bondad de venir a esta otra pieza.

I al decir esto, pasó él mismo a la otra habitacion i mostrando a Enrique una silla, lo invitó a tomar asiento.

—¿Qué hai de nuevo? le preguntó con interes.

—Que la hora ha llegado de castigar al culpable.

—Lo celebro, porque a la verdad, he pasado muchos temores de que burlara mi vijilancia.

—¿Ha sido espiado constantemente?

—Desde el dia en que usted me lo indicó, no ha dado un paso sin que yo lo sepa.

—Vamos a ver si es buena su policia, dijo Enrique sonriéndose: ¿Qué ha sucedido hoy?

—Esta mañana, muy temprano, contestó el Comandante, llegó a su casa, corriendo, un sirviente de don Daniel Ortiz; estuvo un momento con él i se fué. Un momento despues, llegó doña Encarnacion Loyola, i al poco rato salió él i fué a la habitacion de un tuno que está espionado mucho tiempo por la policia. Media hora mas tarde, volvió, i entónces doña Encarnacion, que habia estado esperándolo, sin duda, salió i se dirijió a casa de usted.

—Bien, dijo Enrique; veo que no se han portado mal; pero mi policia ha hecho mas todavía, pues por ella he sabido que lo que el tuno hizo, fué falsificar una carta.

—¡Oh! ya caerá en mis manos, dijo el Comandante, i entónces veremos si se atreve a falsificar un indulto para librarse de la condena.

Enrique consultó su reloj, i viendo que se le hacia tarde para otras dilijencias,

—Bien, le dijo; esta noche, entónces, que esté todo preparado: ya Ud. sabe la casa de doña Margarita Saez de B: que los encargados que usted comisione, se sitúen en la encrucijada que forma la calle de los Teatinos i que esperen ahí ocultamente hasta que lo vean entrar a la casa de Margarita.

—I cuando esto suceda, ¿entrarán ellos tras él? preguntó el Comandante.

—Nó, que esperen ahí hasta que se les avise.

Despues de cambiar algunas palabras mas, Enrique se despidió del Comandante i se dirijió con paso precipitado

a casa de Margarita donde creia encontrar tambien a su amada Elisa.

IV.

—Vámos, me queda lo principal, se dijo apénas se encontró en la calle; ¿qué me dirá Elisa?...

I Enrique al hacerse esta reflexion, llevó su mano derecha al corazon, agregando:

—¡Oh! mi tierna Elisa, el ánjel de mi consuelo, será al fin a quien deberé mi felicidad futura!...

I embebido en estos pensamientos o saboreando con anticipacion su felicidad, el jóven caminó tan distraidamente, que solo cuando le faltaban algunos pasos para llegar, advirtió que no habia meditado lo que debia decir a Margarita.

—¡Diablo! se dijo: ¿qué iba a hacer yo?... ¡Soi un atolondrado!...

I parándose inmediatamente, llevó a sus labios el índice de su mano derecha en actitud de meditar.

—¿Le confesaré todo a Margarita? se preguntó: ¿Le diré lo que he hecho, la parte tan activa que he tomado en sus asuntos?... Nó; esto desbarataría completamente mis planes, i ella no consentiria en lo que medito... Sí, Margarita es orgullosa i al saber de lo que es acusada, no querría jamas entrar a justificarse... Vámos, lo que haré será pedirle me permita justificarme en su casa... Esto es lo que mejor debo hacer!.....

Tomada esta determinacion, Enrique avanzó los pasos que le faltaban para llegar, i entró resueltamente a casa de la jóven viuda.

V.

Serian las cuatro de la tarde.

Margarita i Elisa, sentadas al lado la una de la otra, hablaban con esa animacion, cariño i ternura propia del afecto sincero que las unia.

Un cuarto de hora ántes del momento en que Enrique entró a la casa, Margarita habia sorprendido a Elisa enjugando una lágrima que habia saltado a sus ojos.

---¿Qué tienes? la preguntó con solicitud i ternura; ¿porqué esas lágrimas cuando ya mañana estaremos con él en Valparaiso?...

Elisa la miró cariñosamente esforzándose por llevar a sus labios una sonrisa.

—Vámos, ¿qué tienes? la volvió a preguntar Margarita tomándole una mano i estrechándosela cariñosamente: ¿Qué te pasa, Elisa?...

—¡Ah no es nada!.....replicó ella queriendo ocultar su sentimiento; no es nada, hermana mia!.....

Pero la voz, el acento de dolor que habia en esta negacion en vez de tranquilizar a Margarita la hicieron por el contrario desear mas ardientemente conocer la causa de aquel sentimiento.

—¡Tú me ocultas algo, Elisa, la dijo con acento de tierno reproche; tu tristeza tiene una causa, i es necesario que me la digas!...Vámos, ¿qué no te inspiro confianza?...

Por toda contestacion, Elisa levantó hasta Margarita sus ojos preñados de lágrimas, i ésta leyó en ellos que la decia:

—¿Puedes tú dudar?...

—¿Por qué no me dices, entónces, el motivo de tu tristeza?...la preguntó Margarita comprendiendo la mirada de Elisa.

—Porque es una locura mia, contestó ésta, sonriendo tristemente; ¡porque es un recuerdo que es necesario que olvide! añadió cesando de sonreír i dando a su voz cierta amargura que vino a iluminar el recuerdo de Margarita.

—¡Ah! exclamó mirando con interés a su amiga; ¡ya sé lo que tienes!... ¡Pobre Elisa mia!... ¿No es a Enrique a quien recuerdas?...

Elisa la miró nuevamente i con una voz dulce, empapada en ternura, miéntras sus mejillas se ruborizaban de una manera hechicera,

—Sí, le dijo;... ¡No he podido olvidarlo!...

I cubriéndose con un pañuelo, ocultó su llanto.

Margarita atrajo hácia sí el semblante de su amiga i con toda la ternura i cariño que habia en su alma,

—¡No llores, la dijo; ¿acaso desesperas de que Vendetta se justifique?... ¿Crees tú que pueda ser lo que se ha dicho de él?...

—¡Ah!... nó, nunca!... exclamó Elisa, bajando su pañuelo i mirando a Margarita; ¡nunca creeré nada de Enrique!...

—¿Por qué lloras, entónces?...

—¡Porque mañana, Margarita, ya no estaré aquí!... porque mañana, cuando él sepa que lo he abandonado, que lo dejo sin decirle si quiera que nada creo de él, se morirá de pena!...

—¿I si yo, hermana mia, como amiga tuya i amiga de él, le escribo esta noche una cartita en que le diga: “Yo i Elisa partimos mañana para Valparaiso, desde cuyo lugar tendremos a Ud. al corriente de nuestro paradero”?...

—¡Oh! exclamó Elisa, trasportada de alegría.

Pero Margarita la interrumpió continuando:

—¿I si en esa misma cartita, Elisa, le digo que sus amigas esperan confiadas i tranquilas su vindicacion?...

—¡Ah! Margarita!... i harias tú eso? le preguntó Elisa con vehemencia.

—Si he de dar con ello un placer a mi querida hermanita, contestó aquella, ¿creés que no lo haré?...

Elisa echó sus torneados brazos al cuello de la hermosa viuda diciéndola:

—¡Gracias, amiga mia; gracias!...

VI.

Dos o tres minutos despues de este diálogo, Elisa sofocó un grito de alegría al ver parado en el umbral de la puerta a Enrique.

El jóven estaba pálido, conmovido; i sus ojos al fijarse en Elisa, le dijeron en una sola i tierna mirada, todo lo que siente un corazon enamorado al ver el objeto querido.

Elisa leyó en aquella mirada el amor infinito, sin igual, con que era correspondida, i adivinó en la espresion dulce de aquel semblante empalidecido por la emocion, que la esperanza reinaba en él.

Enrique adelantó algunos pasos, saludó con cortesía, i con voz conmovida, dijo:

—¡Señoritas!... no estrañen ustedes que vuelva al lugar en que mi honor ha sido puesto en duda i mi pasado juzgado de una manera tan indigna!... ¡Aquí, en esta casa, mi corazon se dilató bajo la grata esperanza de un porvenir felicísimo, i aquí, tambien, éste se oscureció amenazándome con una eterna desventura!...

Margarita quiso replicar, pero Enrique se lo impidió diciéndole:

—Antes que usted, señorita, me ponga alguna objecion, permítame aun algunas palabras!...

Era tan noble la apostura de Enrique; tan conmovedor el acento de su voz, que Margarita se sintió impresionada, i señalando al jóven una silla, lo invitó con cariño a tomar asiento.

—Gracias, contesto él aceptando con amabilidad.

—En dias pasados, continuó, unos lábios queridos me dijeron en voz mui baja palabras que me hicieron estremecer!...

—¡Enrique! exclamó Elisa interrumpiéndolo: sus reproches no los merezco puesto que yo jamas he creído!...

—Lo sé, señorita, contestó el joven mirando con reconocimiento a Elisa; lo sé i esto ha sido para mí un gran consuelo. ¿Qué me importaban a mí los demas?... Sin embargo, comprendí que yo no debía acercarme mas a ustedes hasta que mi frente estuviera limpia; i desde ese dia, todo mi empeño ha sido preparar mi rehabilitacion. El dia ha Hegado, i solo espero de usted, señorita, me conceda un favor que demando con todo mi corazon.

—Diga usted, i si es posible, está concedido, contesto Margarita viendo que a ella particularmente se dirijia Enrique.

—Gracias, replico él, i luego agregó:

—La situacion de ustedes no me es desconocida: sé que mañana parten para Valparaiso desde donde las llama Daniel: sé cual es su suerte, i en fin, nada ignoro de lo sucedido.

—¡Cómo!... exclamó Elisa, usted sabe, entónces, lo que ha motivado el viaje de Daniel?... Díganoslo, Enrique!...

—¡Imposible!... replico él; pero si ustedes tienen fé en

mi palabra de honor, les protesto por ella que no tienen que temer!...

—¿Luego no le ha sucedido nada? preguntó Margarita.

—¡Nada, absolutamente nada!...

Después de haberse captado completamente la voluntad de Margarita con esta afirmación, Enrique obtuvo cuanto solicitó de la joven a fin de preparar para la noche su vindicación.

Le ocultó lo que con ella se relacionaba, i solo le dijo iba a tratarse de la calumnia que sobre él habia caído.

Arreglado esto conforme a sus deseos, Enrique se despidió de las jóvenes diciéndoles:

—¡Hasta luego!...

VII.

Apénas Enrique se apartó del lado de Elisa i Margarita, doña Encarnación, que esperaba en el patio, salió a encontrarlo diciéndole:

—¡Señor Vendetta!... como veo llega ya el momento en que estos asuntos van a tener un desenlace, permítame pedirle un último servicio. Yo comprendo que usted para vindicar a Margarita necesita esclarecer cuanto ha sucedido; pero prométame no divulgar nada hasta el momento en que yo haya abandonado esta casa, pues usted comprenderá que después de la parte que he tomado en estas intrigas me es imposible permanecer en ella ni aun en esta ciudad.

—¡Oh! ya lo creo!... exclamó Enrique sonriéndose. Mañana recordarán la santidad de Ud., pero nadie creerá en ella...

—¡Ai, Señor Vendetta, suspiró la beata; ¿qué irá a ser

de mí?...—¡En unas cuantas horas mas, huiré de esta casa como una fujitiva, i hasta este momento aun no sé donde asilarme!...

—¡Bah! ya usted estará bien prevenida, señora, i no me admiraria saber que en alguna empresa como esta, usted vuelva a desempeñar el mismo papel.

—¡Ah!... nó, Señor; mi fatalidad solamente puede haberme colocado en esta situacion!...

—Diga mas bien su santidad, le dijo Enrique, que sintiéndose mui contento queria divertirse a costa de la beata. Pero ésta creyó conveniente no contestar, i cambiando de conversacion, le dijo:

—¡Señor Vendetta!... no olvide usted mi pedido!

—No lo olvidaré, señora.

—I... como yo debo salir de la casa... como necesito hacer muchos gastos... usted sabe, un viaje...

Doña Encarnacion se mostro embarazada para continuar, pero como vió que Enrique parecia no comprender sus reticencias, agregó:

—Ademas, el señor Jara ya no me dará nada, i yo me encuentro sin tener para mis gastos...

—Pero eso seria una barbaridad en Marcelo, mi señora, le dijo Enrique siguiendo la broma.

—¡Ah! volvió a suspirar doña Encarnacion: ¿i qué puedo esperar de él, señor Vendetta, cuando desde que entré en relaciones con Ud. los servicios que le he prestado son negativos?...

—Pero eso él no lo sabe, señora, i miéntras tanto los cree positivos.

—Para mí no podrían serlo sino cuando él palpase el resultado.

—¿Luego no es hombre que puede pagar con anticipacion?

—¡Ah! nó, ni yo me atreveria a exigirle nada, desde que nada tampoco merezco de él.

—Cierto; olvidaba su *delicadeza* replicó el jóven acen- tuando la palabra que subrayamos en son de mofa.

Doña Encarnacion suspiró, i viendo que Enrique aun no se daba por notificado, creyó conveniente abordar mas di- rectamente la cuestion.

—Toda mi esperanza, le dijo, la cifro en usted, señor Vendetta, para...

—¿Para qué? le preguntó él viendo que se detenia.

—Para hacer mi viaje,..... para atender en lo sucesi- vo a mi subsistencia!.....

—Bien, señora; yo velaré por ella.

—Grācias, señor Vendetta; pero como ya no debemos vernos mas,..... yo mas bien querría ahora..... porque despues, quién sabe!.....

Enrique dejó de chancearse i le contestó:

—Esta noche traeré a Ud. el dinero suficiente para que pueda vivir con honradez i sin apuros, el resto de su vida.

—¡Dios se lo pagará señor Vendetta! exclamó la beata con voz que parecia enmudecida por la emocion.

—Pero no olvide ninguna de mis recomendaciones para esta noche.

—No las olvidaré, señor.

—Sobre todo, que Margarita no se aperciba de nada, i usted, cuando reciba las visitas, cuidará de disculpar la ausencia de ella con ocupaciones urjentes que ha sido im- posible postergar.

—Así lo haré.

VIII.

Enrique se dirigió a su casa, i doña Encarnacion, un cuarto de hora despues, entraba a las piezas de Marcelo.

—¿Qué hai de nuevo? le preguntó éste apénas la vió.

—Ya está todo arreglado, contestó la beata.

—¿Para esta noche?

—Sí, esta noche a las once.

—Bien; no faltaré.

—Pero ántes, señor Jara, será necesario me dé usted lo prometido, pues sin eso todo quedaría en nada.

—Pero eso será, señora, cuando yo me apodere del dinero.

—¡Ah! nó, señor Jara!... tengo mil inconvenientes para ello!...

—¿Usted desconfía, entónces, de mí?....

—Nó, señor Jara; pero me es imposible obrar de otro modo.

Marcelo se mordió los labios de rabia i replicó:

—¡Tambien a mí me es imposible obrar de otro modo, señora! Solo tengo quinientos pesos, i si Ud. quiere se los daré!

Doña Encarnacion pareció meditar un momento, i al fin, como tomando una resolucion, contestó:

—Está bien: tomaré los quinientos pesos i el resto cuando ya usted se haya apoderado del dinero.

—Pero en este momento no los tengo, replicó Marcelo, i lo que haremos será.....

Doña Encarnacion hizo un jesto de impaciencia i se mor-

dió a su vez los labios porque vió que Jara no era hombre que así no mas largase el dinero.

Marcelo modificó su pensamiento al ver el jesto de la beata, i dijo:

—Esta noche, cuando usted me introduzca en la casa de Margarita, llevaré el dinero i lo pondré en las manos de usted ántes de dar el golpe.

La señora meditó nuevamente un momento i al fin contestó:

—Bien, señor Jara; bajo esas bases, no habrá inconveniente.

Cinco minutos despues, doña Encarnacion salia de casa de Marcelo.

CAPITULO XIV.

DESENGAÑO I ARREPENTIMIENTO.

I.

Volvamos a encontrar a Daniel a quien hemos dejado en casa de Enrique.

El recuerdo de la infidelidad de Margarita lo habia hecho pasar todo aquel dia sumido en la mayor tristeza. Toda reflexion que tendiera a hacerlo creer en la posibilidad de que fueran falsos sus pensamientos, era inútil, puesto que habia para condenar a su amada, la prueba incontestable de que él presenció su traicion, cuando abria la puerta de su casa, en las altas horas de la noche, a un desconocido. ¿Quién era éste?—Daniel no se habia detenido a averiguarlo. Para él uno u otro era lo mismo.

Tirado en un sofá, apoyando la frente en una de sus manos, el jóven repasaba en su imaginacion las mil felices venturas que habia divisado en su porvenir: venturas que ahora veia tronchadas por la falsedad de una mujer a quien veinte i cuatro horas ántes creia un ánjel!...

El amor de su hermana, el cumplimiento del deber, era lo único que en aquel momento le hacia soportar la amargura de haber perdido para siempre el objeto de su amor.

—¡Me resignaré, se decia, con mi situacion: soportaré por Elisa este martirio terrible!..... Pero, si ella se casa, si quedo libre, huiré, sí, huiré mui léjos a ocultar mi vergüenza i llorar mi desventura!

Enrique entrò en aquel momento a la habitacion de Daniel; i viéndolo tan abatido, se acercó a él i con voz cariñosa le dijo:

—Vámos, hermano mio, ¿en qué piensas?... La felicidad está tan cerca de tí, que ya te toca i es preciso que le abras las puertas de tu corazon.

Daniel hizo un jesto de incredulidad i replicó:

—Tú no sabes, Enrique, lo que es sufrir de este modo!... Lo que es amar mucho, muchísimo, hasta lo infinito a una mujer, i perderla cuando con mas alegría se acaricia un porvenir felicísimo!..... Tú no sabes lo que es caer desí de un cielo de ilusiones a un infierno de rabia, de celos, de amor i tormento!..... ah! tú no lo sabes, Enrique, i por esto crees mui fácil que nazca la esperanza o indiferencia en el corazon que ha recibido un mortal desengaño!....

Enrique se sonrió al escuchar el acento de amargura con que Daniel pronunció sus palabras.

—¡Eres un niño! le dijo mirándolo tiernamente; i tu jóven corazon crée que sus dolores no tienen cura, siendo así que todo con el tiempo cambia. Pero, no quiero entrar a cuestionar contigo sobre este punto; tanto mas, quanto que el plazo de dos dias que te pedí para devolvete la felicidad, se ha reducido a unas pocas horas.

Daniel por toda contestacion meneó la cabeza e hizo un jesto que equivalia a decir:

—¡Imposible!.....

Enrique se aproximó mas a él, i tomándolo de un brazo, añadió con cariño:

—Vámos, porfiado, acompáñame a dar un paseo....

—¡Un paseo!... exclamó Daniel admirado de que el jóven le propusiese una cosa tan en contradiccion con su estado.

—Sí, un paseo, i pronto; porque cuando se va a ser feliz, es necesario andar ligero, correr en busca de la dicha!...

—No te empeñes, Enrique, en hacerme concebir una esperanza: es inútil!.....

—Vámos, vámos andando, dijo éste, tirándolo de un brazo i absteniéndose de contestar directamente las palabras de Daniel.

II.

—Te voi a contar una historia, dijo Enrique tomando familiarmente del brazo a Daniel cuando hubo conseguido que éste lo acompañara a la calle. Una historia, añadió, que será para tí tan dulce, que me rogarás no la concluya jamas.

—Te agradezco lo que haces por distraerme, le contestó el jóven; pero ya te he dicho que tu empeño es inútil. Por el contrario, ese tono jóvial que empleas, me hace mal, Enrique, i mas bien quisiera me hablases de otro modo.

—Bien, Daniel; voi a hablarte en el lenguaje que tú quieres. Voi a filosofar un poco.—En materia de amor, cuando el corazon se encuentra lacerado por algun desengaño, se busca a menudo el consuelo en la fuente misma en que he-

mos bebido la amargura. Nuestra alma, creada para sentir esas emociones que conmueven toda nuestra existencia, encuentra pesar, si así puedo decir, en apartarse de ese sufrimiento en que halla cierto placer. I esto que parece una aberracion, es sin embargo una admirable verdad; porque el desgraciado halla siempre, en el objeto de su desgracia, algo que lo encadena a ella, i aun cuando sufre, ama ese sufrimiento. Si esto no fuera así, Daniel, el hombre no amaria nunca, ni sus sensaciones pasarian mas allá de un momento, i su corazon sentiría luego el hastío o la indiferencia. El amor, apesar de que es la mas dulce, la mas feliz de las emociones, nos proporciona a cada momento motivos de dolor. Vemos un ser que hace latir nuestro corazon al impulso de una afeccion desconocida, i desde ese momento ya no somos felices porque aspiramos una correspondencia: esta aspiracion nos trae, necesariamente, inquietudes, zozobras, tristezas i dolores que de ningun modo soportaríamos si no encontráramos un goce que nos encadena a ellos. Tú, ahora, por ejemplo, sufres de una manera terrible, pero no quieres apartarte de tu situacion, porque a pesar de ser tan amarga te es querida. Pero como esta clase de goces, Daniel, cuesta muchas veces la vida, pues el hombre al fin sucumbe por el dolor, voi a contarte una historia a fin de que halles en ella algun consuelo.

Enrique guardó silencio un instante como para recordar lo que iba a decir, i luego continuó:

—Lo que te voi a contar es la historia de dos amantes: de dos jóvenes que amándose hasta el delirio, han estado a punto de ser eternamente desgraciados por la sola intervencion de un ser depravado i maligno. El joven amaba como tú por la primera vez, i su amor era tan puro i excesivo,

que era feliz tan solo con la consideracion de ver próximo el dia de su union; pero un golpe terrible vino de repente a tronchar todas sus ilusiones.....

—¡Yo no voi por aquí! interrumpió Daniel de un modo brusco; i soltando el brazo de Enrique, añadió:

—¡Yo no marcho por esta calle!.....

—¡Ah! ¿es acaso porque en ella vive Margarita?

—¡Sí, no quiero pasar ni por frente a la puerta.

—Bien; tomaremos la primer boca-calle, replicó Enrique volviendo a tomar el brazo de Daniel i continuando su marcha.

—Como te decia, prosiguió, el jóven vió caer en pedazos el bello edificio que algunos dias ántes habia formado con sus ilusiones: la mujer que él amaba, que en algunos dias mas debia ser su esposa, lo traicionaba!.....

—Mira que ya nos acercamos demasiado, volvió a interrumpir Daniel viendo que Enrique pasaba la boca-calle i continuaba marchando directamente.

—Sí, nos acercamos ya al fin de mi historia, contestó él tratando de hacer caminar a Daniel i como sin haber comprendido el significado de sus palabras; pero nos queda aun el desenlace que es lo mas interesante, continuó Enrique. Vámos, ¿no caminas...? ¿O quieres que nos planteemos en esta esquina como postes?

—Ya te he dicho que no quiero pasar por casa de Margarita, contestó Daniel con esa voz que manifiesta una firme resolucion.

—Ni yo lo pretendo, tampoco, replicó Enrique.

I volviendo a tomar del brazo a Daniel, agregó:

—En la otra cuadra, tomaremos por distinta calle; mientras tanto, marchemos por ésta.

Daniel quiso hacer una objecion, pero Enrique no le dió

tiempo, porque atrajo hacia él i continuó su marcha diciéndole:

—La jóven de que te hablo, traicionaba a su amante; mas bien dicho, él lo creyó así; pero aquella traicion no existía, no habia existido nunca, pues solo era obra de jente que deseaba venganza.

Enrique guardó silencio por un momento i luego dijo:

—Vaya, no quiero continuar: creo que mi historia te mortifica.

—Por el contrario, me interesa, replicó Daniel; pues desearía saber el desenlace.

—El desenlace es que el jóven tuvo que convencerse de la inocencia de su amada, ante las pruebas irrecusables que recibió.

—¿Pero cuales fueron esas pruebas? insistió Daniel prestando menos resistencia para seguir a Enrique.

—Las pruebas, contestó éste con voz pausada, fueron las siguientes: Por motivos que sería mui largo narrar, estos amantes tenian un enemigo que preparó la intriga de tal modo, que no pudo menos que darles un resultado satisfactorio. Suponte que a eso de las diez de la noche, i cuando ménos lo esperaba, el jóven recibió un anónimo en que se le decia fuera a presenciar la traicion de su amada. La hora escogida era la mas oportuna para asegurar el éxito de la empresa, pues a esa hora el jóven no podía verla a ella, i la tentacion de convencerse en el mismo momento, debia precisamente arrastrarlo al lugar que se le designaba.

Al llegar a este punto de su historia, Enrique guardó silencio i acortó el paso porque habian llegado a la esquina en que habia prometido tomar otra direccion; pero Daniel

pareció no apercibirse de esto i alargando, mas bien, el paso, le preguntó con sumo interes:

—I despues i despues, ¿qué hizo el jóven?

—El jóven, continuó Enrique, dió oído a tal calumnia i fué a espiar a su amada.

—¿I...? ¿qué vió?... volvió a preguntar Daniel con creciente interes.

—Vió que un a mujer le abría la puerta a un embozado a las once de la noche.

—¡I esa mujer era ella! repuso Daniel con ronca voz.

—Nó; era ese ser maligno que se habia propuesto destruir la felicidad de los dos amantes.

—¡Falso! exclamó Daniel fuera de sí. Era Margarita, yo he reconocido su traje.

—En efecto, el traje era de Margarita i eso prueba la astucia de tu enemigo.

—¿Pero quien fué ese hombre, i quién la que abrió la puerta? interrogó Daniel con cierta excitacion febril.

Enrique meditó un momento ántes de contestar.

—¡Dime quien era él, quien era ella! insistió Daniel.

—Ese hombre, contestó Enrique, es...pero, te advierto que solo estamos a pocos pasos de la casa de Margarita.

—¡Oh! contéstame, Enrique; dime quienes son!...

—Bien, dijo el jóven dando a su voz cierta solemnidad: ese hombre, Daniel, era Marcelo Jara! La mujer, doña Encarnacion Loyola!

—¡Ella!...él!...¡oh!...ahora lo comprendo todo!...esclamó el jóven con tal mezcla de admiracion, alegría i arrepentimiento, que su semblante palideció hasta parecer el de un cadáver.

—¡Dios mio! i yo he podido dudar de ella! exclamó

apretándose con ambas manos la cabeza. ¡Oh! es necesario que me perdone! agregó queriendo correr a casa de Margarita.

—¡Aguárdate! ¿qué vas a hacer? le preguntó Enrique reteniéndolo.

—Ya lo vez, a implorar a sus pies el perdon, contestó.

—Espera, tú ignoras lo que ha pasado i es necesario que no vayas a descomponer lo que hai hecho.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Margarita i Elisa te creen en Valparaiso.

—¡En Valparaiso! ¿por qué?

—Porque así se los has dicho tú en una carta.

—¡Yo!...en una carta!...¡Ah! ya recuerdo: anoche escribí dos!...¡Dios mio! ¿qué habrá dicho Margarita?

—Nada; ella no ha recibido la carta que tú le escribiste anoche; ni Elisa, tampoco.

—¿Pero no dices que por una carta mia ellas creen que estoi en Valparaiso?

—Sí, por una carta que llevaba tu letra, pero que no era tuya.

—¡Oh! yo pierdo la cabeza! exclamó Daniel pasándose las manos por la frente. ¡Habla, Enrique, dime pronto lo que ha sucedido!

—Marcelo Jara, queriendo robar a Margarita su fortuna, contestó el jóven, ha falsificado una carta tuya diciéndole que te ibas a Valparaiso i que ahí las esperabas una vez que ella hubiera reducido a dinero sus bienes.

Enrique contó en seguida a Daniel en pocas palabras lo que ya sabe el lector; i despues de exijirle no revelaría nada hasta el dia siguiente, lo dejó entrar a casa de Margarita.

No nos detendremos en describir lo ocurrido entre Da-

niel, Margarita i Elisa; bástenos decir que Daniel suplicó no lo interrogasen sobre nada de lo que habia pasado, i que ellas, alegres con verlo a su lado, no desplegaron sus labios en este sentido.

— ¡Agradate! ¿que vas a hacer? le preguntó.

— Ya lo vez a impular a sus pies el pedron, contesto.

— Espera, tú ignora lo que ha pasado i es necesario que

no vayas a descomponer lo que hai hecho.

— Pero ¿que ha pasado?

— Margarita i Elisa te creen en Valparaiso.

— En Valparaiso? ¿por que?

— Porque así se los has dicho tú en una carta.

— ¿Yo... en una carta?... Ah! ya recuerdo; anoche escri-

bi dos!... Dios mio! ¿que habré dicho Margarita?

— Nada; ella no ha recibido la carta que tú le escribiste

anoche; ni Elisa tampoco.

— Pero no dices que por una carta mia ellas creen que

estoi en Valparaiso?

— Si, por una carta que llevaba tu letra, pero que no era

tuja.

— ¡Oh! yo pierdo la cabeza! exclamó Daniel pasándose

las manos por la frente; Hala! Hala! dime pronto lo

que ha sucedido!

— Marcelo para queriendo robar a Margarita se torció

el cuello el joven, ha falsificado una carta tuya dicién-

dole que te iba a Valparaiso i que ahí las esperaba una

vez que ella hubiera recibido a dinero sus bienes.

— Siempre contó en seguida a Daniel en pocas palabras lo

que ya sabe el factor; i despues de exigirle no revelar nada

de hasta el día siguiente, lo dejó entrar a casa de Margari-

ta.

— No nos detendremos en describir lo ocurrido entre las

CAPITULO XV

HISTORIA DE VENDETTA

Algunas horas despues de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, el salon de la casa de Margarita se encontraba ocupado por multitud de señoras i caballeros que habian acudido al llamamiento hecho por Enrique. La curiosidad de ver el desenlace de aquellos sucesos que, principiadados con la intriga de Marcelo i aumentados con la carta publicada por Vicente Salas debian concluir con la justificacion de Margarita, habia sido mas que suficiente para atraer tal concurrencia.

Doña Encarnación "hacia los honores de dueño de casa" disculpando la ausencia de la jóven con ocupaciones urjentísimas que la retenian fuera.

Cada cual comentaba a su manera los hechos acontecidos, i a medida que trascurría el tiempo, la curiosidad iba en aumento.

Por fin, serian las nueve de la noche, cuando aparecieron

tres jóvenes: dos de ellos quedaron en la antesala i el tercero entró al salon i saludó de un modo ceremonioso a la concurrencia.

Un murmullo sordo, confuso, ininteligible, acojió al recién llegado; i la mirada ávida, i un tanto desdeñosa con que algunos miraron al jóven, lo hicieron palidecer levemente.

El nombre de Enrique Vendetta, séguido de algunos cuchicheos, circuló de boca en boca.

Efectivamente, el que habia entrado, era él.

Un traje sencillo, pero elegante, realzaba en aquel momento la natural hermosura del jóven; i su leve palidez, sentaba perfectamente al contorno ovalado de su semblante a quien le daba gracia i animacion la mirada viva i ardiente de sus grandes ojos.

El silencio se restableció casi al instante i Enrique recorrió con su mirada tranquila i poderosa el auditorio que iba a tener.

Entónces avanzó dos pasos, i con voz temblorosa por la emocion, se dirigió a la concurrencia diciéndoles:

—Señores: mi honor, mi reputacion, mi porvenir, me obligan a pedir os un momento de atencion. El honor i la reputacion de una amiga, vilmente calumniada, exige de vosotros que me escuchéis. Se os ha llamado para una vindicacion; pero, como ligada a ella se encuentra la historia de mi vida, os pido la oigáis, que procuraré ser breve.

Estas palabras de Enrique, resonaron de un modo solemne, si así puede decirse, en aquel salon en que iba a rehabilitarse a Margarita.

Lo que se iba a tratar era demasiado delicado; las calumnias que pesaban sobre ellos eran demasiado trascendentales, i para desbaratarlas, para hacer brillar la inocencia

se necesitaba mucha claridad en los hechos i mucha conviccion en los argumentos.

Todos los circunstantes comprendieron esto; i la curiosidad, por otra parte, de saber cómo la historia de Enrique se encontraba ligada a Margarita, hizo que todos pres-táran una excesiva atencion al jóven, cuando después de una breve pausa continuó:

—Mi vida, Señores, fué mui feliz hasta los veintiun años, época en que de la manera mas ruda principiaron mis desgracias. Era tan dichoso, cuanto puede serlo el que no conoce mas amor que el de una madre que lo idolatra i el de una tierna hermana que lo adora.

Trabajaba en el campo, en unos fundos que poseíamos en Talca, de donde soi hijo; i como mis ocupaciones solo me permitian visitar cada ocho dias aquellos dos seres que me eran tan queridos, habíamos resuelto enajenar aquellas propiedades que nos obligaban a separarnos.

Comencé, pues, a realizar nuestros bienes con un verdadero placer.

Pero un dia llegó a mi fundo un sirviente de la casa de mi madre i con voz entrecortada por la agitacion i terror, me dijo:

—¡Señor!...la señorita...está...

—¿Está qué? le pregunté yo lleno de sobresalto.

—¡Está muerta! concluyó él.

Yo no oí mas: una nube pasó ante mis ojos: sentí algo frio que me heló el corazon: los objetos jiraron a mi alrededor como movidos por algun ser sobrenatural, fantástico, que todo lo removía i agitaba con un desórden infinito, sin igual, espantoso. Me encontraba a caballo, i sin detenerme a averiguar lo sucedido, sin comprender bien, aun, lo que se me decia, corrí...corrí loco, desatentado, sin otra

idea que llegar pronto a mi casa, sin otro pensamiento que ver pronto a mi madre!

Enrique calló por un momento como si el recuerdo de su pasado embargara aún su voz.

La historia del jóven principiaba a interesar; i algunos que lo habian escuchado con cierta sonrisa desdeñosa, lo miraban ahora con interes.

Enrique continuó; pero su voz esta vez, era, por decirlo así, opaca i temblorosa: en aquella voz palpitaba aun el dolor, rodaban aun las lágrimas i se sentía patente la desesperacion.

— ¡Llegué, señores, a mi casa!... ¿i qué creis que encontré en ella?... No era solo mi madre la que faltaba!... Mi tierna hermana tambien habia desaparecido!... ambas habian sido asesinadas!!!...

— ¡Asesinadas!... repitieron en coro las personas que ocupaban el salon.

— ¡Sí, horrible i cruelmente asesinadas! repitió Enrique con amargura. ¡ Mi madre, mi idolatrada madre, tendida en su lecho, empapada en su sangre, tenia una ancha i profunda herida en la garganta; i mi tierna, mi amada hermana, tenia tres horrosas puñaladas en el pecho!... La codicia habia llevado ahí un ser maldito que de un solo golpe destrozó nuestra felicidad i sembró en mi corazón la mas negra amargura!...

Yo no supe qué fué de mí hasta el dia siguiente en que me encontré solo!... ¡ Solo!... ah! vosotros no sabreis, señores, lo que esta palabra significa!... Encontrarse de repente privado de una madre que cuando su hijo llega corre a prodigarle las mas tiernas caricias, i de una hermana que con su infantil inocencia palmorea sus manos, i loca i juguetona se precipita a nuestros brazos!... Ver desaparecer

en un solo instante i de una manera tan horrorosa, dos personas que constituían toda mi dicha, i ver solos, abandonados, los lugares que un momento ántes habia visto ocupados por la alegría i el amor!... ¡Oh! es necesario haber estado como yo, sumido en esa desesperacion terrible, envuelto en ese dolor profundo, para saber lo que se sufre cuando este dolor llega hasta el delirio i medio loco se corre de una pieza a otra pieza gritando, llamando con las palabras mas dulces a unos seres queridos a quienes no debemos ver mas, i solo nos contesta el vacío, la nada!...

Aunque mi dolor era incomparable, comprendí luego que con mis lágrimas, con mi desesperacion, no alcanzaria nunca el castigo del infame asesino que habia llenado mi corazon de amargura: comprendí que era necesario vengar aquella sangre, castigar aquel delito, i que para esto era preciso moverse, perseguir al delincuente i no parar hasta hacerlo pagar en el patíbulo su odioso crimen.

La justicia buscaba al hechor con ahinco i fijaba su esperanza en las declaraciones de dos jóvenes que en la misma noche que mi madre, habian sido gravemente heridos, segun se creía, por un compañero de ellos, i el cual habia desaparecido.

Yo concebí i puse tambien en ellos toda mi esperanza: era el único medio que teníamos para conocer al que se hacia sospechoso a nuestros ojos; así es que me constituí enfermero de ellos a fin de que el cuidado i la ciencia triunfaran de la gravedad de las heridas.

Mi ansiedad, mi incertidumbre, mis cuidados, concluyeron al fin; i a los tres dias los médicos declararon que Narciso Quezada i Claudio Faez, (que en este momento me acompañan) salvarian.

Estos jóvenes, amigos de infancia del que despues fué

un asesino, dijeron que aquel era Julian Soto i que en Aneud habia sido acusado de haber muerto a su esposa, por lo que habia sido sentenciado a muerte; pero, estrangulando a un soldado, habia logrado evadirse de la cárcel i burlar la justicia.

Al fin, los datos que estos jóvenes dieron, eran ya mas que suficientes para proceder a investigaciones que podian dar algun resultado; pero, todo cuanto se hizo, fué inútil i yo veia pasar un dia tras otro dia sin conseguir el castigo del asesino. Mi situacion era desesperada, mi dolor cada dia mas profundo; i creyendo que el no encontrar a ese hombre era efecto de la desidia con que se le buscaba, invité a Claudio i Narciso para perseguirle. Ellos, deseosos como yo de encontrarlo, se unieron a mis deseos, i provistos de una autorizacion de la justicia, comenzamos nuestra cruzada con todo el ardor que nos daba el deseo de vengarnos. Recorrimos los campos, visitamos los pueblos, indagamos, rejistramos los bosques, batimos partidas de malhechores, i cada dilijencia inútil, cada paso sin resultado, aumentaba en nosotros el deseo de venganza, la sed de castigo para el miserable!... Pero la suerte favorecia al cuatro veces asesino i nuestros pasos eran completamente perdidos. Creyendo que Julian continuaría su vida de vandalaje, nos dirijimos a los Cerrillos de Teno, tan famosos por las hordas de malhechores que siempre los han poblado. Ahí, como en todas partes, corrimos por los campos arrostrando mil peligros i penalidades i desafiando los rigorosos calores del dia así como las penetrantes heladas de la noche. ¿Comprendeis, señores, ahora, por qué se me ha tenido por un bandido?... Voi, sin embargo a esplicároslo.

Enrique guardó silencio un instante; i sintiéndose fa-

tigado, se acercó a una silla, se sentó, i dirijiéndose a los circunstantes, les dijo:

—Dispensadme si tomo asiento: el recuerdo de mi pasado me entristece i anonada; i como mi narracion se prolongará algunos momentos mas, necesito de esta comodidad para continuar.

Enrique recibió una vènia de asentimiento, i el interes que todos prestaban a su narracion, hacia conocer claramente que habia impresionado a su auditorio.

El tono de su voz, tierno, natural, sentido en las partes que los hechos tocaban a su corazon; enérjico en las que manifestaba decision, habia hecho desaparecer completamente la mala voluntad que se tenía en su contra, i que todos olvidasen que el objeto para que habian sido llamados, no era escuchar el descargo de su acusacion sino conocer la causa de la deshonra de Margarita. Pero Enrique habia logrado interesar lo bastante para que se conociera este cambio; así es que despues de un momento de silencio, continuó:

—En la necesidad que teníamos de vijilar constantemente aquellos lugares, sobre todo el camino *real*, cada uno de nosotros hacia su guardia en las noches claras que eran las únicas en que, de tarde en tarde, solia atreverse a pasar alguién por aquellos caminos, que como vosotros sabreis, se han hecho el terror de los viajeros.

Yo no conocia personalmente a Julian Soto, i en tres o cuatro ocasiones que con la incierta claridad de la luna no pude distinguir bien las facciones de los que pasaban, los hice detenerse, dejándoles en seguida libre el paso cuando ya salia de dudas. Yo debí entónces haber dado una satisfaccion a los que detenia; pero mi desencanto al no ver realizados mis deseos era tan grande, que

los dejaba pasar sin decirles el por qué los habia detenido. Esto, sin duda, es lo que me ha acarreado la situacion en que me encuentro; porque un hombre que en esos lugares i a avanzadas horas de la noche detiene a otro, no puede considerarse sino como un bandido; aunque como un bandido orijinal, que no mata, ni hiere, ni arrebatada nada, sino que se contenta con mirar al que pasa.

Yo no dudo que alguna de esas tres o cuatro personas que hice detener, sea la que, habiéndome reconocido, haya dicho que soi un salteador; pero si esa persona me oye, apelo a su hidalguía para que diga si recibió de mí algun mal o conoció una intencion depravada en mi modo de obrar!...

Un caballero alto, pálido, de frente despejada i como de cuarenta años, se paró de una silla, i dirijiéndose a Enrique, le dijo:

—Yo soi, señor Vendetta, el que ha dicho que usted es, o mas bien, que usted ha sido un bandido; i las palabras que he empleado, son las siguientes:

“Ese jóven que se nombra Enrique Vendetta, fué un salteador en los Cerrillos de Teno.”—Cuando esto dije, todos dudaron porque nadie se atrevía a creer que usted hubiese cargado el puñal del asesino; pero cuando añadí:—“Yo mismo he sido asaltado por él en una noche que iba a Talca; i si nada me quitó, fué sin duda porque nada vió en mí que tentara su codicia,” ya nadie dudó, i se le creyó a Ud. un miserable a quien era necesario desterrar de la sociedad i aun encerrar en una prision. Pero ahora que persuadido por lo que usted dice conozco su inocencia i analizo su conducta, veo que he obrado con lijereza al acusarlo i que debía por lo ménos haber dicho cómo se efectuó nuestro encuentro,

Lo que ha sucedido, señores, añadió el caballero dirigiéndose a los circunstantes, fué lo siguiente: Preciso a pasar de noche los Cerrillos de Teno, me vestí un traje ordinario a fin de llamar lo ménos posible la atención. Pero mi idea la creí inútil cuando ví salirme al travez un hombre que me intimó la órden de ¡alto!; i viéndolo acercarse a mí, creí llegaba mi última hora si no acudía a una pistola que cargaba en el arzon de mi silla; pero no tuve necesidad de hacer uso de ella, pues con gran sorpresa mia, ví que despues de mirarme un momento se apartaba diciéndome:

—“Puede usted pasar su camino.”

Yo atribuí esto a una de dos causas: o a que el asaltante habiendó visto mi accion de tomar la pistola tuvo miedo, o a que no encontrando en mí cosa que valiera la pena, me dejaba pasar sin haberle pagado el tributo que deseaba. Tal és, señores, lo sucedido; i así como he sido el primero en hacer caer una mancha sobre la frente del que no debe merecer sino nuestra admiracion, quíero también dándole mi mano, ser el primero que pueda considerarse honrado con su amistad.

I al decir esto, el caballero se acercó a Enrique, i alargándole su mano añadió:

—Creo, señor Vendetta, que usted no me guardará rencor.

—¡Ah! nó, señor; su hidalguía no merece otra cosa que mi reconocimiento!...

—Mis palabras, señor Vendetta, no tienen nada que promueva su gratitud, pues al hombre que como a usted se ha difamado, se le debe una reparacion; i solo sentiré que ésta no sea lo bastante pública para que en lo sucesivo no tenga nada que sufrir.

— Gracias, señor, contestó Enrique con reconocimiento; su autorizada palabra hará que mi rehabilitacion sea completa.

Enrique volvió a tomar asiento; i dirijiéndose a las demas personas que ocupaban el salon, agregó:

— Ya veis, señores, cómo mi deseo de castigar a un miserable casi ha sido causa de mi eterno baldon; pero, felizmente ya no se dudará en lo sucesivo, i vosotros vais a ver cómo la Providencia jamas deja sin castigo a los culpables.

Despues de haber soportado mucho tiempo las penalidades mas crueles, perdimos la esperanza i nos sentimos cansados, exhaustos de fuerzas, enfermos de cuerpo i espíritu: el deseo de volver a la sociedad empezó a obrar en nosotros: necesitábamos ver a otros seres, relacionarnos con ellos, hablar, salir, en fin, de esa espantosa soledad en que como las fieras vivíamos. ¿Qué mas podíamos hacer por otra parte?... Julian Soto debia estar mui léjos cuando así escapaba a nuestras pesquisas, a nuestras continuadas escursiones. Era necesario dejar su crimen impune, aplazar su castigo i confiarlo al acaso.

Claudio i Narciso volvieron a Talca i yo me vine aquí a Santiago, donde una feliz casualidad me abrió las puertas de esta casa en la que he venido a encontrar al infame que tanto habia buscado. Su fisonomía, descrita mil veces por Claudio i Narciso, me hizo conocerlo en el acto; pero como podia engañarme por un falso parecido, escribí a Talca a mis dos compañeros de correrías a fin de que viniesen a reconocerlo. Desgraciadamente estaban en el campo i solo despues de haber mandado diversos emisarios he logrado encontrarlos; i ahora hace solo algunos dias que estan conmigo i han reconocido a Julian.

Miéntras yo preparaba mi venganza, vais a saber lo que él hacia.

Julian Soto, el asesino de su esposa, el condenado a muerte, el fugado de la cárcel de Ancud, el miserable bandido autor de la muerte de mi madre i hermana, ha vivido entre vosotros, le habeis dado vuestra mano i ha sido, talvez, honrado con vuestro aprecio!

—¿Quién es? preguntaron algunos con indignacion.

—Ese miserable, contestó Enrique con voz pausada, es el que ha tomado el nombre de Marcelo Jara!...

—¡El!...¡Marcelo Jara!... exclamaron todos a la vez.

—Sí, señores: i en una hora mas, lo vereis aquí próximo a llevar a cabo otra infamia. No ha podido olvidar sus hechos de vandalaje, sus intrigas, sus cobardes acciones; i unido con otra persona tan miserable como él preparaba para esta noche el mas increíble atentado. Julian Soto, o Marcelo Jara, como vosotros querais llamarlo, no podía hacer uso aquí, como en otras partes, del puñal del asesino. Para enriquecerse, pensó ser esposo de Margarita Saez de B!... Tal oferta, como vosotros comprendereis, fué desechada por ella, porque no es posible la union de dos seres que tan distantes están el uno del otro. Pero Julian, como tantos otros, tiene el defecto de creer que vale lo bastante para aspirar a todo, i que el verse colocado en una esfera superior a la que merecia, es ya lo suficiente para remontar su vuelo a la cumbre. Julian ha olvidado que el que se levanta del lodo o de la miseria no debe alzar nunca tanto la frente que llegue el dia en que tenga que abatirla avergonzado!...

Julian vió escapársele esta fortuna, i no pudiendo renunciar a su posesion, trató de adquirirla de otra manera. Lo que deseaba era mui difícil, casi imposible, pues como vosotros sabeis, la riqueza de Margarita, en su mayor parte, es-

tá invertida en bienes raíces: cosas que no pueden adquirirse por la violencia ni con un asesinato. Para hacerse dueño de esta fortuna, necesitaba inventar algo; pero esto le era imposible a él que no tenía talento para otra cosa que para matar.

Los pícaros para conocerse no necesitan mucho tiempo; i Julian encontró lo que necesitaba donde otros no habían visto mas que virtud i santidad.

Soto necesitaba una cabeza que concibiera, un ser diabólico que lo iluminara, i este ser lo encontró en doña Encarnacion de Loyola!...

—¡En doña Encarnacion!... ¡imposible!... exclamaron todos dirijiendo su vista al lugar que la beata ocupaba cuando Enrique habia principiado su historia.

Pero doña Encarnacion no estaba ya en el salón, pues le abandonó apenas el jóven habia entrado.

—¡Ah! nó, señores; no es imposible, dijo Enrique, i vais a ver que esta beata hipócrita es la mujer mas infame que puede existir.

Por un cálculo mal combinado, erraron el primer paso que quisieron dar. Daniel fué acusado de ladrón en esta misma casa, i doña Encarnacion fué la que puso el portamonedas en el paletó del jóven. Quisieron hacer concebir a Margarita que su elegido era un miserable, i esto no sirvió sino para acercarla mas a él. Era, pues, necesario obrar en otro sentido.

Yo habia visto la accion de la beata; yo habria podido esa noche revelar la verdad; pero, ¿qué valía mi palabra en ese momento cuando pesaba tambien sobre mí una acusacion mucho mas infamante? El mismo Daniel se habria avergonzado de tenerme por defensor, i mis aseveraciones no habrian sido escuchadas en fuerza de la reputacion de

mujer santa de que gozaba doña Encarnacion. Me ví obligado a callar, a esperar que Claudio i Narciso llegasen de Talca.

Al dia siguiente de la noche en que Daniel fué acusado, doña Encarnacion, amenazada por mí, me reveló todo. ¡Oh! el plan que habia combinado no podia ser mas infernal, i solo una imaginacion tan diabólica i fecunda para el mal como la de esta señora, podia haberlo concebido.

Se trataba de hacer caer el baldón, la infamia, el desprecio, sobre la pura e inmaculada frente de Margarita!... Se trataba de hacerla aparecer ante la sociedad como una mujer corrompida, miserable, a quien no debia sino despreciarse i ultrajar. Se queria, en fin, hacerla sufrir todo lo que una mujer casta i digna puede soportar; i cuando sus sufrimientos hubiesen llegado para ella al grado mas alto, separarla de Daniel, hacerla creer que habia desaparecido; i entónces, aprovechando la exitacion en que estaría su alma, hacerla de algun modo reducir todos sus bienes a dinero para que Julian se apoderase de él.

Como veis, el plan no podia ser mas astuto ni satánico, i el medio de llevarlo a cabo no era ménos.

Doña Encarnacion debia perder, en la casa de Margarita, una carta que ella misma habia dictado i que Julian habia escrito. En esta carta, Margarita era reprendida por su liviandad, i en ella se aventuraban los mas odiosos dicterios, las mas increíbles acusaciones. En esa carta, en fin, Margarita aparecia como amante de Julian, como envenenadora de su esposo, i era tratada como solo puede serlo una meretriz. No quiero recordar lo que decia, pues la mayor parte de vosotros la debeis conocer!

Enrique fué interrumpido por unos gritos inesperados que se sintieron en la pieza inmediata al salon.

—¡Socorro! ¡socorro! decia una voz de mujer en el interior.

CAPÍTULO XVI.

ASTUCIA CONTRA ASTUCIA.

I.

Como hemos visto, doña Encarnacion abandonó el salon aprovechando los momentos en que Enrique contaba la historia de su vida.

Margarita, que hasta ese momento ignoraba completamente las acciones de la beata, no habia tenido motivo para dudar de ella, así es que en el dia, cuando Narciso Quezada se habia presentado con un escribano para llenar las formalidades de la compra que por encargo de Enrique hacia a la jóven viuda de todos sus bienes, ésta recibió el dinero i lo guardó junto con sus alhajas i cuanto poseia, en un pequeño cofre que ocultó en seguida en el cajon de una mesa de su dormitorio.

Doña Encarnacion no perdió de vista ninguno de estos detalles; i en la noche, apénas salió del salon, se dirigió a su pieza, i sacando del fondo de un baúl una larga bolsa de cuero casi repleta de oro, la colocó encima de una mesa.

En seguida, examinó con detencion una cartera con billetes de banco que Enrique, al llegar en la tarde, le habia regalado a fin de que viviera sin apuros el resto de su vida: hizo en seguida un atado de ropa i ocultó en él la cartera i el talego.

—Ahora me falta lo principal, se dijo, al mismo tiempo que con paso recatado se dirijia al dormitorio de Margarita.

Una vez en él, escuchó con atencion para cerciorarse de que no era observada, i dirijiéndose a la mesa, abrió precavidamente el cajon.

—¡Ya es mia esta riqueza!..... pensó la beata estrechando con delirio entre sus manos el cofrecillo en que la jóven habia reunido toda su fortuna.

I dirijiéndose con precipitacion a su cuarto, colocó el cofre sobre la mesa a fin de cerciorarse de que encerraba aun lo que ella habia visto depositar en él. Pero una esclamacion de asombro, de terror, se escapó de sus labios cuando lo hubo abierto. Su semblante se puso lívido; por su frente corrió un sudor helado, i sus ojos fijos en el cofre, parecia iban a saltarse de sus órbitas.

¡El cofre estaba vacio!...

Doña Encarnacion creyó soñar i pasó una i otra vez sus manos por la frente para convencerse de que era realidad.

—¿Será perdido cuanto he hecho? se dijo con amargura i desesperacion. Será posible que esta fortuna escape de mis manos cuando ya la tenia en ellas?

I al decir esto, se dejó caer con desaliento en una silla i ocultó la cabeza entre sus manos.

¿Qué sentia aquella mujer en esos momentos? qué ideas cruzaban por su mente? El decirlo ocuparia muchas pájinas, i la dimension de la historia que narramos no nos permite hacerlo.

Bástele saber al lector que la señora pasó así cerca de tres cuartos de hora, i que a no ser por unos golpes que sintió en la puerta que daba a la calle, habría permanecido en la misma actitud toda la noche.

—¿Qué haré? se dijo con acento reconcentrado cuando sintió los golpes en la puerta.

Meditó un momento i se decidió.

—¡Todo está perdido, se dijo con desaliento; ya no hai tiempo para nada. Pero...

Este *pero* que pronunció doña Encarnacion, llevando el índice de su mano derecha a la frente, en actitud de meditar, hizo nacer en sus labios una sonrisa de satisfaccion.

Los golpes se repitieron en la puerta, i la señora al oírlos dijo:

—Mucho le apura el caer en la trampa!...¿Qué hago? Vamos, lo primero ...es lo primero!...

I al decir esto, se dirigió a la antesala, dió dos palmadas con las manos estendidas, i volvió a su pieza para ocultar el atado en que la hemos visto poner la cartera i el talego.

En el semblante de la beata habia desaparecido completamente la descepcion i abatimiento que se dibujó en él al ver el cofre vacío. Una sonrisa de triunfo se dibujaba en sus labios i habia vuelto a ser la mujer que nada le arredra i que todo lo vence con su astucia.

Los golpes se repitieron por tercera vez, i doña Encarnacion corrió a la puerta, la abrió, i dirijiéndose al que habia golpeado, le dijo:

—Entre usted.

—¿Es hora? le preguntó éste.

—Sí, ya es hora, sígame usted.

Doña Encarnacion volvió a cerrar la puerta, i tomando

de una mano al que habia entrado, se dirigió nuevamente a la pieza.

—Aquí, le dijo, concluiremos nuestro trato.

—Bien; si es por el dinero, aquí está, dijo él.

El lector habrá adivinado que este personaje no era otro que Marcelo Jara, o mas bien, Julian Soto, como lo ha dicho Enrique Vendetta al contar la historia de su vida.

II.

La beata revisó cuidadosamente el dinero que Julian habia puesto en sus manos; i cuando se convenció de que habia quinientos pesos, los guardó en su bolsillo i mirando a Soto, le dijo:

—Lo que se ha de hacer tarde, señor Jara, que se haga temprano. Tómese usted de mi mano porque debemos atravesar varias piezas que están completamente oscuras. Pero yo sé el camino i lo conduciré hasta dejarlo en la puerta del dormitorio de Margarita.

Como se recordará, la señora no sabia que Marcelo se llamase Julian Soto, pues no habia oído la historia de Enrique; así es que de buena fé ella seguía llamándolo Jara.

III.

Doña Encarnacion tomó a Julian de una mano i comenzaron a pasar por varias piezas en medio de la mas completa oscuridad.

—Esta beata, se decia Soto mientras caminaba, cree que yo le voi a dar la mitad del dinero de Margarita, i no sabe

que ni aun los quinientos pesos que con tanto cuidado ha recibido podrá disfrutar.

Doña Encarnacion interrumpió el monólogo de Julian diciéndole al oído:

—Vamos a llegar a la pieza que está ántes del dormitorio de Margarita. Mucho silencio i levante Ud. los pies a fin de no tropezar.

Julian siguió las indicaciones de la beata i penetró en la pieza.

—A fin de no errar el golpe, volvió a decirle la señora, espéreme usted aquí i yo iré a ver si Margarita está dormida.

—Bien, señora, contestó Soto con esa especie de enmudecimiento que se apodera del malvado cuando llega el instante en que va a cometer un nuevo crimen.

Doña Encarnacion dejó la mano de Julian, i en lugar de seguir avanzando, retrocedió algunos pasos.

Soto sacó un puñal i se preparó para acometer.

La beata tomó las dos hojas de la puerta que acababan de atravesar i las cerró con estrépito.

Al mismo instante, i ántes que Julian pudiera darse cuenta de lo que sucedía, la pieza se alumbró i apareció a sus ojos asombrados un salon lleno de jente.

El bandido arrojó un grito de terror, i el puñal que llevaba en su mano rodó al suelo. Miró a su derecha i vió a Daniel, Margarita i Elisa; al frente, unos cuantos caballeros; i a su izquierda, Enrique con un puñal en las manos.

Viéndose perdido, pensó en huir por la puerta que acababa de entrar; pero al darse vuelta para ejecutarlo, retrocedió horrorizado exclamando:

—¡Narciso Quezada!... ¡Claudio Faez!...

CAPITULO XVII.

DE COMO SUPO LA BEATA LO QUE DESEABA.

La narracion de Enrique tenia a todos los circunstantes en cierto estado de alarma o excitacion, mui natural si se atiende a que los hechos que el jóven habia referido eran raros i terribles.

Las inesperadas voces de socorro que se habian sentido en la pieza inmediata, sembraron el pánico en todas las señoras i hubo un momento de alarma i confusion indescriptible.

Miéntras las señoras querian huir creyendo se asesinaba a alguién en aquella habitacion, los hombres corrieron a la puerta para inquirir la causa de aquel suceso.

Margarita, desmayada en los brazos de Elisa, fué lo que primero vieron. ¿Qué habia motivado esto?—Vamos a decirlo.

Margarita, alma creada para sentir de un modo poco comun: poseedora de una imajinacion delicada en que solo tenia cabida todo lo grande, todo lo bello, todo lo poético:

imaginación fantástica, pero con esa fantasía sublime, ideal, que nace del corazón acostumbrado a percibir lo que es suave i delicado! alma creada, en fin, para recibir de la vida nada mas que sus dulzuras, sintió conmoverse todo su ser ante la descripción que Enrique hacia de las causas que motivaron los desprecios que habia recibido.

Margarita habia escuchado todo; sabía por fin los motivos que la sociedad tuvo para insultarla; pero esto no la impresionó aun. ¿Qué le importaba a ella la sociedad?

Su pensamiento le recordó entónces que Daniel, pocos días ántes, habia sido tambien acusado; i en sus oídos creyó oír todavía resonar aquellas palabras que el jóven con voz enternecida dijo cuando temia que la duda influyera en el corazón de su amada. “Si algun afecto sentiré perder, habia dicho, es uno que toca directamente a mi corazón.” Daniel tenia razon para despreciar a los que lo despreciaban, i mucho mas tenía aun para sentir que la duda fuera a anidarse en un corazón amado.

Al llegar aquí en sus pensamientos, Margarita recordó la desaparición de Daniel, vió que coincidía con el alejamiento de los amigos i comprendió todo.

Daniel, como los demas, habia creído las calumnias que la infamaban; Daniel, como los demas, para convencerse de que lo engañaban habia necesitado que Enrique le dijese: Margarita es digna, Margarita es calumniada!... ¡Oh! Daniel no la amaba; Daniel no sentía por ella el amor que ella sentía por él!...

Margarita comprendió i creyó todo esto, i sintió que su corazón se destrozaba.

—Elisa, yo me muero, le dijo con voz balbuciente por el dolor.

I apoyando la frente en el pecho de su amiga, murmuró aun algunas palabras i cayó desvanecida.

Elisa temió que la jóven muriera en sus brazos i llamó en su auxilio a las personas que ocupaban el salon. Pero Margarita volvió luego en sí, i reuniendo toda la enerjía de su alma, dominó sus emociones i pudo presentar a los que la rodeaban un semblante sereno en el que no dejaba traslucir lo que pasaba en su interior.

Todos creyeron el desmayo de Margarita un incidente casual, i el mismo Daniel que llegó a ese tiempo, no pudo creer lo contrario al ver que la jóven pasó al salon i sentándose en un sofá dijo a Enrique:

—¡Señor Vendetta: si usted continúa su historia, tendré el mayor placer en oirla.

—No tengo inconveniente, repuso el jóven; pero estancacion es demasiado odiosa para usted, señorita, i valía mas no la escuchase.

—¡Ah! nó, señor Vendetta: estoi deseosísima de saber los motivos que mis amigas han tenido para despreciarme.!

—Si es así, dijo Enrique, continuaré.

Como todo lo que sigue está ya conocido por el lector, diremos solo que el jóven esplicó la manera como doña Encarnacion hizo rodar por el vestido de Margarita la carta que Vicente creyó pertenecer a ella. Detalló en seguida todos los hechos de la beata, i concluyó al fin diciendo que los dos jóvenes que lo acompañaban i habian quedado en la antesala, eran Claudio Faez i Narciso Quezada, los mismos a quienes Julian Soto habia dejado espirantes en el pueblo de Talca.

Casi al mismo tiempo que Enrique concluía sus esplicaciones, se sintieron en la antesala las palmadas que dió

doña Encarnacion, i que eran la señal convenida con el jóven para avisar que Julian habia llegado.

Acto continuo, Enrique suplicó le permitieran ocultar las luces a fin de sorprender al bandido *infraganti*; i aunque para esto tuvo que vencer algunos temores de las señoras, lo consiguió al fin, i las ocultó con una pantalla hecha a propósito.

Hubo un momento de cruel ansiedad para todos los que se hallaban en el salon. La oscuridad, el saber que se iba a presentar ante ellos un miserable asesino; la idea de que en un momento mas verian a Marcelo Jara, es decir, a un hombre que por algun tiempo habia vivido entre ellos estrechándoles la mano como amigo, i que ahora lo verian convertido en bandido; influía de tal modo en todos los ánimos, que reinaba el mas profundo silencio: así es que, cuando doña Encarnacion abrió la puerta; cuando atravesó el patio junto con Julian; cuando en fin, llegó hasta el mismo salon i lo encerró en él, se sintieron clara i distintamente estas operaciones.

II.

Miéntras Julian se veia en el salon cojido en sus propias redes, veamos lo que hizo doña Encarnacion.

Inmediatamente que dejó asegurado al bandido, se dirigió con precipitacion al interior de la casa, i entrando a la pieza de una antigua i honrada sirviente que gozaba de toda la confianza de Margarita, le dijo:

—María, tu querida señora está en riesgo de quedar a brazos cruzados. En este momento se acaba de sorprender

a un bandido; pero yo creo hai ahora mas peligro que nunca!...

—¡Cómo! qué dice usted, señorita! exclamó la buena mujer.

—Ya lo oyes, hija; tú sabes que Margarita vendió hoi cuanto poseía i que guardó el dinero i sus alhajas en un cofrecillo; pues bien, todo se lo han llevado, i aunque han sorprendido a un ladron, yo creo que otro ha huido con lo que en él habia.

—¡Pero si no estaba en el cofre la plata!

—¿Cómo que nó, cuando yo misma la estuve poniendo ahí?

—¡Nó, señorita, si despues la guardamos en la maleta.

—¡Acabàramos!... yo creía, hija, que siempre estaba en él.

—Nó, porque misia Margarita dijo era mas cómodo llevarla en la maleta.

—¡Ah! gracias a Dios!... i yo que habia pasado tanto susto!

—¿Pero qué me dice Ud. de un bandido que han pillado?

—Sí, hija, lo han pillado; pero mas tarde te contaré eso. Miéntras tanto, no te muevas de aquí i ten mucho cuidado porque pueden entrar algunos ladrones por el interior.

—¡Dios mio! i yo, ¿qué les voi a hacer si entran?

—Gritas, llamas jente, i así son sorprendidos. Pero dime, ¿dejaría Margarita en una parte segura la maleta?

—¡Ah! nó, señora: la dejó junto a su cama.

—¡Ai por Dios! voi a esconderla al instante!...No te muevas de aquí, Maria!

—Bien, señorita, contestó la honrada mujer temblando de miedo.

Doña Encarnacion se lanzó al dormitorio de la jóven, i hallando la maleta abierta, introdujo sus manos en ella i bien pronto sacó un nuevo cofrecillo que por el peso conoció debia contener dinero.

—¡Aquí está!...se dijo con una alegría infinita. I huyendo con él, fué a su pieza, lo juntó con el atado que momentos ántes habia acomodado, i dos minutos despues salia a la calle.

III.

Doña Encarnacion, con la rapidez del pensamiento se habia dicho: es mui probable que Margarita haya guardado en otra parte el dinero sin haber tenido ninguna desconfianza en mí, i solo lo haya hecho por un capricho o cualquiera otra circunstancia. Si esto es así, María debe saber donde está, porque nada hace sin que lo sepa esa mujer.

Hallar el medio de hacer decir a María cual era ese lugar, hemos visto que para la beata fué cosa mui fácil.

Sigamos ahora sus pasos.

Doña Encarnacion se dirijió a la esquina mas próxima i acercándose a dos hombres que esperaban ocultos en el hueco de una puerta, les dijo:

—¿Son ustedes los que deben aprehender esta noche a un bandido?

—Sí, señora, contestó uno de ellos.

—Bien. No hai que dormirse; ántes de un cuarto de hora lo tendrán en su poder.

—¡Oh! pierda cuidado, señora, que no nos dormiremos.

—I que no se les escape, añadió la beata, porque ese es capaz de engañar al mismo demonio.

—Aun cuando él mismo lo sea, a nosotros no se nos irá.

—Bien, hijos; asegurarlo mucho!

I Doña Encarnacion, después de esto, se dirigió a la esquina opuesta, donde esperaba hacia mucho rato un coche de posta.

—¿Eres tú? dijo al que guiaba los caballos.

—Sí, señora.

—Vas a tirar lo mas lijero posible, que yo te pagaré bien.

El cochero abrió la puerta de su vehículo, i doña Encarnacion entró; pero al ir a sentarse, exclamó:

—¡Caramba! me he traído la carta que escribí hoi para Enrique.

I dirijiéndose al cochero, le dijo:

—Antes que subas, lleva esta carta a esos hombres que están en la esquina i diles la entreguen a los que han de traerles lo que ya ellos saben.

El cochero tomó la carta, la entregó a los que doña Encarnacion le habia indicado, i un momento despues, hacia silvar el látigo sobre el lomo de sus caballos.

--Adios, buena jente, murmuró la beata con una sonrisa de triunfo i dirijiendo su vista hácia la casa de Margarita. Habeis hecho mi fortuna, agregó, i yo os viviré eternamente agradecida.....

IV.

El terror de Julian Soto al ver ante sí a Claudio Faez i Narciso Quezada, sus antiguos compañeros de Talca, es indecible.

Las heridas que les habia hecho eran mortales, i al verlos ahora levantarse ante él con semblante airado i amenazador,

sintió que la sangre se helaba en sus venas i que un temblor nervioso corria por todos sus miembros.

Enrique se acercó a él con paso lento, i poniendo ante sus ojos el puñal que tenia en las manos, le dijo:

—¿Conoces, Julian Soto, este puñal?

El asesino fijó una mirada vaga en Enrique i no contestó.

—Este puñal, continuó el jóven, es el que te sirvió para matar en el pueblo de Talca, a dos mujeres indefensas!...

Julian miró a todas partes buscando por donde huir.

—¡Esas mujeres, añadió Enrique, la una era mi madre, i la otra mi hermana!

—¡Imposible!...balbuceó Julian retrocediendo algunos pasos.

—Yo soi Enrique Prado, le dijo el jóven; yo el que te he buscado incansable por todas partes para vengar la sangre de mi madre, la alevosa muerte de mi tierna hermana!

—¡Imposible!...volvió a esclamar Soto pasándose las manos por la frente como para desechar una pesadilla. ¡Imposible!...Usted es Enrique Vendetta!...

—Sí, Vendetta, miéntras llegaba el dia de mi venganza, porque mi apellido habria sido causa de que tú me conocieras si alguna vez nos encontráramos!...Pero ahora que te tengo en mis manos, que pagarás en el patíbulo la muerte de tu esposa, te digo que soi Prado i que Dios ha hecho me levante a tu paso para vengar la sangre de tus víctimas!...

—¡Perdon, señor!...He sido un miserable pero tened piedad de mí! exclamó Julian cayendo a los piés de Enrique.

—Perdonarte! exclamó el jóven con desprecio e indignacion; perdonarte a tí, miserable, que no has hecho otra cosa en el mundo que sembrar el dolor i las lágrimas!...

A tí, que mas cruel que las fieras, profanaste con mano impia tu mismo hogar!... ¡ah! nó, jamas!... El perdon se ha hecho para el arrepentimiento, i tú, Julian, eres incapaz de sentirlo!... Buscaste en el crimen tu bienestar i el crimen te dá ahora sus frutos amargos. Has derramado a torrentes la sangre, i ella cae ahora sobre tu cabeza!... Perdonarte a tí, Julian, sería hacerle un mal a la humanidad. Eres un monstruo, i para que seas mas vil i repugnante, eres tambien hipócrita i cobarde!...

El bandido quiso arrastrarse a los pies de Enrique para implorar nuevamente el perdon; pero el jóven lo rechazó diciéndole:

— ¡Apártate!... no me toques!... Despues que has sido osado para el crimen, tu rastrera cobardía me repugna!...

Julian se levantó de un salto, i rojo de vergüenza i despecho, exclamó:

— ¡I bien, sí: es verdad que fuí valiente, i que nada me ha importado la vida; pero hai momentos en que el hombre mas grande se hace pequeño, i en que le falta la resolucion i lo abandona el coraje!... He sido valiente hasta la crueldad, osado hasta el atrevimiento, temerario hasta la imprudencia; pero el pasado, el recuerdo de mi pasado ha sido siempre fatal para mí!... Maté a mi esposa, i el recuerdo de lo que habia dado que sentir a mi padre me hizo confesar ese crimen: herí a Claudio i Narciso, i al verlos ahora ante mí he tenido miedo!... Supe hace algun tiempo que mi padre i mis dos hijos habian muerto aniquilados por la vergüenza i el dolor, i esto me hizo perder para siempre el deseo de arrepentirme!... Pero, ya todo pasó, i ahora vuelvo en mí! Subiré al caldalso, i tendré tanto valor para morir, como el que he tenido para matar!...

I volviéndose a Claudio i Narciso, les dijo:

—Vamos, no perdamos el tiempo: ya esto se acabó. Ponedme luego en manos de la justicia!

Los jóvenes miraron a Enrique consultándole lo que debían hacer, i éste les dijo:

—Bien: conducidlo donde sabeis. La sangre de tus víctimas, Julian Soto, caiga sobre tu cabeza!!!

El bandido no replicó, i poniéndose en medio de los jóvenes, dió vuelta la espalda i salió.

VI.

Creemos inútil detallar los elogios, felicitaciones i excusas que Margarita i Enrique recibieron de todos sus amigos apénas hubo salido Julian.

Complacidos de ver rehabilitadas a dos personas tan estimables, fueron retirándose poco a poco prometiéndoles una eterna amistad.

Margarita, Elisa, Enrique i Daniel, quedaron por fin solos en el salon.

La primera habia necesitado de toda su enerjía para mantenerse impassible despues del gran sentimiento que habia recibido su corazon; pero, cuando ya todos se hubieron retirado, cuando vió que Daniel iba a dirigirse a ella con el objeto de hablarle, talvez, de los sucesos pasados, sintió que el valor le faltaba, i abandonando el salon, se dirijió a una pieza inmediata ántes que sus lágrimas la traicionaran.

Elisa, que notó la brusca salida de su amiga, abandonó a su vez el salon i se fué tras ella.

—¿Qué tienes? qué te sucede? le preguntó con voz ca-

riñosa al ver que Margarita lloraba con profundo sentimiento.

—¡Oh! Elisa!...perdóname, pero no he podido soportar mas tiempo mi dolor!...

—Pero, ¿què te pasa?...

—Nada, Elisa; sufro mucho, sí!...

La jóven tomó asiento al lado de su amiga, i le dijo con ternura.

—Vámos, dime lo que te hace sufrir!...¿No tienes confianza en mí?

—¡Oh! exclamó Margarita como contestando mas bien a sus pensamientos que a las exigencias de la jóven; Oh! i yo que lo amo tanto!...

—I él tambien te ama, replicó Elisa comprendiendo al fin el motivo que hacia sufrir a su amiga.

—¡Ah! nó, no me ama, puesto que ha dudado de mí!...

En aquel momento se presentó Daniel en la puerta de la habitacion i alcanzó a oír lo que decia Margarita.

Pero ántes de continuar, veamos lo que habia sucedido en el salon.

VI.

En el mismo instante que Elisa salia para ir donde Margarita, Claudio i Narciso volvieron a presentarse.

—¿Qué hai de nuevo? les preguntó Enrique creyendo eran portadores de alguna mala noticia.

—Nada, contestó Claudio; en la boca-calle lo entregamos a los agentes de policía, i en seguida lo acompañamos hasta el cuartel, donde queda asegurado con una barra de grillos.

Enrique suspiró al recordar a su querida madre i tierna hermana, i procurando alejar este sentimiento, no quiso hablar mas de Julian.

Narciso le pasó a ese tiempo una carta diciéndole:

—Los hombres que esperaban a Soto, me entregaron esta carta, que es para usted.

Enrique la tomó; pero creyéndola de poca importancia, la dejó sobre una mesa i volviéndose a los jóvenes les dijo:

—Ya está terminada, amigos míos, nuestra mision. Desde hoi podemos pensar en nuestro porvenir sin temor que ningun deseo nos ajite. En cumplimiento de lo que ya hemos hablado, mañana saldrán ustedes para Talca con el objeto de hacerse cargo de la administracion de los fundos que poseo en ese pueblo. Yo no iré jamás a ellos porque guardan para mí recuerdos mui dolorosos!... Al fin, ya todo lo tenemos acordado i podemos decirnos adios.

Claudio i Narciso estrecharon enternecidos la mano de su protector, i se despidieron de él prometiéndose en lo mas íntimo de su corazon servirle con toda honradez.

Efectivamente: el reconocimiento hizo de estos dos jóvenes, cuyos primeros años habian sido perdidos en la ociosidad, los mas abnegados e incansables agricultores. I como ya el lector no los debe encontrar en el resto de esta obra, le diremos que en lo sucesivo vivieron felices, pues comprendieron que el trabajo es lo único que proporciona la dicha i verdadera felicidad.

VII.

Enrique miró alejarse a sus antiguos compañeros, i deseando apartar de su imaginacion las ideas tristes que lo asaltaban, tomó la carta que habia recibido, i leyó:

“Señor don Enrique Vendetta:

Para socorrer a los menesterosos: para enjugar las lágrimas de los necesitados, me era preciso ser rica i obtener una fortuna. Usted se interpuso entre mi deseo i su realizacion, cuando con el buen Marcelo trataba de conseguirlo; pero su empeño ha sido inútil, o mas bien dicho, me ha sido favorable, pues oponiéndose a mi plan lo favorecería con sus dádivas i proyectos.

Me llevo la fortuna de Margarita, una bagatela: cuarenta mil pesos mal contados. Usted es jeneroso i le devolverá todos sus bienes, miéntras yo hago en nombre de ustedes grandes obras de caridad.

Un consejo de amiga ántes de concluir: Jamás, señor Vendetta, tenga usted relacion con beatas. El demonio, que está siempre a la puerta de las iglesias para tentar a los verdaderos cristianos, ha dado a esas señoras toda su astucia i malignidad. Cuando usted reciba algun mal por ellas, acuérdesese de su inmejorable i buena amiga.

Encarnacion Loyola.»

—¡Beata infame! ¿qué será lo que ha hecho? exclamó Enrique concluyendo de leer la carta anterior i pasándola a Daniel.

—¡Oh! está mui claro, dijo el jóven despues de haberla leído; se ha robado el dinero de Margarita. Pero, ¿qué cuento es éste de cuarenta mil pesos que dice la beata? Acaso Margarita tenia esta cantidad?

—Nó, contestó Enrique; pero hoi recibió una suma considerable por la venta de sus propiedades; i esto, unido a lo que ella tenía, forma la cantidad dicha por la beata.

—¿Dices que Margarita vendió hoy sus propiedades? volvió a preguntar Daniel.

—Sí, i esto es lo que le roba doña Encarnacion.

—¿De modo que queda pobre, sin tener absolutamente nada? interrogó nuevamente el jóven.

—Al ménos, no le quedarán mas que sus bienes raices, que yo le devolveré.

—I que ella no te admitirá, Enrique, dijo Daniel con cierta alegría que admiró al jóven.

—¿Dices que no me admitirá?

—¡Sí, ni yo lo permitiré, tampoco!... ¡Bendita sea esta beata, que creyendo hacer un mal, me ha hecho un inmenso bien!...

—Pero, ¿estás loco, Daniel? exclamó Enrique admirado.

—¡Oh!... nó, no estoy loco, hermano mio; es que siendo pobre, Margarita me lo deberá todo a mí!... yo trabajaré para ella i por ella, i el corazon me dice que esto será para mí una dicha infinita!... yo la rodearé de cuidados, procuraré que con mis desvelos no se aperciba de la pérdida de su fortuna, i entónces, ¡oh! entónces mi felicidad será completa, porque la sociedad no dirá que me ha movido el interes!...

Enrique apretó con cariño una de las manos de Daniel, i con voz conmovida le dijo:

—Tienes un corazon, Daniel, como solo puede tenerlo Elisa!...

—I como solo es el de Margarita, agregó el jóven sonriendo con satisfaccion.

Despues de esta escena, Enrique dijo era menester avisar a Margarita a fin de tomar algunas medidas para perseguir a doña Encarnacion; i Daniel como mas de la casa se encargó de ejecutarlo.

Ya hemos visto que al llegar a la puerta alcanzó a oír que su futura esposa se quejaba amargamente de él, diciéndole a Elisa:

—¡Ah! nó, no me ama, puesto que ha dudado de mí!...

Daniel se precipitó a los pies de la jóven, i le dijo:

—¿Dices que no te amo, Margarita?... ¿qué yo no te amo?...

Ella lo miró un momento de una manera dolorosa, pero no contestó.

—¿Has podido creer que yo no te ame?... repitió él con voz anhelante.

—¡Ah! pero yo te he amado mucho, Daniel, dijo ella con amargura.

—Sí, mucho, Margarita, lo sé; pero en eso no has hecho mas que corresponder al amor inmenso, infinito, que yo he sentido por tí!...

—Pero has dudado, Daniel: has dudado de mí!...

—¡Ah! sí, dudé, esposa mia; i mi desesperacion, mi dolor, lo que sufrí en esas horas, es el castigo mayor que podia recibir!... Dudé, porque las apariencias mas odiosas, las intrigas mas infernales me engañaron; pero mi amor es tan grande, que espero me perdones!... ¡Sí; me perdonarás, Margarita mia, porque si pierdo tu amor, perderé mi dicha, mi ilusion, mi gloria!...

La jóven miró a Daniel con idolatría, i meneando la cabeza de un modo suave i hechicero, exclamó:

—¡Ah!... si no te apreciara tanto!...

Daniel tomó una de las manos de Margarita, i trasportado de alegría, la miró con delirio diciéndola:

—¡Mira, me haces tan feliz, que temo morir!... ¡Oh!... cuánto tengo que agradecerte!...

—¡I yo que perdonarte! agregó ella con una sonrisa que revelaba aun cierta tristeza.

—Vamos, no recuerdes esos momentos, la dijo él; no turbes mi dicha, que es mas completa de lo que tú crees!... Sí, soi mui feliz, Margarita, porque tú no sabes todavía que ahora, en este momento, eres más pobre que yo: tú no sabes que doña Encarnacion se ha fugado con toda tu fortuna!...

—¡Cómo!...¿Doña Encarnacion? interrogó Margarita palideciendo levemente.

—Sí, ella, contestó Daniel; ella es la que me ha hecho el bien inmenso de dejarte pobre; porque tú no sabes, esposa mia, lo que esta palabra significa para mí. Ser tú pobre, es darme a mí el placer de trabajar mucho, muchísimo, para tí; es proporcionarme la gloria de que el pobre vestido que cargues, sea debido a mi trabajo, a mis desvelos, a mi amor; es darme la satisfaccion de que el pan que llesves a tus labios sea el fruto de mi trabajo i nó el producto de tu riqueza!...

—¡Oh!...¿de veras te sientes feliz? le preguntó Margarita llena de entusiasmo al comprender la nobleza de aquel corazon que le pertenecia.

—¡Sí, mui feliz, esposa mia, pues yo siento aquí,... en el corazon, algo que me dice que así como pude cancelar la deuda de mi padre, así tambien tendré para darte a tí lo necesario a fin de que no eches ménos tus riquezas!...

—¡Oh! eres el mas noble de los hombres!...esclamó Margarita sintiendo saltar a sus ojos lágrimas de infinita ventura.

La jóven viuda se cercioró, algunos momentos despues, de la efectividad del robo; i Enrique se dirijió al cuartel de policia para que se diesen los primeros pasos en persecucion de la beata.

CAPITULO XVIII.

EL QUE PESTAÑEA PIERDE.

I.

El coche que esperaba a doña Encarnacion cerca de la casa de Margarita, la condujo en ménos de un cuarto de hora a la cañadilla, donde habia en esa época una posada, en que se alquilaban coches para viajar a San Felipe.

La beata, apenas llegó, se dirigió al posadero diciéndole:

—Aquí está, amigo mio, el precio convenido; i si podemos partir inmediatamente, será mucho mejor.

—No hai dificultad, respondió él, recibiendo de la señora un puñado de dinero. Los caballos están enganchados, añadió, i puede usted marchar cuando guste.

—Al instante, entónces, dijo la beata.

I subiendo a un birlocho que habia en el patio, dijo al postillon:

—Si tiras lijero, te doi una buena propina.

Doña Encarnacion se dirijia a San Felipe, acariciando con placer entre sus manos el cofrecillo que habia robado a Margarita. El temor de ser perseguida, la idea de las po-

cas precauciones que habia tomado para huir, la hacian ir azorada i cuidadosa.

¿Cómo ella que todo lo preveía habia tenido la torpe ocurrencia de escribir una carta a Enrique anunciándole su fuga? ¿Cómo no habia advertido que cuando tomaba el coche la miraban dos agentes de la policia? ¿Cómo, en fin, habia olvidado miles de cosas que ahora creia tan fáciles de haber hecho para asegurar su retirada? Todo esto hizo pasar a doña Encarnacion en la mas completa inquietud toda la noche; i a la mañana siguiente, la máscara hipócrita con que ordinariamente encubria su perversidad, habia desaparecido por completo. En aquella fisonomía gastada por los años, se adivinaban aun todas las pasiones, todos los vicios que aquella mujer habria tenido en su juventud. La mirada brillante, azorada, de sus ojos grises, la hacia aparecer como el avaro que ha encontrado un tesoro i teme se lo arrebatan; i la sonrisa repugnante, cínica, que en algunos momentos entreabria sus labios, parecia representar a la corrupcion que se burla de la inocencia, al vicio inmundo i envejecido que con sarcasmo rie de la virtud escarneciéndola.

Tal aparecia doña Encarnacion a eso de las nueve de la mañana, hora en que llegó a una posada que habia más allá de la cuesta de Chacabuco.

El birlochero paró a fin de cambiar caballos, i la beata penetró al interior con el objeto, segun dijo, de hacer un poco de ejercicio.

Diez minutos despues, llegaron tambien a la posada un Alférez, un sarjento i un soldado de la policia de Santiago.

—¿Quién ocupa este birlocho? preguntó el oficial al posadero.

—Una señora alta, flaca, pálida, contestó éste.

—¿Dónde esta?

—Hacia la derecha, en esa huerta.

—Traemos orden de allanamiento jeneral, dijo el alférez, i espero me permitirá usted prender a esa señora, pues se trae robada una fortuna.

—Como nó, señor: lo que usted guste, replicó el buen hombre ofreciéndose él mismo para acompañarlos.

—El oficial dió una ojeada a los alrededores de la posada, i calculando los puntos por donde la beata podia escapársele, situó a sus hombres en ellos, miéntras él con el posadero iban en su busca.

Los caballos de los tres ajentes de la justicia quedaron en el patio.

Para no estendernos en esplicaciones inútiles, diremos que algunos momentos despues doña Encarnacion fué sorprendida.

La señora volvía de la huerta trayendo siempre entre las manos el atado i el cofrecillo de Margarita; i al ver ante sí al oficial, fué tal su sorpresa, que dejó caer ambos objetos.

—En nombre de la lei, señora, dése usted presa, dijo el alférez.

Doña Encarnacion dió una mirada vaga por su alrededor, i comprendiendo no le era posible huir, procuró dominarse.

—En nombre de la misma lei, señora, volvió a decir el oficial, embargo a usted desde luego este atado i esta cajita que debe contener la fortuna que usted se ha robado.

—¡Yo!... robado!... exclamó la beata sin poder aun dominarse.

El oficial se habia inclinado para recojer los objetos caidos, i al ver lo que pesaba el cofrecillo, exclamó:

—¡ Oh! i cuanto pesa, señora, este dije: ¡ Apostaría que está lleno de oro!

En los ojos de doña Encarnacion brilló un rayo de alegría; pero ocultándolo casi al instante, dijo:

—Talvez usted se equivoque, señor, con respecto a mí. Yo no sé de que robo pueda acusárseme.

—¡ Bah! desde luego está en su poder esta cajita, que contiene, a no dudar, el dinero que usted ha robado a doña Margarita Saez.

—¡ Ah! nó, señor: en primer lugar ese cofrecito no contiene dinero, i siento haber perdido la llave para convencer a usted de que es la verdad; i en segundo, yo no conozco, siquiera, a esa Margarita que usted nombra.

—Bien, señora; eso lo dirá usted al juez. Yo creo que si usted es inocente, no será condenada a la correccion.

La beata se estremeció, i mirando al oficial con aire suplicante, le dijo:

—Pero, señor, usted no me impedirá continuar..... seria una injusticia. Yo le juro que soi inocente.

—Así será, señora; pero yo la llevo a usted de aquí para Santiago, i allá usted probará eso.

Doña Encarnacion comprendió que nada tenia que esperar, i guardó silencio.

—Vamos a la posada, dijo el oficial, ahí descansaremos unas horas mientras tomamos algun alimento; i en seguida partiremos.

.....
—Usted vé, decia doña Encarnacion dirijiéndose al oficial algunos momentos mas tarde. Usted ve, señor, que si soi inocente, su celo por detenerme, en lugar de causar el agrado de sus Jefes, solo servirá para que le echen en cara su equivocacion.

—No hai cuidado, señora: eso es cuenta mia, contestó el Oficial sonriéndose con malicia.

—Pero es una barbaridad, señor Oficial, que usted me detenga, talvez por un falso parecido. En San Felipe me espera una hija que está moribunda, i usted ve que es necesario llegue allá a toda costa. Esta consideracion me hace ofrecer a usted lo que quiera, lo que me pida, por que me deje en libertad de continuar mi camino. Yo podria dar a Ud. mas que lo que gana en un año, en dos, en el empleo que ocupa: yo podria hacer a usted feliz con.....

La beata no se atrevió a continuar al ver la mirada burlesca, desdeñosa, con que el buen oficial la escuchaba: comprendió que era incorruptible, i que por ese medio nada alcanzaría.

—¿Feliz con qué, señora? le preguntó sonriendo el Alferez.

—¡Ah! usted no comprende, señor, le contestó la beata llevando a sus ojos un pañuelo como para enjugar su llanto. Usted no comprende lo que una madre puede sufrir en momentos como este: usted no sabe lo que es verse imposibilitada para correr al lado de una hija que se muere!.....

Doña Encarnacion al decir sus últimas palabras lloraba con tal amargura, que el Oficial llegó a dudar de si se habria equivocado; pero recordó que el cofrecillo que tenia en sus manos era el mismo que le habia descrito Margarita, i que el birlocho que la señora ocupaba, era tambien el mismo que habia salido de la posada de la cañadilla segun los detalles que de él le habian dado.

La pieza en que se hallaban tenia comunicacion con otra cuya puerta daba al patio de la posada; así es que desde ese lugar solo se veia la huerta en que fué sorprendida la beata.

El Alférez, seguro de que la señora no se le escaparía ni por la astucia ni por las mas tentadoras ofertas, le permitió pasase a llorar a la pieza inmediata, miéntras él i sus acompañantes devoraban una succulenta *cazuela* que se les habia servido.

La posada estaba desierta, i doña Encarnacion, al ver que sus aprehensores estaban entretenidos en comer, salió por la otra puerta con paso lijero i recatado, i se dirijió al mejor de los tres caballos que habia en el patio.

Con una lijereza de que no se la habria creído capaz, de un salto subió a él, i animándolo con la voz i con el chicote que pendia de las riendas, lo hizo salir a escape.

El Alférez, que sintió la carrera del caballo en el momento que engullía con soberano apetito un trozo de pechuga, se volvió al sarjento diciéndole:

—¿Qué carrera es esa, sarjento?

Pero éste a su vez se ocupaba, en una mesa aparte, de dar debida colocacion al ala del ave cuya pechuga devoraba su Alférez; así es que solo despues de un momento pudo salir. Ya era tarde: doña Encarnacion iba mui léjos i solo se veía una nube de polvo en el camino.

—¡Señor! ..¡es la beata! la beata que se nos escapa! exclamó el sarjento.

—¡Cómo la beata! gritó el Alférez parándose, atropellando la mesa i tirando al suelo cuanto contenía. Cómo la beata! repitió, saltando por sobre los platos i corriendo a la otra pieza.

—¡Sí, mi Alférez: la beata que huye a caballo!

—¡Pronto! gritó el Oficial al convencerse que doña Encarnacion se le habia escapado. Pronto, sarjento! a seguir-la...Pero nó, que venga el soldado i usted quédese guardando ese cofre con dinero!

I corriendo a los caballos, subió a uno i siguió el camino que habia tomado la señora.

El caballo que doña Encarnacion habia montado era el del alférez, mui superior, por cierto, a los otros dos en que la perseguian; así es que a las pocas cuadras comenzaron éstos a flaquear, i solo el empeñoso oficial, a fuerza de aguijonar el suyo con el látigo i la espuela, consiguió hacerlo andar un par de leguas, al fin de las cuales el bruto cayó muerto de cansancio i fatiga.

El del soldado, mas malo que todos, desde el principio se negó a correr, i su jinete se contentó con el trote pesado i corto que quiso tomar. Así, al ménos, esperaba llegar algun dia a San Felipe.

No eran éstas las solas desgracias deparadas al pobre alférez de policía.

Doña Encarnacion, llevándole una gran delantera, encontró en el camino dos campesinos que marchaban en buenos caballos i en sentido opuesto al que ella llevaba. Una idea propia de su diabólica imaginacion se le ocurrió al verlos.

—Buenos caballeros: protéjanme ustedes!... les dijo con voz lastimera. Dos o tres salteadores, que han tomado el traje de militares, me persiguen para robarme!... Ustedes son fuertes i parecen valientes, háganme el favor de impedirles el camino, i acepten ustedes, por el servicio, esta pequeña recompensa, añadió la beata, pasándoles un puñado de dinero.

—Gracias, señora, dijeron los hombres; vaya usted tranquila que nosotros no los dejaremos pasar.

La beata no quiso oir mas, i volvió a emprender su marcha, segura de haber por lo ménos ganado un poco de tiempo.

Un cuarto de hora despues, los hombres llegaban al lado del alférez, quien mesándose la barba con desesperacion, contemplaba el caballo muerto a sus piés.

Al ver a los campesinos, un rayo de alegría brilló en sus ojos; i saliéndoles al traves, les dijo:

—¡En nombre de la lei, préstenme ustedes ayuda para perseguir a una ladrona!

Esta fué su completa perdicion.

Uno de los hombres enarboló su pesado látigo, i dejándolo caer con todas sus fuerzas sobre el infeliz alférez, le dijo:

—¡Tóma, pícaro! ¿quiéres saltearnos a nosotros tambien?

El jóven echó mano a su espada, i rojo de ira, quiso precipitarse sobre el que lo habia azotado; pero a ese tiempo el otro jinete clavó las espuelas a su caballo, i dando con él al oficial, lo hizo rodar por tierra. No contentos con esto, lo azotaron sin compasion, dejándolo por fin completamente privado de sentido.

Los hombres continuaron satisfechos su camino, i solo cuando encontraron algo mas léjos al soldado que les esplicó lo sucedido, se dijeron:

—¿Habremos sido engañados por la Señora?

I temiendo entónces pagar mui caros los azotes dados al Oficial, huyeron con precipitacion.

El soldado siguió su camino, i solo a la media tarde pudo llegar al punto en que se hallaba su alférez; quien molido, lleno de verdugones, habia vuelto en sí aunque incapaz de continuar persiguiendo a la beata.

De ahí se volvieron a la posada, donde el sarjento habia quedado cuidando el tesoro.

—Al fin, se dijo el Oficial, le he quitado, siquíera, lo que mas valia.

¿Cual sería su admiracion, su rabia, su dolor, cuando dos días despues, vuelto ya él a Santiago, el Comandante de su cuerpo en presencia de Margarita i otras personas hizo saltar la tapa del cofrecillo, i se encontró lleno de piedras? Doña Encarnacion, en su ida a la huerta, lo habia desocupado, i asegurando todo el dinero alrededor de su cintura, lo llenó en seguida con guijarros.

El alférez cayó enfermo a la cama, i su razon por mucho tiempo estuvo trastornada.

La beata, ántes de llegar al pueblo de San Felipe, abandonó su caballo, alojó aquella noche en una casita miserable, i algun tiempo despues, marchando siempre por tierra, llegó a Copiapó, donde por largo tiempo gozó alegre i feliz del fruto de su audacia.

Si la policia de Santiago habia podido seguir sus pasos en la Capital, no le sucedió lo mismo fuera de ella, i renunció perseguirla.

EPILOGO

Han pasado dos meses i son las nueve de la mañana.

El lugar que nos vemos obligados a visitar, es un calabozo húmedo, frio, donde se revuelca en una camilla inmundada, llena de harapos, un ser envejecido, horrible, en cuyo semblante se ven patentes i marcadas las muestras de la mas punzante desesperacion.

Este ser demacrado, de rostro marchito, es Julian Soto. Pero Julian con ochenta, con cien años mas que cuando lo vimos en casa de Margarita. Sus mejillas se han hundido,

su barba i pelo han encanecido, i solo sus ojos conservan un brillo que mas bien que el de la juventud, es el de la fiebre que lo devora.

En el momento que lo presentamos al lector, se paraba de su camilla, i con paso vacilante, con la mirada fija, aterrorizada, se acercaba a un anciano alto, de frente despejada, i cuya crecida barba, tan blanca como la nieve, cubría la mitad de su pecho. Este anciano, de un aspecto imponente i venerable, tenia dos niños de las manos, el mayor de los cuales no cumpliría aun los diez años.

Julian, con los pies enlazados por una barra de grillos, seguia acercándose a él cual si una fuerza magnética lo arrastrara; i en aquella mirada fija, tenaz, que revelaba el asombro mas profundo, se habria creído ver el terror, al mismo tiempo que la alegría i estupefacion mas completa.

El anciano permanecia de pié frente a la puerta, i miraba a Julian de una manera indefinible. Los niños lo miraban tambien, i en su fisonomía se retrataba el miedo i la admiracion.

El bandido siguió avanzando hasta llegar a dos pasos del anciano; i mirándolo un instante, se llevó las manos a la frente i con acento amargo exclamó:

—¡Imposible!... ¡imposible!...

—¿Qué es imposible, Julian? le preguntó el anciano con voz lenta i acentuando cada una de sus palabras.

El bandido bajó las manos, i reconcentrando en su mirada toda su vida, balbuceó:

—¡Oh!...esa voz!...

I al decir esto, parecia evocar del pasado penosos i terribles recuerdos.

—¡Esa voz!... repitió estupefacto. Pero nó, es imposible: los muertos no se levantan de sus tumbas!...

—¡Julian!...mírame, reconóceme, le dijo el anciano.

—¡Ah!...sí, eres tú!...¡Padre mio!—gritó el miserable cayendo a los piés de su padre.

I abrazándose de sus rodillas, con voz en que se adivinaba el contento al mismo tiempo que el dolor mas profundo, añadió:

—¡Sí, eres tú, que no has querido que tu hijo muera sin que sepa lo has perdonado!...Eres tú, padre infeliz, que bajas hasta el calabozo del hijo miserable para consolarlo en sus últimos momentos !...Gracias, gracias, padre mio!....

I Julian conmovido, enjugó con el dorso de su mano derecha las lágrimas que saltaron a sus ojos. Pero pasado el momento en que su corazón de hijo se dilató con la vista de su padre, el remordimiento del criminal asaltó su alma, i apartándose con horror del anciano, exclamó:

—¡Ah!... nó, yo no soi digno de que me perdones! yo no debo ni aun mirar tu semblante venerable!... Vuelve a tu hogar, padre mio, i no consientas que mi mano profana te toque, que mi labio impío te nombre!...

Pero pasada esta excitacion, su mismo remordimiento trajo a su cerebro otro órden de ideas, i juntando sus manos en ademan de la mas humilde súplica, balbuceó:

—Pero nó, padre mio: no te alejes de mí en estos instantes!... Ya has venido, i yo, tu hijo, aunque infame i miserable, te pido no te vayas sin perdonarme!...

El anciano, con las mejillas empapadas en lágrimas, con la voz temblorosa por la emocion, se agachó, levantó a Julian, i mirándolo con ternura infinita, le dijo:

—¡Levántate, hijo mio: has hecho mi vida amarga i desolada, pero el corazón de un padre no puede ménos que perdonar!...

Julian sollozaba con dolor, i ocultaba la cara entre sus manos.

—¡Sí, llora, hijo mio, le dijo don Fernando al verlo; llora i purifica tus crímenes con el arrepentimiento!... Fuiste cruel i sanguinario; pero tu padre, Julian, te perdona!...

El bandido quiso caer nuevamente a los piés de su padre, porque hai palabras que no pueden oirse sino de rodillas; pero el anciano lo contuvo, i mostrándole a los dos niños que lo acompañaban, le dijo:

—¡Julian, vé ahí a tus hijos!...

—¡Mis hijos!... ¡oh!...

I Julian estiró los brazos hácia ellos, i cayendo sin fuerzas para contenerse, los llamó hácia sí con mirada anhelante i ternura infinita.

—Venid, les dijo; dejadme por un momento, siquiera, saber lo que es el amor de padre!...

Los niños, llorando, conmovidos sus tiernos corazones al ver el dolor del que les habia dado la existencia, se precipitaron en los brazos de Julian.

—¡Oh! dijo éste estrechándolos con delirio. Oh! qué feliz debe ser el hombre honrado!...

I mirándolos con ternura, con amor infinito, añadió:

—¡Qué bellos, qué hermosos, qué crecidos están estos ánjeles... ¡Hijos míos!... aprended en mí lo que es el crimen, i no olvidéis jamas que este es el último término del desgraciado!... Hubo un día en que supe habiais muerto, i mi corazon se alegró porque temia ver reproducirse mis crímenes en vosotros!!!...

—Esa noticia de nuestra muerte, Julian, dijo don Fernando, la hice llegar yo a tus oídos, pensando que tú, al saber habíamos muerto de pesar por tus crímenes, te arrepentirías!

—¡ Ah! mi corazón estaba demasiado endurecido, i desde entónces, solo la indiferencia invadió mi espíritu!... He necesitado venir a este lugar, sentir pasar uno por uno los días mas largos de mi vida, para que mi alma sienta el arrepentimiento!

—Hijos míos, añadió Julian dirijiéndose a los niños: este lugar es horroroso, terrible, i aquí el hombre aprende cuanto hai de amargo en el crimen. Estos calabozos, esta oscuridad, este aislamiento a que se reduce al miserable: estos grillos que con su espantoso sonido le recuerdan a cada instante su impotencia, alejándole por completo la esperanza; el desden, la repugnancia, con que el criminal es tratado; todo esto, hijos míos, es una horrorosa espiciacion; i el hombre siente tanto, tanto, su vida entera empleada en el mal, que mil veces desea la muerte, i a ser posible apelaria al suicidio!... En este lugar, el corazón incrédulo invoca a Dios; la voluntad mas empeñosa desmaya; el valor mas imprudente acobarda, i la enerjía mas atrevida desaparece!... Aquí se recuerda con tristeza la familia, el hogar, el amor de los padres i de las personas que nos amaron en la vida; aquí se compara la muerte tranquila, casi deliciosa del hombre honrado que deja una porción de seres que le bendicen, con la del criminal que arrastra la maldición jeneral!... ¡ Oh! qué horrible, qué desesperante es esta consideracion! Ver que sin trabajo alguno, sin sacrificios, podíamos haber hecho la felicidad de una familia, i pensar que la hemos arrojado al lodo con nuestras infamias!...

El carcelero, que habia abierto la puerta del calabozo de Julian, se acercó en ese momento, i haciendo sonar un manojo de llaves, dijo a don Fernando:

—Ya es hora, señor, de retirarse.

— ¡Un momento, aun, por favor!... exclamó Julian con voz suplicante.

I dirijiéndose a su padre, añadió:

— Mañana debo salir al cadalzo, i hasta este instante me faltaba el valor; pero ahora, padre mio, me siento fuerte, comprendiendo que es necesario para mi purificacion!... Soi indigno de tí, padre mio, pero tú que has sido tan bueno no me negarás el último favor!... Mañana no quedará de tu desgraciado hijo mas que el recuerdo: prométeme, señor, que para tí no será odioso!...

— ¡Hijo mio!... exclamó el anciano estrechando entre sus brazos a Julian. ¡Hijo mio: yo te he amado tanto, que no quiero, no puedo consentir que tú mueras!... Yo iré a echarme a los piés de tus jueces i les pediré que por consideracion a mis años te perdonen!... Yo les pintaré tu arrepentimiento, i alcanzaré induljencia para tí!... ¡Dios mio!... al fin tú eres mas desgraciado que criminal, mas infeliz que culpable!... Te has visto arrastrado al mal, hijo mio, pero tus sentimientos han sido buenos!... Yo no quiero, ¿me oyes? yo no quiero que te arrebaten de mis brazos!... para un padre el hijo mas infame es bueno, i yo sé que tu corazon se rejeneraria con mi amor, con el de tus hijos, Julian!... Yo les diré todo esto, hijo mio, a tus jueces, a los que te han condenado, i ellos me creerán i te darán la vida!...

Julian sollozaba ocultando su semblante en el pecho de don Fernando; el cual, mirándolo con todo su amor de padre, añadió:

— ¿Me oyes, hijo mio?—Voi a pedir tu perdon!

— ¡Ah! nó, ya es tarde, dijo aquel sacudiendo la cabeza con desaliento: ya es tarde, padre mio; i ademas, es nece-

sario que esto suceda!... El suplicio purifica, el cadalso engrandece cuando se llega a él arrepentido!...

— ¡Bien, sí, es cierto, dijo don Fernando, haciendo un esfuerzo i dominándose. Es cierto; ya nada debemos esperar, i es preciso que si grandes son tus crímenes, grande sea tambien tu valor para purificarlos!... ¡Yo te doi, hijo de mi alma, mi bendicion!... i Dios, no lo dudo, te dispensará su misericordia!

El semblante de don Fernando se iluminó, si así podemos decir, con ese destello divino que siempre desearíamos encontrar en el sacerdocio; i elevando sus manos al cielo, invocó del Omnipotente el perdon para su hijo!...

Julian se desprendió de los brazos de su padre, i corriendo al lado de sus dos hijos, los estrechó un momento con delirio diciéndoles:

— ¡Adios, hijos de mi corazon!... Ustedes entran en la vida i yo salgo de ella por el suplicio!... No olvidéis jamas a vuestro padre encarcelado, al que os dió el ser!... i si algun dia la sociedad os rechaza porque sois mis hijos, no maldigais, por Dios, mi nombre!... Os dejo por toda herencia un nombre infamado, procurad vosotros no legar a vuestros hijos tal baldon!... ¡Adios, hijos de mi alma: mañana, sí; mañana mi último suspiro será para vosotros!...

Julian no pudo soportar mas tiempo sus emociones, i cayó desfallecido por el sentimiento.

Don Fernando habia huido apretando su corazon con ámbas manos i reprimiendo sus sollozos que ya lo ahogaban.

Los niños salieron a su vez del aposento, llorando con amargura; i el carcelero, al ir a cerrar la puerta, con el reves de su mano callosa enjugó una lágrima diciéndose:

— ¡He aquí que si yo fuera juez perdonaría a este desgraciado! ...

Don Fernando, i los dos hijos de Julian, se volvieron ese mismo dia al sur.

.....

Al dia siguiente, un coche de forma elegante venia de la Recoleta, donde Margarita i Daniel, Elisa i Enrique, habian recibido de mano de un sacerdote la bendicion que debia unirlos para toda la vida.

Al pasar el rio, el coche se vió detenido por otra multitud de vehiculos que habia en ese lugar.

Enrique se asomó a la portezuela para inquirir la causa, i vió que todo estaba invadido por una gran muchedumbre.

— ¿Qué es lo que hai? preguntó al cochero. ¿Por qué es ésta aglomeracion de jente?

— Vienen, señor, contestó el cochero, a presenciar la ejecucion del bandido Soto.

Margarita palideció, Elisa sintió saltar a sus ojos una lágrima, i Enrique ordenó al cochero marchase inmediatamente.

La felicidad, en el mundo, siempre se encuentra acibarrada por algun acontecimiento desagradable.

FIN.